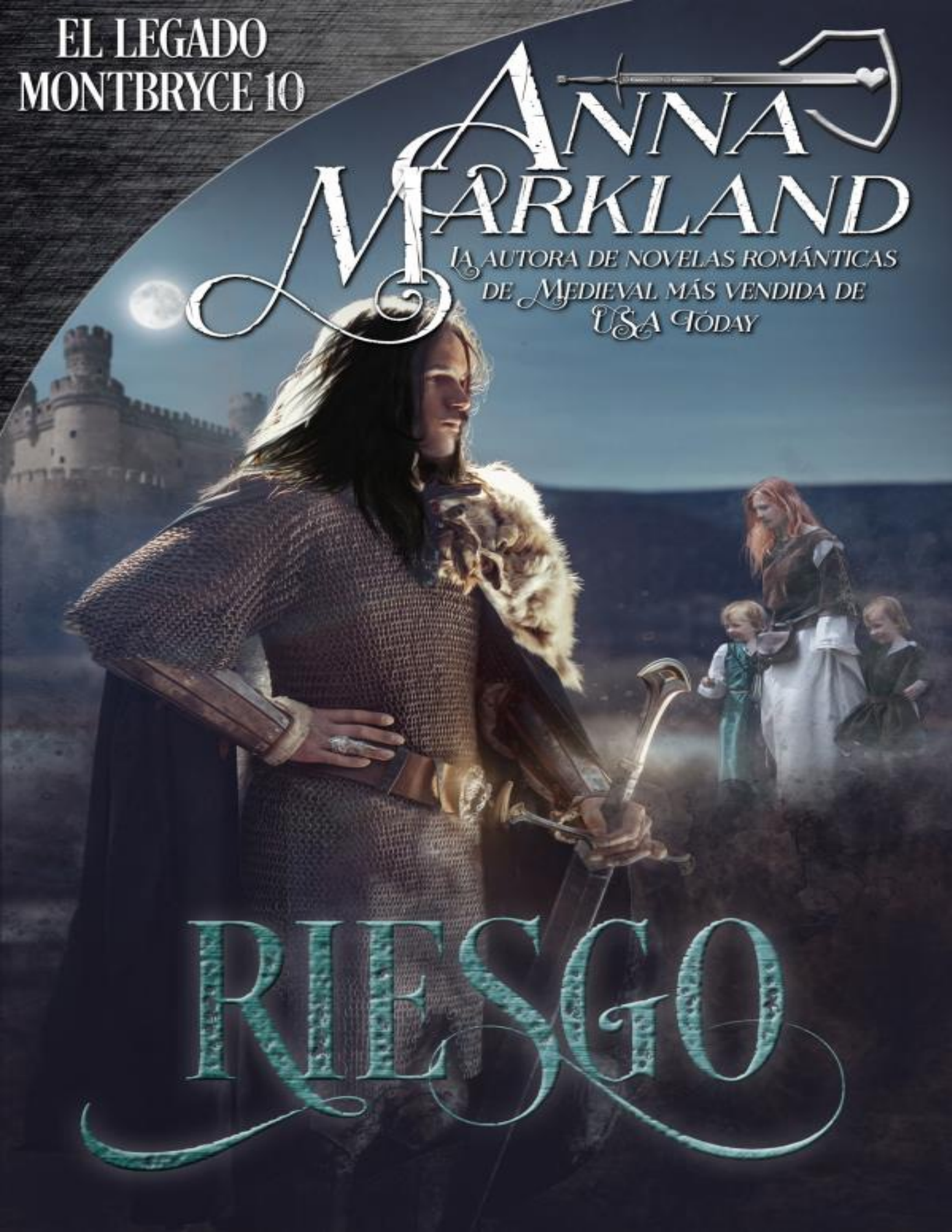
EL LEGADO MONTBRYCE 10

ANNA MARKLAND

LA AUTORA DE NOVELAS ROMÁNTICAS DE MEDIEVAL MÁS VENDIDA DE USA TODAY



RIESGO

RIESGO

El Legado Montbryce

Libro 10

ANNA MARKLAND

CONTENIDO

Página del título
Epígrafe
Copyright
Qué Dicen Los Lectores
Dedicatoria
Más sobre Anna Markland
Prisioneros
Retenes
Lados Opuestos
Latitud
Guardería
Laurent
Marguerite
Jugando a la Soule
Dile Que Me He Ido A La Cama
Tú Eres La Madre De Ellos
Decisiones
Escapando
Bayeux
Epifanía
Puedo Protegerte
Discurso
Pasión Compartida
Agonía
Lince
Pira
A Caen
Arma Secreta
Lix Te Ama
Enfrentando Lo Inevitable

Descenso Al Infierno
Un Hombre Cambiado
Ángel De Cabello Plateado
Festín
Epílogo
Sobre Anna

EPÍGRAFE

Por
ANNA MARKLAND
Copyright © 2014, 2019 por Anna Markland

DISEÑO DE PORTADA POR DAR ALBERT

COPYRIGHT

Riesgo por Anna Markland
Libro Diez, El Legado Montbryce, Edición Aniversario
© 2014, 2019 Anna Markland
www.annamarkland.com

Todos los derechos reservados. Este libro está licenciado solo para su disfrute personal. No puede ser revendido ni entregado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor, adquiera una copia adicional para cada destinatario. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Este libro o sus partes no pueden ser reproducidos de ninguna forma, almacenados en ningún sistema de recuperación ni transmitidos de ninguna manera, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabación u otra, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo dispuesto por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos de América.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, negocios, empresas, eventos o lugares es completa coincidencia.

QUÉ DICEN LOS LECTORES

“Esta historia es tan satisfactoria como un imaginado cáliz de brandy de manzana Montbryce. Me encantaron todas las conexiones con los libros anteriores. Caedmon y Ronan fueron tan especiales que es un verdadero tesoro verlos referenciados con tanta reverencia... y el regreso al encarcelamiento de Robert, incluso después de su muerte, para traer armonía a su familia, bueno, ciertamente habría complacido a todos los antepasados. Me encantó la incorporación del héroe canino. Soy muy codiciosa cuando se trata de esta familia. La Sra. Markland debe estar acostumbrándose a todos los elogios que recibe… pero es una escritora muy talentosa y leeré todo lo que publique hasta que estos ojos me fallen y luego buscaré sus libros en Braille.” Karen W.

DEDICATORIA

Nuestros antepasados son totalmente esenciales en cada uno de nuestros momentos conscientes, aunque la mayoría de nosotros no tengamos ni la más mínima idea sobre sus vidas, sus pruebas, sus dificultades o desafíos.
~Annie Lennox

Para mi Elaine, con amor.

MÁS SOBRE ANNA MARKLAND

Anna es una autora que ha alcanzado el puesto de bestseller en USA Today y ha escrito más de sesenta romances históricos medievales, vikingos, de las tierras altas, isabelinos y de la regencia, muchos de ellos premiados y muy queridos. No importa el escenario histórico o geográfico, muchas de sus series narran las aventuras de sucesivas generaciones de una familia, con énfasis en la importancia de la ascendencia y el honor. Una lista detallada con enlaces se puede encontrar en https://www.annamarkland.com/

Es una autora independiente, por lo que difundir su libro es vital para su éxito. Si disfruta de este libro, por favor, considere escribir una reseña. Las reseñas ayudan a otros lectores a encontrar libros.

PRISIONEROS

Castillo de Montbryce, Normandía, Agosto 1136 AD

—LOS PRISIONEROS ESTÁN AQUÍ, milord Comte.

La multitud de aldeanos, hombres de armas y habitantes del castillo reunidos en la vasta Gran Sala de Montbryce se fue callando gradualmente mientras el mayordomo Bonhomme esperaba la respuesta de su señor.

Alexandre de Montbryce movió su peso en la silla del señor, el golpeteo de sus dedos sobre los brazos tallados de manera elaborada era el único sonido en la inmensa cámara.

—Son rehenes, Bonhomme, no prisioneros —dijo con más beligerancia de la que pretendía. Su reproche resonó en las columnas de piedra, desapareciendo en las vigas del techo.

Sentado a la derecha de Alex, su hermano menor contuvo la respiración, rascándose la cabeza.

Si fuera posible, Alex cedería su título a Romain. Ser el Comte de Montbryce, jefe de uno de los clanes normandos más ricos y poderosos, con vastas propiedades en Inglaterra y Normandía, era una responsabilidad que nunca había querido. Pero sus padres se revolverían en sus tumbas si Alex renunciara a su herencia.

Había hecho lo que podía, insistiendo en que Romain compartiera las decisiones y responsabilidades. Su hermano reacio sería el próximo Comte de Montbryce. Habían discutido muchas veces sobre la insistencia de Alex de que nunca se casaría. Solo podía esperar que el mujeriego Romain se sentara y se casara con una esposa adecuada antes de que llegara el día de la muerte de Alex.

Él y sus hermanos eran muy diferentes en temperamento, a pesar de compartir un fuerte parecido.

Con las manos cerradas en puños a los lados, Bonhomme se enrojeció, visiblemente avergonzado por la inusual crítica de su señor. Hizo una nueva reverencia.

—Perdóneme, milord.

Alex deseó poder retractarse de las duras palabras. Los Montbryce eran conocidos como una familia noble y honorable que trataba bien a sus siervos y sirvientes. Los sucesivos Bonhommes les habían servido durante cuatro generaciones. Pero su resentimiento se negaba a liberarse.

—Llévalos —ordenó.

Se volvió hacia Romain mientras Bonhomme dejaba la sala, con las pesadas puertas de roble cerrándose con un ruido ominoso.

—El Castillo de Montbryce no servirá como prisión mientras yo sea el conde.

—Lo entiendo, Alex. Sin embargo, ¿era necesario avergonzar a Bonhomme frente a los demás?

Alex miró hacia los estandartes que ondeaban en las vigas del techo, muchos de los cuales habían estado allí desde que su abuela cosía con su aguja.

El aroma del jamón ahumado servido a mediodía todavía flotaba en el aire, aunque las

mesas y bancos ya habían sido retirados y el suelo de piedra barrido.

Desearía haber estado allí, hace casi tres veces diez años, cuando su bisabuelo había recibido al duque Guillermo de Normandía unos meses antes de su resonante victoria en Hastings. Fue en este histórico lugar donde el futuro Conquistador había nombrado al abuelo de Alex para supervisar la preparación de la flota que navegaría hacia Inglaterra.

Alex no había conocido otro hogar que este impresionante castillo, merecedor de su reputación como uno de los mejores de Normandía. Amaba cada piedra gastada por el tiempo y era tajante en que no se usaría como prisión en beneficio de las ambiciones políticas de una reina potencial.

Aunque Romain tenía razón sobre las duras palabras hacia Bonhomme, la idea de despojar injustamente a alguien de su libertad, especialmente a un niño, le retorcía el estómago a Alex. Cada hijo e hija del recientemente fallecido Robert de Montbryce entendía y compartía la angustia de Alex. Muchos años atrás, contra todo pronóstico, su padre había sobrevivido a una cruel reclusión en solitario a manos del Duque de Normandía. Alex había venido al mundo durante la cautividad de su padre.

Sacó sus pensamientos de los recuerdos de sus primeros años con un padre que luchaba por recuperarse de su sufrimiento, un hombre al que temía y apenas conocía.

—Hablaré con Bonhomme más tarde. Él lo entenderá. Recuérdame, ¿cómo se llaman los rehenes?

Romain puso los ojos en blanco.

—Henry y Claricia.

Ambas puertas de la sala chirriaron al abrirse. Bonhomme introdujo a los rehenes, nietos del rey David de Escocia. Habían sido entregados al conde Geoffrey de Anjou y su esposa Maud como una muestra de buena fe para garantizar el apoyo escocés a su reclamo sobre el trono de Inglaterra. Maud había solicitado que los mantuvieran en Montbryce.

Alex sabía que eran niños, pero no había esperado a un niño y una niña tan semejantes en apariencia que podrían ser gemelos.

Un murmullo de deleite recorrió la sala al ver a los niños de cabello rubio, pero se desvaneció gradualmente al escuchar el tintineo y arrastre de las cadenas sobre el suelo de piedra. Alex había sido conducido a creer que los rehenes tenían al menos quince años. Henry y Claricia Dunkeld no podrían tener más de siete u ocho. Estaban encadenados, muñecas esposadas, tobillos encadenados.

La ira se le subió por la garganta. Se levantó de un salto.

—¿Por el nombre de todos los santos, por qué están encadenados? Quiten sus grilletes de inmediato.

Los murmullos de acuerdo con su furia recorrieron la multitud de espectadores.

Un soldado que llevaba el distintivo del Conde Geoffrey avanzó arrastrando los pies, con una gran llave en la mano. Alex luchaba por controlar el impulso de estrangularlo con sus propias manos mientras las cadenas caían al suelo y el hombre las recogía.

—¿Cuánto tiempo han estado estos niños encadenados?

—Desde que llegaron a esta tierra, milord —respondió una voz femenina fuerte.

Sorprendido por el resentimiento sin disfrazar en las palabras de la mujer que habló, miró hacia arriba rápidamente y, por primera vez, notó a la joven que ahora sujetaba la mano de cada gemelo. Cabellos rojizos escapaban de un chal a cuadros marrón y gris que cubría su cabeza. Pecas decoraban su nariz. Pómulos altos y una barbilla orgullosa daban nobleza a una mujer vestida como sirvienta. Su frescura y belleza lo dejó sin palabras. Nunca había viajado a Escocia,

pero fácilmente podía imaginarla galopando por los salvajes páramos sobre un caballo blanco, con el cabello rojo como una cinta azotada por el viento.

Ella lo miró desafiante durante largos momentos, dejándolo sin palabras, aunque dudaba que ella le llegara al hombro si se pusieran lado a lado, una noción inexplicablemente atractiva.

Con un gesto de cabeza, los niños reales hicieron una reverencia y una cortesía ante Alex. Fue un esfuerzo encomiable considerando su edad y su condición, aunque la mujer siguió sosteniendo sus manos, sirviendo de ancla. Se sonrojaron ante la sonrisa apenas discernible que ella les dedicó cuando miraron hacia arriba buscando su aprobación.

Alex sintió un impulso peculiar de deleitarse con el resplandor de su sonrisa, pero desapareció rápidamente cuando ella volvió a mirarlo. Aunque lo comprendía, algo extrañamente angustiante lo invadió al ver el odio evidente en su mirada. Ella era la niñera de los rehenes y, por lo tanto, privada de libertad. Geoffrey había ordenado cruelmente que sus pequeños cargos fueran maniatados por alguna razón ridícula. Estaba lejos de su tierra natal, y probablemente no por elección. Era una sirvienta, pero no había hecho ni una reverencia cortés.

Alex había aceptado hacía mucho tiempo que estaba destinado a vivir una vida solitaria. Siempre había sido el extraño en la familia. Él y su padre nunca habían sido cercanos. La ausencia forzada de Robert de Montbryce en el nacimiento de Alex parecía haber formado una pared invisible entre ellos. Le había tomado años a Robert recuperar sus fuerzas. Su madre temía que su esposo nunca volviera a ser el hombre que era antes de su encarcelamiento. Cuando era niño, Alex aprendió a ser cauteloso con los repentinos cambios de ánimo de su padre, pero nunca entendió por qué su progenitor se sentía culpable por el tiempo que habían perdido.

Ahora el cuerpo de Robert de Montbryce yacía junto a su amada Dorianne en la cripta del castillo. Las intrigas que rodearon la lucha por el trono tras la muerte del rey Enrique en diciembre fueron demasiado para su salud, ya debilitada por una tos agónica.

Resentido por la constante tutela cuando su padre aún vivía, Alex ahora se sentía agradecido por el conocimiento y la orientación que le había transmitido. Aunque él y sus hermanos no coincidían sobre quién debería sentarse ahora en el trono de los ingleses, siempre les aseguraba su intención de emular a las tres generaciones de sus antepasados que habían cumplido con esa responsabilidad con honor y dignidad.

Pero se había negado a ceder a la insistencia de casarse, y ahora ya era demasiado tarde. A la edad de treinta y dos años, se había resignado a su vida de soltero.

Había permanecido célibe durante medio año de intriga y conflicto que había sacudido Normandía, mientras el rey Esteban y la emperatriz Maud competían por el trono de Inglaterra tras la muerte de Enrique.

El celibato no había sido una dificultad. Ahora, asombrosamente, una sirvienta grosera con ropa modesta, aunque deslumbrantemente hermosa con su cabello rojo, había provocado que su cuerpo respondiera de una manera que no experimentaba desde hacía muchos años.

Sin mucho esfuerzo, una sirvienta había tomado el control de esta reunión que debería haberla dejado temblando de miedo.

Bajó del estrado, contento de haber elegido llevar una túnica larga. Por derecho, debería reprender a la mujer por su insubordinación, pero la desafiante mirada en sus ojos verdes lo hizo vacilar. Tal vez en Escocia una niñera tenía más libertad.

Asintió a Henry Dunkeld. El muchacho era, después de todo, un posible heredero al trono escocés.

— Le doy la bienvenida, Henry, y a su hermana. Soy el Comte Alexandre de Montbryce.

Se giró hacia Romain, que ahora estaba a su lado.

—Les presento a mi hermano, Romain de Montbryce.

—Mes seigneurs —murmuró Henry, con la mirada fija en el suelo de piedra. Claricia miraba de Alex a Romain y de vuelta, con lágrimas acumulándose en sus ojos, su mano libre retorciéndose en la tela de su vestido.

Estaba seguro de que la niñera no sería fluida en su lengua, aunque su primer estallido había sido en francés normando. Nervioso de que los niños pudieran captar lo que estaba diciendo, cubrió su boca con la mano mientras se volvía hacia Romain.

—Que una niña sea separada de su hogar y sus padres, y llevada como rehén con grilletes a una tierra lejana, es intolerable. No es de extrañar que la niñera esté enojada.

Romain se acarició la barbilla, con una expresión divertida en el rostro.

—Enojada, pero hermosa.

Alex lo miró con furia, celos irracionales revoloteando en su estómago. Aunque a veces los confundían con gemelos, las mujeres se sentían atraídas por el buen humor y el encanto de Romain.

—No con una rehén extranjera, hermano.

Romain le guiñó el ojo, la diversión brillando en sus ojos azules.

—Una lástima, pero obedeceré tus deseos.

Él y su hermano eran altos y debían parecer gigantes ante estos dos niños. Alex se agachó junto a Claricia, lo que solo aumentó la agitación en su entrepierna.

—Demoiselle, por favor, presenta a tu niñera.

La niña lo miró, con su barbilla temblando, lo que le hizo pensar que quizás no hablaba su idioma. Se levantó, preocupado de que su intento de cercanía la hubiera intimidado.

La niñera se inclinó para susurrarle algo a la niña en lo que supuso era gaélico. El chal se deslizó de su cabeza, revelando una gloriosa cascada de espeso cabello rojo. Su respiración se detuvo en su garganta.

La mujer rápidamente volvió a colocar el chal, siendo su rubor la primera grieta en la capa de compostura.

Alex lamió sus labios secos, deseando poder aplicar su lengua a los pezones que se marcaban contra la tela fina de su bliaut mientras ella levantaba los brazos para asegurar el chal. No estaba seguro de lo que había sucedido. Lo único que podía pensar era en llevarla a su cama.

Claricia murmuró:

—Mon seigneur, les presento a mi niñera…

Miró implorante a la mujer que sostenía su mano.

La niñera dio un paso adelante.

—Mi nombre es Elayne, milord de Montbryce.

Volvió a hablar en un perfecto francés normando. Alex la miró boquiabierto, el desdén sensual en su voz resonando en lo más profundo de él.

Enderezó su espalda, los ojos lanzando una mirada desafiante.

—El príncipe y la princesa han tenido un largo viaje. ¿Puedo llevarlos a sus aposentos? Y quizás se podría traer un ungüento para las laceraciones.

Alex apartó la mirada de sus pechos llenos para mirarla a la cara. Qué audacia la de esta mujer, recordándole su obligación como anfitrión.

—Yo soy su tutor ahora, Mistress Elayne. No necesita instruirme sobre mis responsabilidades.

Ella lo miró fijamente.

—¿Tutor o carcelero? —murmuró.

Lo dijo suavemente, pero era evidente por las respiraciones contenidas a su alrededor, que la habían escuchado. Caras ansiosas esperaban su reacción.

La tos ruidosa de Romain detuvo su precipitada carrera para reprender a la mujer una vez más. Apretó los puños en un esfuerzo por frenar su respiración. La falta de deferencia de ella no había hecho nada para disuadir su excitación. Llamó a Bonhomme.

—Muéstrales a nuestros invitados sus aposentos.

Romain dio un paso al frente.

—Yo los acompañaré.

Elayne levantó el mentón, tomó a Claricia en brazos y siguió a Romain y Bonhomme, con Henry detrás de ellos.

Los murmullos de conversación comenzaron de nuevo.

En la puerta, Claricia levantó la cabeza del hombro de la niñera y curvó sus pequeños dedos en un gesto de despedida, sonriéndole a Alex. Un anhelo profundo y doloroso atravesó su corazón, un dolor que ya había creído muerto y enterrado: un deseo de tener un hijo propio.

RETENES

ELAYNE DUNKELD SE CONSUMÍA DE RABIA por dentro, pero guardó silencio mientras ella y los niños eran conducidos a la lujosa habitación que se les había asignado, sorprendida de no escuchar el giro de una llave en la cerradura cuando los dejaron solos.

Las lágrimas amenazaron con caer mientras sentaba a Claricia en la cama, arrojando su juguete sobre una silla. El calor de la prenda de lana familiar le había dado fuerzas durante la entrevista con el conde. Era un vínculo con su tierra natal. Se pasó los dedos por el cabello, reprimiendo el impulso de gritar a pleno pulmón.

—¿Qué pasa, maman? —preguntó Henry, abrazándose a sus muslos, con la cabeza sobre su vientre.

Elayne apartó las lágrimas de sus ojos. Tenía que ser fuerte por el bien de sus hijos. Acarició el cabello oscuro de su hijo, agradecida, por una vez, de que él y Claricia hubieran heredado los rasgos de su padre, luego lo levantó para que se sentara en la cama alta. Sentada entre sus gemelos, los abrazó, encontrando consuelo en su calor.

—No puedes llamarme así, Henry, mo mhac. Deben recordar que esto es un juego. Si todo ha de salir bien aquí, nadie debe saber que soy su maman. Siempre me llamarán Elayne.

—Oui, maman —respondieron al unísono.

No servía de nada reprenderlos. Eran niños, y estaban agotados. Le partió el corazón verlos encadenados. ¿Estaba pidiendo demasiado? Pero se esperaba mucho de ella.

—Su abuelo Dabíd les explicó por qué hemos sido enviados aquí.

Henry asintió mientras Elayne le quitaba las botas.

—Somos retenes.

—Rehenes —corrigió ella—. ¿Recuerdas por qué?

Claricia bostezó.

—El abuelo estaba enojado con la reina Maud.

Henry se apartó de su madre cuando ella intentó ayudarle con su jubón.

—Puedo hacerlo. El abuelo dijo que debemos ser ind...indep...

—Independientes —le ayudó Elayne—. Bien. Ayudaré a Claricia mientras tú te preparas para la cama. Quizá los sirvientes hayan puesto tu camisón en el armario.

Desnudo en la cálida habitación, Henry se acercó al armario. Elayne sonrió melancólicamente, pensando en el futuro, cuando su hijo ya fuera un hombre—y ya no estuviera tan cómodo mostrando su trasero frente a su madre y hermana. Rezaba para que todos vivieran lo suficiente como para ver ese día.

—Lo recuerdo —dijo Claricia, contenta de dejar que su madre la desvistiera—. El abuelo estaba enojado porque la reina Maud ordenó rehenes, aunque él había prometido ayudarla a ganar el trono de Inglaterra.

Henry regresó a la cama, tirándose el camisón por encima de la cabeza.

—Así que estamos haciendo este truco para ayudar al abuelo.

De boca de los niños. Era una cruel ironía que su padre adoptivo, el gran rey Dabíd mac Choluim, hubiera estado tan ansioso por enviar a los hijos de su bastardo a Normandía.

Ella había objetado.

—Henry y Claricia son todo lo que me queda ahora que Dugald ha muerto. Sé que era su

hijo ilegítimo, pero...

El rey de los escoceses había sido tajante, golpeando con el puño el brazo de su trono.

—Me niego a enviar a mis herederos. Que la emperatriz normanda crea que tiene mis legítimos nietos. A pesar de su arrogancia, cumpliré mi juramento de desviar la atención del rey Esteban invadiendo de nuevo Northumbria cuando ella desembarque con su ejército en Inglaterra.

—Es afortunada de que aún apoye su reclamo al trono de Inglaterra. Lo hago solo por lealtad a su padre, Henry. Me dio refugio cuando tuve que huir de Escocia siendo una joven.

Se puso a hablar de su exilio habitual cuando su tío, Domnall, usurpó el trono tras la muerte de los padres de Dabíd.

Finalmente, las lágrimas y el llanto de Elayne parecieron tocar el corazón frío del rey.

—Ve con ellos si debes, pero no como su madre. Maud sabe perfectamente que la esposa de mi hijo murió al dar a luz. No será tan malo. Maud ha elegido a la familia Montbryce como vuestros anfitriones. Son normandos honorables. Usted y sus hijos serán tratados con amabilidad.

A pesar de sus palabras reconfortantes, Elayne temía que los alojaran en una celda, especialmente después de las cadenas. Suspiró aliviada mientras su mirada recorría los ricos tapices, los finos muebles y las alfombrillas cálidas que adornaban la habitación que se les había asignado. Un fuego acogedor ardía en la chimenea.

Un suave golpeteo en la puerta atrajo su atención. Una joven de rostro fresco, con una bandeja, asomó por la habitación y entró cuando Elayne asintió.

La chica no se inclinó, y Elayne se recordó a sí misma que esta sirvienta creía que también era una sirvienta. Sin embargo, la sonrisa amistosa de la joven la reconfortó.

—Soy Micheline. Me han encargado cuidar del príncipe y la princesa. La cocinera envió comida y la sanadora una pomada.

Elayne frunció el ceño, mordiéndose el labio. Micheline no parecía una espía, pero suponía que el conde quería que los sirvientes del castillo los vigilaran. Y era considerado por parte de la cocinera ahorrarles a los niños el largo banquete en el comedor.

Destapó el tarro de ungüento e inhaló, sorprendida al descubrir que se trataba de nardo costoso. Su baja opinión sobre Montbryce y su castillo mejoró un poco. Untó el agradable bálsamo en las muñecas y tobillos doloridos de los niños y luego los dirigió hacia la pequeña mesa y sillas en un rincón, donde Micheline había puesto la comida.

La chica parecía nerviosa.

—Perdón, no hay suficiente para ti, Elayne. La cocinera insistió en que los sirvientes deben comer con los demás.

Elayne asintió, aunque era un golpe para su orgullo y su estómago vacío. No debía darle a esta sirvienta ninguna razón para ser curiosa.

—Lo entiendo.

Quizá sus sospechas eran infundadas. Solo el tiempo lo diría. Tendría que estar alerta. Alexandre de Montbryce la había impresionado como un hombre de honor, aunque rápido para ofenderse. Se preguntaba qué pasaba detrás de esos penetrantes ojos azules. ¿Estaba casado? Un hombre tan bien musculado y atractivo debía de haber tenido muchas mujeres para elegir. No había comtesa presente en la entrevista.

Parecía viejo para no estar casado. Tal vez era viudo. Si tenía hijos e hijas, podrían ser compañeros de juegos para Henry y Claricia.

¿Qué importaba eso? Tenía cosas más importantes de qué preocuparse.

La comida de las cocinas de Montbryce era de la mejor calidad. Henry y Claricia

devoraron el pollo asado que ella les cortó. Incluso comieron las zanahorias, lo cual era un milagro. Su estómago gruñó, pero no tomaría comida de los platos de sus hijos, especialmente delante de la atenta Micheline.

Después de la cena, los arropó en la cama, agradecida por las sábanas limpias, sin roedores. Se durmieron antes de que llegara al final de su canción de cuna favorita. La melodía familiar también la ayudó a calmarse.

Gu robh neart na cruinne leat, 'S neart na grèine.

—Que tengan de verdad, la fuerza del universo y la fuerza del sol, mis ángeles.

Micheline sonrió a los niños dormidos.

—Tienes una voz preciosa, Elayne.

Siempre había encontrado consuelo en cantar, especialmente para sus hijos. Sonrió en agradecimiento a Micheline, sintiendo cómo el nudo en su estómago se aliviaba.

Pero su hambre y sed aumentaron. Debía mantener sus fuerzas si iban a sobrevivir a esta prueba. No comer solo la debilitaría.

—Milord Conde esperará en el salón —recordó Micheline.

La sensatez prevaleció. Si llenar su estómago significaba tolerar la mirada inquietante del Conde, lo haría.

—¿Te quedarás un poco más, Micheline, hasta que regrese? Debo admitir que tengo hambre.

Micheline apretó su brazo.

—Oui, ve. Todo está bien aquí. Están a salvo conmigo. Tengo ocho hermanos y hermanas, todos más jóvenes que yo.

LADOS OPUESTOS

AL LLEGAR AL SALÓN, Elayne se unió al final de una fila de personas que hacían fila ante una serie de largas mesas de madera. Se sirvió un trozo de pollo asado y algunas zanahorias en una bandeja de pan negro y se ayudó con un vaso de ale aguada.

Nunca había comido con sirvientes y campesinos. ¿Había algún protocolo o jerarquía de asientos entre la gente del castillo de Montbryce, como había en Escocia?

Sin nadie que la guiara, ocupó el primer asiento en un banco vacío, alejado del estrado, aliviada de que la mayor parte del ale aún estuviera en el vaso y que la bandeja de pan no se hubiera caído de su mano temblorosa.

Miró nerviosa hacia arriba, desalentada al ver la mirada fija del comte sobre ella. Era inquietante. Incómoda, lamentó haberse presentado. ¿Por qué la miraba? ¿Sospechaba de su subterfugio? ¿O era un mujeriego?

Dejó que sus ojos vagaran hacia las vigas del techo, donde ondeaban los estandartes en el aire cálido. No había notado nada durante la primera entrevista con el comte, estando demasiado nerviosa en ese momento.

Era un gran salón, ricamente decorado con finos tapices y trofeos de guerra y caza. El suelo de piedra estaba suavizado con juncos limpios. Aromas deliciosos llenaban el aire, un agradable cambio respecto al hedor de comida en descomposición y excrementos de ratas que solían impregnar el Gran Salón de el Rey Dabíd, cuando los perros y gatos del castillo no lograban recoger todos los restos.

Si alguna vez tuviera un castillo propio...

Pero eso era solo un pensamiento en vano. La muerte prematura e insensata de su esposo la había colocado en una posición precaria como viuda del hijo bastardo del rey. Solo la existencia de sus hijos le había evitado ser expulsada. Si lograban regresar a Escocia con vida, probablemente el rey la comprometiera con un anciano. Los hombres más jóvenes de los clanes no deseaban una viuda de veinticuatro años con hijos.

Su padre político le había dicho que los Montbryce eran una familia rica con una larga y gloriosa historia de destreza militar, que controlaba vastas tierras en Normandía e Inglaterra. Siempre habían gozado del favor del monarca reinante, una hazaña envidiable en el marasmo de la política anglo-normanda. Había insinuado alguna terrible desgracia que en su día había caído sobre el anterior conde, el padre de Alexandre, pero no había dado más detalles.

Elayne comió el pollo rápidamente, sintiéndose culpable por dejar a sus hijos solos con una extraña en una tierra extranjera. Se movió incómoda sobre el banco.

Los otros sirvientes de la casa la miraban como si tuviera dos cabezas. Evidentemente, nadie en Montbryce usaba un playd.

Le parecía extraño estar sentada con sirvientes, aunque ninguno se había acercado a sentarse junto a ella. Tenía cuidado de comer como una campesina, aunque usar las manos en vez de utensilios le parecía grosero. Se lamió los dedos grasientos, sin tener servilleta. Por el rabillo del ojo, notó que el hermano del conde vaciaba su vaso de vino. Se relamió los labios, deseando probarlo, pero tendría que conformarse con el ale aguado.

***

—AL PRIMO GALLIEN NO LE GUSTARÁ—observó Romain, con la boca llena de

pollo asado.

Alex apartó su bandeja, limpiándose la boca con una servilleta, con su atención fija en la niñera pelirroja sentada sola en una mesa de sirvientes.

—El Conde de Ellesmere ya está al tanto de nuestros rehenes, y tienes razón: no está contento con ello.

Romain miró el pollo que Alex había dejado intacto.

—Era de esperar, supongo. Desde el principio, ha sido un partidario de Esteban como nuestro monarca, en lugar de Maud.

Alex empujó la comida hacia su hermano, luego se reclinó en la silla del señor, preguntándose dónde estarían los niños escoceses.

—Esteban lleva la corona inglesa gracias a un accidente geográfico. Cuando Henry murió, estaba cerca de Inglaterra y pudo cruzar el Mar Estrecho y tomar el trono rápidamente.

Romain encogió los hombros, pinchando el pollo que quedaba con su cuchillo.

—No olvides que tuvo la ayuda de su hermano, el obispo de Winchester, que, por supuesto, es donde se encuentra el Tesoro Real. Una vez que puso las manos en eso, su coronación fue una conclusión inevitable.

Saboreó el pollo con deleite.

—Mucho de la culpa recae sobre Maud y Geoffrey. Fue corto de miras aislarse en Anjou cuando sabían que su padre estaba enfermo. Ella sabía que Esteban desafiaría su derecho al trono.

Alex estiró las piernas, cruzándolas a los tobillos.

—Bueno, ha pagado por su falta de previsión, forzada a pasar los últimos seis meses reuniendo un ejército aquí en Normandía para desafiar a Esteban. Nuestro padre juró apoyar su reclamo al trono, y así lo haremos.

Romain hizo una pausa en su masticar y tomó un largo trago de vino.

—Es arriesgado. Ahora que Esteban es rey, tiene el poder de confiscar los bienes normandos vinculados a familias inglesas. Podría decidir que el castillo de Montbryce es un buen premio.

Las emociones de Alex estaban mezcladas. Quería que Romain se interesara por los asuntos de sus vastas posesiones, pero resentía que su hermano lo cuestionara.

—Eso no es probable. Gallien es uno de sus partidarios más fuertes. Dudo que quiera alienar a los Montbryce ingleses.

—Pero la división sobre este asunto es una gran preocupación.

Alex se irritó.

—Como conde, tengo el derecho, como cabeza titular de la familia, de exigir que todos los Montbryce sigan mi liderazgo. La unidad es lo que ha ayudado a la familia a sobrevivir y prosperar durante generaciones. Es una posibilidad aterradora que podamos encontrarnos luchando contra nuestros propios primos si Maud invade Inglaterra.

Romain sonrió.

—Más te vale olvidar ordenar que Gallien se someta. Ha intentado muchas veces convencerte de cambiar de lealtad a Esteban, y sin duda está regañando a nuestro hermano Laurent sobre el asunto en este mismo momento.

Alex objetó.

—El padre de Gallien juró apoyar a Maud.

Romain hizo un gesto despectivo con la mano.

—Pero la mayoría en Inglaterra afirma que juraron lealtad a Maud bajo coacción de Henry.

Nuestro propio padre estaba resentido de haber sido forzado a jurar. Los barones ingleses no creen que una mujer deba ser reina por derecho propio. Muchos aquí en Normandía coinciden, yo incluido.

Alex tamborileó los dedos sobre la mesa, cansado del interminable dilema de la sucesión. Miró nuevamente a la mujer escocesa. Estaba lamiendo la grasa de pollo de sus dedos. Su boca se abrió. Sus pulmones se negaron a llenarse de aire. Estaba consumido por un deseo irracional de apresurarse a su lado y chupar sus dedos.

Decidió enviar a Bonhomme a la niñera para preguntar por los niños.

Romain tosió fuerte, despertándolo de su ensoñación. ¿De qué estaban hablando?

—¿Compartes las opiniones de Gallien, entonces?

Romain eructó, luego se golpeó el pecho con el puño.

—Él afirma que Esteban es un mejor hombre para el trabajo.

Se rio en voz alta, dándole una palmada a Alex en la espalda.

—¡Ja! ¿Entiendes el humor de lo que acabo de decir?

Ignorando a su hermano, Alex hizo una señal a Bonhomme.

—Pregunta a la mujer escocesa qué ha sido de los niños.

Romain hizo un puchero.

—No me estás escuchando. Maud es una mujer. Hice una broma cuando dije...

Alex apretó la mandíbula, sus ojos fijos en la niñera. Elayne era su nombre.

—Oí lo que dijiste. Gallien probablemente tiene razón. Esteban es más...

Se detuvo, distraído por la mirada irritada que Elayne le lanzó desde el otro lado del salón. Ella dijo algo en respuesta a Bonhomme. Se preguntó si el rubor llegaba hasta su pecho.

¡Mierda! La mujer se estaba metiendo bajo su piel. Se giró para ver a Romain sonriendo.

—¿Qué?

—Te has encariñado con la escocesa.

Alex se sentó erguido, tirando de los puños de su jubón.

—Solo me pregunto qué ha sido de sus pupilos.

Romain se puso de pie, su rostro era una máscara de incredulidad divertida. Le tiró la servilleta al regazo de Alex.

—Estás sudando, hermano. Has pasado demasiado tiempo sin una amante.

***

LA ESPALDA DE ELAYNE se tensó cuando notó que el conde llamaba a su mayordomo. Sospechaba que la regañarían por haber dejado a los niños, pero se recordó a sí misma mantener la calma. Un sirviente debía aceptar un reproche con humildad. No debía traicionar su educación noble.

Bonhomme sonrió.

—Milord Comte pregunta por los niños.

Elayne apretó los dientes, sintiendo el calor del rubor que recorría cada centímetro de su piel. Intentó, sin éxito, no fulminar con la mirada al arrogante Alexandre de Montbryce. Como si ella pudiera descuidar a sus propios hijos.

—Están dormidos. Los dejé con Micheline solo unos momentos. No he comido en todo el día.

El mayordomo asintió.

—Transmitiré la buena noticia de que se han quedado dormidos, lo cual indica que deben sentirse seguros en su habitación. El conde no tiene hijos. No está acostumbrado a tener infantes en el castillo, excepto cuando sus sobrinos y sobrinas lo visitan. —Elevó las cejas—. Los evita

tanto como puede.

Sus palabras la desconcertaron por alguna razón que no podía entender.

—¿Acaso no le gustan los niños?

Bonhomme negó con la cabeza.

—Es más bien una evitación de sus hermanas mayores, Marguerite y Catherine. Tienden a ser mandonas. Los tres hermanos se mantienen alejados de ellas.

Ella miró hacia la mesa principal, notando por primera vez la silla vacía junto a Romain.

—¿Tres?

—Milord Laurent está fuera en este momento, como invitado de Gallien de Montbryce, el Conde de Ellesmere, un primo en Inglaterra.

Supuso que Laurent debía ser el hermano menor, más joven que Romain, quien parecía ser el segundo al mando.

El aire en el salón abarrotado se había vuelto sofocante, y ella estaba sudando bajo la mirada profunda del conde y el peso del playd demasiado cálido.

Se levantó.

—Debo regresar con mis pupilos. Le agradezco su amabilidad, Mayordomo Bonhomme.

Él la miró curioso. ¿Acaso había hablado con demasiada condescendencia?

—De rien. No es nada. Avíseme si necesita algo usted o los niños.

Ella asintió en señal de agradecimiento, hizo una reverencia al conde, con la mirada baja, y salió, la mirada de Alexandre de Montbryce ardiendo en su espalda.

LATITUD

— DADAIDH!

El grito de Claricia despertó a Elayne de un sueño agitado. Se quitó las sábanas y saltó de la cama, con el corazón latiendo rápidamente al no poder encontrar su orientación en la habitación desconocida. Henry se lamió los labios y se dio vuelta.

Los primeros rayos grises del amanecer se filtraban por la ventana estrecha. Elayne miró fijamente. Claricia estaba en el centro de la habitación, llorando por su Papá. La levantó, abrazándola con fuerza.

—Calla, calla, pequeña. Maman está aquí.

—Pero quiero a Dadaidh —gimió la niña.

Una mano fría apretó su corazón. Su brutal esposo nunca prestó atención a su hija, sin embargo, ella le prodigaba amor. ¿Cómo revelar la sangrienta verdad sobre la muerte de su querido Dadaidh?

—Dadaidh está lejos. Pero está pensando en nosotros.

El sollozo de Claricia se detuvo en su garganta mientras apoyaba la cabeza en el hombro de su madre.

—Pero él no vino a decir adiós.

Dugald no se había despedido de su familia el día que partió en una incursión desastrosa por las tierras fronterizas de Northumbria, en contra de los deseos de su padre real.

Los pocos seguidores desdichados que lo acompañaron estaban demasiado debilitados por sus propias heridas para traer su cuerpo de regreso a casa.

Elayne lloró, no por su esposo, sino por sus hijos. Mejor un padre negligente que ninguno. Hostil hacia su esposa, nunca levantó la mano contra su hijo ni contra su hija.

Las malas noticias se habían mantenido alejadas de Henry y Claricia. Solo se les dijo que su Papá había ido en un largo viaje a las Cruzadas.

Besando suavemente la cabeza de su hija, cantó las palabras familiares que siempre calmaban a la niña.

—Gu robh neart na cruinne leat, 'S neart na grèine
'S neart an tairbh dhuibh, 'S àirde leumas.

Claricia rio como siempre.

—¿Cómo puedo saltar tan alto como un toro negro? Soy una niña, tonta Maman.

—Solo es un juego, Claricia —dijo Henry, bostezando—. Un viejo deseo de que seas fuerte.

Elayne sonrió, agradeciendo a los santos que Henry fuera tan inteligente y perceptivo, a diferencia de su padre. Si sobrevivían a este exilio, su abuelo podría reconocer su valía y asegurarse de darle un lugar en la Corte.

Le gustara o no, dependía de la buena voluntad de Alexandre de Montbryce. Hasta ahora, los habían tratado bien en este castillo. No debía hacer nada que pusiera eso en peligro. Si el hombre quería mirar, que mirara.

Un suave golpeteo anunció la llegada de Micheline. Desordenó el cabello de Claricia.

—Bonjour. Milord Comte pide que traigas a los niños a su solar dentro de una hora, después de que hayas tomado el desayuno en el Gran Comedor.

Elayne inhaló profundamente mientras Micheline comenzaba a buscar ropa para los niños.

Ahora empieza.

La comida servida en el salón era excelente, pero los nervios por la entrevista que se avecinaba le cerraban la garganta a Elayne. Había perdido el control del constante golpeteo de su pie. El jugoso jamón ahumado y el pan negro sabían a aserrín, pero se obligó a comer para que los niños también lo hicieran.

Sentados junto a ella, Henry y Claricia comían con gusto. Uno o dos de los sirvientes que la habían observado curiosos la noche anterior les dijeron "bonjour", pellizcando las mejillas de Claricia. Henry se apartó rápidamente cuando intentaron hacer lo mismo con él, pero su sonrisa tímida reveló que le gustaba la atención.

Micheline vino a escoltarlos al solar del conde. Elayne les limpió las migas de la cara a los niños, les alisó la ropa, bebió de un trago su jarra de cerveza aguada y se dispuso a enfrentar la temida entrevista.

Después de zigzaguear por un laberinto de pasillos confusos, llegaron a su destino. La cabeza de Elayne daba vueltas. Había bebido la cerveza demasiado rápido. Pequeños eructos subían por su garganta. Era una bebida a la que no estaba acostumbrada. Claricia gimoteó, pidiendo que la levantaran y la llevaran en brazos. Micheline se detuvo, tocando la puerta.

Elayne se agachó junto a Claricia y le tomó la mano, mirándola a los ojos.

—Ánimo. Entrarás en el solar del conde como una princesa real. ¿Lo entiendes?

Claricia miró hacia sus pies.

—Sí, maman —susurró.

Elayne apretó su mano.

—Sí, Elayne —murmuró la niña.

—Qué bonito idioma hablas —dijo Micheline—. Algunas palabras suenan igual que las nuestras. Creo que dijiste maman.

Elayne se enderezó demasiado rápido. Las paredes se inclinaron. Se alisó la falda y ajustó la capa.

—Oui, el gaélico para niñera es mama.

Guiñó un ojo a ambos niños, y ellos sonrieron conspirativamente en respuesta.

Micheline abrió la puerta y entraron. El Conde Alexandre estaba de pie frente a un fuego fuerte, con las largas y poderosas piernas apoyadas, las manos detrás de la espalda.

Elayne dejó escapar una exhalación cuando un escalofrío de deseo recorrió sus muslos, asentándose en un lugar muy privado. En todas las veces que Dugald la había llevado a la cama, nunca había experimentado el calor del deseo que ahora la envolvía. Sintió un impulso de huir, pero eso era imposible.

El conde frunció el ceño mientras se acercaba a ella.

—¿No se encuentra bien?

Debía hacer todo lo posible por no hacerle pensar que estaba enferma. Podría ordenarle que la despidieran de su puesto como niñera.

—No, milord Conde, simplemente un poco cansada después del largo viaje.

Él dio un paso más cerca.

—¿No dormiste bien? Entendí que los niños estaban cómodos en su habitación.

No podía pensar. Estaba demasiado cerca, sus ojos azules eran demasiado penetrantes.

—Los niños duermen bien cuando saben que alguien que los ama está cerca.

—¿Y usted los ama, a estos nietos del Rey Dabid?

—Como si fueran propios —dijo, las palabras atascándose en su garganta. Esperaba no

estar revelando demasiado de sus emociones.

Él la miró con curiosidad.

—Loable. ¿No tiene hijos propios?

Su corazón dio un vuelco.

—No, milord Conde. Soy viuda.

Mejor no alejarse demasiado de la verdad.

Él caminó de un lado a otro frente al fuego, con las manos aún sujetas detrás de su espalda.

—Su dominio de mi lengua es notable, para una sirvienta.

¿Había puesto en peligro su estrategia con su astucia?

—El Rey Dabíd se encargó de que fuera educada en idiomas para poder enseñar a los niños, después de la muerte de su madre.

Se detuvo y la miró.

—¿Su madre está muerta?

Entonces no sabía que la hija del rey por matrimonio había muerto dando a luz a sus nietos legítimos.

—Sí, al dar a luz.

—Entonces, son muy afortunados de tenerla. Yo crecí con dos padres amorosos, aunque mi padre y yo...

Se detuvo abruptamente y retomó su caminar, con los hombros tensos.

Cuando volvió a hablar, su voz se tornó más severa.

—Tenemos que hablar sobre los límites.

Su ira aumentó.

—¿Límites?

***

DE NUEVO, LA FALTA DE DEFERENCIA DE ESTA SIRVIENTA DESCONCERTABA A ALEX, pero su propia falta de ganas de reprenderla lo confundía aún más. Ella lo intrigaba. Era hermosa en rostro y forma. Su naturaleza rebelde encendía su sangre. Tal vez la sugerencia de Romain de tomarla como su amante merecía consideración.

Pero luego vio el miedo en el rostro de Claricia y la hostilidad abierta en los ojos de Henry. Eso lo puso sobrio. Esos niños eran protectores de su niñera. No quería que le tuvieran miedo, aunque no estaba seguro de por qué le importaba.

Sin embargo, ellos eran rehenes, entregados a su cuidado. Intentó recordar lo que iba a decir.

—Usted y los niños tendrán acceso a todas las áreas públicas del castillo.

Si esperaba que ella estuviera agradecida por este generoso gesto, estaba equivocado. Sospechaba que su enojo solo crecería con lo que tenía que decir a continuación.

—Tengo la intención de que los niños reciban un tutor. Su educación no sufrirá mientras sean huéspedes en mi casa.

Su rostro se puso rojo como un tomate.

—Pero milord, yo...

Él levantó la mano.

—Usted es su niñera. Los nietos de un rey deben tener un tutor educado. Dudo que hable latín. Ya he hablado con nuestro sacerdote.

Ella abrió la boca para responder, pero pareció pensarlo mejor. Sin embargo, la mirada que le lanzó a través de sus ojos entrecerrados no dejaba dudas sobre su creciente furia.

Su cuerpo se calentó. El fuego en esos ojos verdes...

Aclaró la garganta.

—Henry será provisto con los equipos necesarios para que lo enseñen en las artes de la guerra, y se espera que entrene con los caballeros y los hombres de armas.

Ambos niños se habían acercado más a Elayne, como pajaritos buscando la protección de las alas de su madre. ¿Era tan intimidante él?

—Es solo un niño —dijo ella indignada.

Alexandre siguió adelante.

—Nunca es demasiado temprano para que un hombre aprenda a defender sus tierras. Claricia aprenderá lo que las jóvenes deben saber para convertirse en...

Perdió el hilo de su pensamiento cuando Elayne levantó la barbilla de manera desafiante.

—...eh, jóvenes.

—¿Y cuáles serán exactamente mis responsabilidades? —preguntó ella.

—Lo discutiremos cuando termine —la reprendió, sonando en sus propios oídos como un niño caprichoso—. Durante las comidas en el Gran Salón, los niños se sentarán en la mesa principal, conmigo y mis hermanos.

Elayne golpeó el pie impacientemente, frunciendo el ceño.

¿Qué le pasaba a la mujer? ¿Esperaba tener el control total de los niños reales? Seguramente no se creía merecedora de un lugar en la mesa alta.

—Sus responsabilidades incluirán vestir y arreglar al príncipe y la princesa.

¡Cielos! Hablaba como si fueran caballos. ¿Cómo se abordaba el tema del baño con una sirvienta que fruncía el ceño? Con los ojos entrecerrados, parecía lista para estallar como un volcán en erupción, pero cuando abrió la boca, un fuerte eructo salió de ella.

Alexandre no pudo contener la risa que brotó de él. Su rostro se enrojeció aún más, y medio esperaba una ráfaga de invectivas, pero luego Henry y Claricia también se rieron. Su expresión sorprendida fue rápidamente reemplazada por una amplia sonrisa que encendió un fuego en las entrañas de Alexandre.

Una visión del rostro sonriente de su madre apareció tras sus ojos. Dorianne de Montbryce había amado profundamente a sus hijos; su risa había sido parte de su vida cotidiana como niño. La extrañaba profundamente.

No recordaba un momento en que hubiera compartido una risa con su padre.

Un deseo de abrazar a esta mujer sonriente y a estos niños que se reían, y reír con ellos hasta caer al suelo en un ataque de risa, lo sacudió hasta lo más profundo de su ser.

***

ELAYNE ESTABA MORTIFICADA, sus emociones estaban en conflicto. Su comportamiento impropio solo habría podido convencer a Alexandre de Montbryce de que era una sirvienta grosera. Pero ella había sido criada como dama, y las damas no se echan eructos delante de los caballeros. Maldijo a la cerveza. Tendría que ser más cuidadosa en el futuro.

Henry se desplomó en el suelo del salón, aparentemente incapaz de dejar de reír. Como era de esperar, Claricia hizo lo mismo, aunque Elayne dudaba de que comprendiera del todo lo que era tan divertido.

Su corazón se aligeró al verlos tan felices.

Incluso el conde reía, su rostro transformado en algo de belleza que provocó que el calor líquido se acumulara de nuevo en un lugar íntimo. Ella balbuceó una disculpa y fue excusada por el normando, que seguía sonriendo.

Todo lo que pudo recordar era que él había dicho algo sobre juguetes mientras ella sacaba a los niños de su salón.

Le llegó a su confundida mente que Micheline los estaba llevando fuera de su habitación.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

La doncella sonrió ampliamente.

—A la guardería. El conde quiere que selecciones juguetes.

Elayne se sobresaltó al escuchar una profunda voz masculina detrás de ella.

—Hay cosas allí con las que jugué cuando era niño.

No sabía qué responder. Seguramente el conde no pensaba encargarse de la humilde tarea de buscar juguetes para sus hijos.

GUARDERÍA

ALEX NO HABÍA ESTADO EN LA GUARDERÍA EN AÑOS. Un toque de humedad flotaba en el aire. Lo recordaba como un lugar cálido, lleno de olores familiares que transmitían tranquilidad. Se volvió hacia Micheline.

—Busca a Bonhomme. Dile que quiero un fuego en esta chimenea durante unos días.

Ella hizo una reverencia y salió.

Su mirada recorrió la estancia. Poco parecía haber cambiado, aparte de los juguetes nuevos para los hijos de Marguerite y Catherine. Él y su madre habían encontrado refugio aquí, lejos de la melancolía de su padre, en los primeros años después de su liberación de la mazmorras de Curthose.

Los adornados cuneros en los que él, sus hermanos y hermanas habían dormido de pequeños estaban vacíos, esperando a la próxima generación de niños. Una tristeza lo invadió. Tragó el nudo que tenía en la garganta, muy consciente de la mujer que estaba detrás de él. Un aroma a manzana se le pegaba, que le recordaba los huertos que rodeaban su hogar. Intentó quitarse de la mente sus ojos verdes.

—Quizás incluso haya algunos juguetes con los que jugó mi padre de niño —dijo.

Un recuerdo le vino a la mente. Se volvió hacia Henry, que se encontraba recargado en el muslo de Elayne, mirando alrededor con nerviosismo.

—De hecho, creo que si buscamos con cuidado, podríamos encontrar la espada y el escudo galés que le regalaron a mi padre cuando era niño.

Henry se iluminó.

—¿Una espada?

Elayne frunció el ceño.

—¿Galesa?

Alex recorrió la habitación con la mirada nuevamente, con su corazón lleno de recuerdos felices; discusiones con Catherine y Marguerite, peleas con Romain y Laurent. ¿Qué mal habría en contarles la historia a estos escoceses en un lugar donde su madre había contado una y otra vez historias del Conquistador y las glorias militares de los Montbryce?

—Mi padre y su hermano fueron secuestrados por rebeldes galeses para pedir un rescate cuando eran unos niños, junto con su madre, mi abuela, Mabelle de Montbryce. Su captor, el príncipe jefe Rhodri ap Owain, hizo que les fabricaran espadas y escudos de madera para que pudieran entrenar con los niños galeses mientras eran prisioneros.

Los ojos de Henry se movieron rápidamente por la guardería.

—¿Fue él prisionero mucho tiempo?

Claricia succionaba su pulgar, aferrándose a las faldas de Elayne. Claramente, las armas no le interesaban.

Alex miró a la mujer escocesa. Parecía dividida entre reprender a Henry por su curiosidad y el deseo de saber la respuesta. Después de todo, ellos también eran prisioneros, aunque su libertad no dependía de un rescate. Un escalofrío recorrió su columna. Maud sería la persona que decidiría su destino, y lo haría basándose en las acciones de Alex. Intentó mantener la preocupación fuera de su voz.

—Meses. Mi abuela dio a luz a mi tía Rhoni en las montañas galesas durante ese tiempo.

—El rey Dabíd mencionó una catástrofe que le ocurrió a su padre —dijo Elayne tímidamente.

Alex vaciló. Esta sirvienta no tenía derecho a saber sobre la desgracia de su padre, sin embargo, tenía un impulso abrumador de compartirlo con ella. Respiró hondo, pasando las manos por su cabello.

—Su rey probablemente se refería al encarcelamiento ilegal de mi padre por parte del Duque de Normandía.

Ella se tapó la boca con la mano.

—¿Recientemente?

Alex negó con la cabeza. Ya no había vuelta atrás.

—No. Nací mientras él estaba en prisión. Fue un cruel confinamiento solitario. Lo escondieron en una mazmorras. Mis tíos finalmente lo rescataron, pero fue difícil para su cuerpo... y su mente.

Sus ojos se llenaron de compasión.

—Debió ser difícil para usted y para su madre también.

—Lo fue —dijo él en voz ronca—, pero mi madre sacó a mi padre del abismo de la desesperación. Se amaban profundamente.

Su corazón dio un vuelco. Nunca antes había hablado de estas verdades en voz alta, y allí estaba, confiando en una sirvienta, una prisionera extranjera, una mujer que acababa de conocer. Se sentía atraído por ella. Si se acercaba un poco más, podría arrodillarse ante ella, descansar su cabeza en sus muslos y dejar que ella acariciara su cabello.

—Lo encontré —gritó Henry.

Claricia jaló a Elayne hasta el rincón más alejado donde su hermano estaba de pie entre un revoltijo de viejos cofres. Alex la siguió, contagiado por la emoción de Henry. Apoyado contra uno de los cofres, había un pequeño escudo de madera, con una espada en miniatura metida en la correa de cuero desgastado. Ambos juguetes mostraban signos de haber sido bien usados.

La garganta de Alex se apretó. Su padre había jugado con esas armas en las lejanas montañas de Gales y las había traído a Normandía cuando se convirtió en conde, sin duda como juguetes para sus futuros hijos. Alex había jugado con ellos cuando era niño, pero entonces no tenía idea de su importancia. Su padre nunca había compartido nada sobre eso. Fue gracias a su madre que aprendió después la historia de la espada y el escudo. No los había visto en años.

—Papá —susurró, viendo a Henry agitar con orgullo la espada, sus piernas cortas firmemente apoyadas, el escudo apretado contra su pecho, un caballero en miniatura.

Se volvió a mirar a Elayne. Su rostro estaba mojado con lágrimas.

Tomó su mano, sintiendo un inexplicable orgullo por ese niño al que apenas conocía.

—Será un gran guerrero.

Ella se apartó de él y corrió hacia la puerta.

***

EN CUANTO ELAYNE CRUZÓ EL UMBRAL, el sentido común la obligó a detenerse. Se apoyó contra la fría piedra de la pared, con la cara enterrada entre sus manos. Las sirvientas no dejaban una habitación sin permiso. Tampoco debió haber abandonado a Claricia y Henry, que seguramente debían estar angustiados por su repentina salida llena de lágrimas. Les había animado a ser fuertes, pero su propia fuerza interior se había desmoronado.

Sería reprendida. Necesitaba controlar sus emociones. El miedo estaba impulsando sus acciones, y ver a su hijo armado y listo para la "batalla" le dio un vistazo no deseado al futuro. Si tan solo pudiera quedarse como un niño pequeño para siempre.

Otro problema desconcertante era el efecto inquietante de Alexandre de Montbryce. Su presencia la descolocaba. El toque de su mano había provocado extrañas cosquillas en partes de su cuerpo que preferiría no mencionar.

En circunstancias diferentes, una relación entre la hija de un líder escocés y un conde normando podría haber sido posible. Parecía atraído por ella. Pero si descubría que sus prisioneros no eran quienes decían ser, sus vidas estarían en peligro. La desaprobación de Maud podría incluso recaer sobre Alexandre. Se decía que la hija del rey Henry no era una mujer compasiva.

Las mentiras tendrían que continuar, aunque tal vez responder a su aparente interés pudiera brindarles una mayor protección. La miel atrae más moscas que el vinagre. Se alisó la falda y ajustó su tocado, enderezó su espalda y volvió a entrar en la guardería.

* * *

A SOLAS CON DOS NIÑOS PEQUEÑOS por primera vez en su vida adulta, Alex sintió una punzada de aprensión cuando Elayne huyó de la guardería.

El labio inferior de Claricia tembló. Henry se quedó completamente inmóvil, con su espada detenida a medio embate, mientras miraba a su niñera huir y luego a Alex, una y otra vez.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Micheline regresara o de que quizás algún siervo enviado por Bonhomme viniera a encender el fuego?

Entonces recobró la compostura. Era un adulto, un hombre que había enfrentado la muerte en más de un campo de batalla en el reciente conflicto en Flandes. Seguro que podía manejar esta campaña.

Claricia lo miró sorprendida cuando la levantó y se sentó en uno de los baúles, acomodándola en su regazo. Henry frunció el ceño, pero se acercó para unirse a ellos, arrastrando la punta de su espada sobre el suelo de piedra.

—No te preocupes. Las mujeres suelen llorar sin razón alguna.

Claricia asintió con solemnidad.

—Mam... Elayne llora mucho, especialmente desde que...

—¡Claricia! —Henry frunció el ceño, interrumpiendo a su hermana.

La pequeña se tapó la boca con ambas manos, con sus ojos llenándose de lágrimas. Alex la atrajo hacia sí. Olía a jabón con aroma a rosas.

—Creo recordar un juego que a mis hermanas les encantaba. ¿Te gustaría que lo intentáramos?

La niña sorbió por la nariz.

—¿Tienes hermanas?

Alex se rio suavemente.

—Sí. Ahora tienen hijos propios y viven muy lejos. De todas formas, me gustas más tú.

—¿Por qué?

Sus ojos marrones se abrieron de par en par, haciendo que Alex se sintiera travieso.

—Porque no eres mandona como ellas.

Claricia se echó a reír y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Yo no soy mandona. Henry es el mandón.

Henry hizo un puchero.

—No lo soy.

Alex se sintió como si hubiera viajado en el tiempo. Los años habían pasado volando desde que él y sus hermanos discutían las mismas cosas sin cesar. Una sensación de nostalgia lo envolvió.

El corazón le dio un vuelco cuando Claricia le dio un beso en la mejilla.

—Me gustas, Lix —susurró, abrazando su cuello.

Las rodillas de Alex amenazaron con ceder mientras se ponía de pie.

—Tú también me gustas. Vamos a buscar los títeres de caballeros.

El puchero desapareció del rostro de Henry.

—¿Títeres de caballeros?

Alex bajó a Claricia y abrió el baúl en el que había estado sentado. Revolvió entre las cosas, encontrando rápidamente lo que buscaba.

—¡Ajá! Sabía que estarían aquí.

Ambos niños se asomaron casi dentro del baúl. Alex recuperó los caballeros de madera tallada y los llevó a una mesita pequeña. Arrodillándose junto a ella, colocó las finas cuerdas de cuero sujetas a los títeres en las manos de Henry.

—Tú te paras en un extremo y las sostienes con fuerza. Claricia, tú enfréntate a tu hermano.

Enderezó las cuerdas y puso los otros extremos en las manos de Claricia.

—Ahora, si tiran... Oh, no tan fuerte, Henry. Con paciencia. Tiren suavemente, y verán cómo luchan entre sí.

Los dos rieron con entusiasmo cuando le tomaron el truco. Los caballeros en miniatura giraban y se enfrentaban en una batalla simulada con cada tirón de las cuerdas.

Alex se puso de pie, satisfecho de haberles ayudado a olvidar su tristeza. Se giró al escuchar el susurro de una falda tras él. Elayne todavía parecía a punto de llorar mientras observaba a los niños, pero una sonrisa temblaba en sus labios. ¿Podría él atreverse a esperar que ella también llegara a apreciarlo?

LAURENT

TRES DÍAS DESPUÉS, un poco antes del mediodía, Elayne obedeció la orden de llevar a Henry y a Claricia al patio del castillo para recibir a Laurent. Se retiró como dictaba el protocolo y observó a lo lejos junto con el resto de los sirvientes.

Su corazón se llenó de orgullo al ver a sus hijos vestidos con las finas ropas que Alexandre de Montbryce había proporcionado. Parecían realmente un príncipe y una princesa, Henry con su jubón de terciopelo rojo y calzas negras de lana, Claricia con su cálida capa y vestido hecho de la misma tela roja que el jubón de su hermano. Le irritaba que se les negara su derecho real de nacimiento solo porque su padre era el hijo ilegítimo de un rey.

Sonrió cuando Claricia alzó la mano en su habitual saludo, y estaba a punto de devolvérselo hasta que notó la mirada curiosa del conde. Enderezó los hombros y se limitó a asentirle a Claricia como señal de aprobación. Comportarse como una sirvienta era difícil. Hacer que sus hijos recordaran tratarla como tal era aún más complicado.

Exhaló aliviada cuando la llegada de los caballos distrajo la atención del conde. Él tomó las riendas de un caballo resoplando. No cabía duda de que el jinete sonriente era su hermano. Alexandre, Romain y Laurent de Montbryce eran como tres gotas de agua, con su cabello negro azabache, ojos azules y piernas largas.

¿Por qué no estaban casados? Cada uno era un gran partido para cualquier joven noble—y ricos además. Laurent bajó del caballo de un salto, riendo, y abrazó a sus hermanos. Aunque físicamente parecidos, era evidente que Laurent era más como Romain: extrovertido, abierto, bullicioso. Alexandre parecía ser el hermano más reservado y tímido.

Pero no debía pensar en él como Alexandre.

—¿Quién es esta linda damisela? —preguntó Laurent al ver a Claricia.

El corazón de Elayne dio un vuelco cuando el conde alzó a la sonrojada niña.

—Permíteme presentarte a nuestra invitada, Claricia Dunkeld, nieta del rey Dabid de Escocia. Claricia, este es mi hermano Laurent.

—Encantado —murmuró Laurent, besando la mano de Claricia. Ella se rio y luego se limpió la mano en su capa, escondiendo su rostro contra el cuello de Alexandre.

La escena calentó el corazón y el cuerpo de Elayne. Contuvo una risa, llevándose el mantón a la boca.

Alexandre, riendo, se volvió hacia Henry, quien parecía molesto, tal vez por haber sido dejado de lado o porque su hermana había acaparado la atención.

—Y este apuesto joven es Henry Dunkeld, hermano gemelo de Claricia.

Henry hizo una reverencia rígida, claramente no muy contento con la presentación, aunque su irritación probablemente solo fuera evidente para su madre.

—Mon Seigneur Laurent —entonó, exactamente como Elayne le había instruido.

Laurent frunció los labios, aparentemente impresionado por el saludo refinado de Henry. Si era consciente de que los niños eran rehenes, no lo dejó entrever.

—Entremos, este viento está helado —instó el conde, dejando a Claricia en el suelo—. Bonhomme ha preparado comida caliente.

—Espera —insistió Laurent, llamando a uno de los hombres de armas de su escolta—. El primo Gallien ha enviado un regalo.

El hombre avanzó llevando un perro con correa. Era una raza de pelo desaliñado que Elayne reconoció, un Cù Faol, criado por el rey Dabíd para cazar lobos, aunque nunca había visto uno tan alto. Quien lo manejaba se detuvo frente a Alexandre y se preparó cuando el perro puso sus enormes patas en sus hombros, elevándose por encima de él. La bestia miró perezosamente al grupo frente a él, sacando la lengua como si dijera: "Miren qué magnífico soy."

Claricia se aplastó contra las piernas del conde, quien colocó una mano protectora en su hombro.

—¿Qué clase de perro es ese? —preguntó—. Es un monstruo.

—Un lebrel irlandés, milord —respondió el manejador—. No se preocupen. Parece temible, pero es obediente. Los lebreles son gentiles, solo se vuelven feroces si los provocan.

—Tenemos estos perros en Escocia —afirmó Henry con valentía.

El perro perdió interés en su manejador y lamió la cara de Henry. El niño rió, apartando al insistente animal de manera juguetona.

El soldado le entregó la correa a Laurent.

—Parece que le gusta el joven.

—Creo que el sentimiento es mutuo —observó Romain.

Elayne sintió un escalofrío de inquietud cuando Laurent le tendió la correa a Henry.

—¿Crees que podrás controlarlo?

Henry sonrió de oreja a oreja mientras tomaba la correa y conducía al perro, cuyas patas eran más largas que las suyas, hacia las puertas de la fortaleza. Elayne exhaló lenta y profundamente. El porte majestuoso de su hijo le recordaba a su abuelo.

Alexandre tomó la mano de Claricia con una sonrisa. A Elayne se le apretó la garganta. Parecía que realmente se preocupaba por sus hijos. Eso auguraba un buen futuro para su estancia allí.

Al entrar, Henry sonrió a un niño bien vestido que estaba en la puerta junto al intendente Bonhomme. Parecía tener la misma edad que Henry, y le devolvió la sonrisa, boquiabierto al ver al enorme perro.

La escena alegró el corazón de Elayne. Su hijo había hecho un amigo.

* * *

LAURENT SE ECHÓ UN LARGO ERUCTO, se limpió la boca con una servilleta y estiró las piernas.

—Estoy satisfecho. Todo estuvo delicioso: el cisne, el ganso, las zanahorias. La comida en Ellesmere es buena, pero nada se compara con las cocinas de Montbryce.

Romain, sentado a su lado, rió.

—Estoy de acuerdo. No olvides los puerros con tocino, mis favoritos. Ni siquiera en Normandía hay un castillo que se acerque a esto.

Laurent recorrió con la mirada la mesa hasta llegar a los niños escoceses sentados a la izquierda de Alex, con el lebrel dormido a sus pies.

—¿Qué dicen ustedes, Henry y Claricia? Apuesto a que la comida en Escocia es diferente, pero ¿acaso no es esta la mejor que han probado?

A Alex no le sorprendió que ambos niños miraran al otro extremo del salón, hacia su nodriza, antes de responder. Era increíble cómo se comunicaban, aunque la distancia hacía imposible un intercambio verbal. Era como si compartieran pensamientos y sentimientos de manera secreta.

—Las viandas aquí en Montbryce son, sin duda, excelentes —declaró Henry. Claricia asintió con fervor, la boca llena de comida. La sonrisa de Elayne era casi imperceptible, pero

estaba ahí. ¿Cómo lo hacía?

Laurent soltó una carcajada.

—La corte escocesa debe de ser muy refinada, joven Henry. Tus modales en la mesa y tu elocuencia son impresionantes. Has tenido buenos tutores.

Claricia sacudió la cabeza.

—Oh, no. No tuvimos tutor. Nuestra Ma…

Cerró la boca de golpe y sus ojos se posaron en Elayne.

Henry frunció el ceño mirando a su hermana.

La niñera también frunció el ceño.

Alex empezaba a sospechar que había algo más en la relación entre esos niños y Elayne de lo que parecía a simple vista. La observó, tratando de descubrir cómo sabía de qué estaban hablando.

—Entonces, dime, Henry, ¿quién te ha educado para ser el joven tan distinguido que eres hoy?

Elayne asintió hacia Henry y luego desvió la mirada.

El pecho de Henry se infló con orgullo.

—Elayne ha sido nuestra maestra desde que nacimos. Nadie más.

Era increíble. Ella controlaba a esos niños tal como Henry y Claricia habían controlado las marionetas de madera. Solo el amor podía crear un vínculo tan fuerte. ¿Por qué Elayne, supuestamente una simple sirvienta, se preocupaba tanto por estos niños que no eran suyos? ¿Cuál era su historia?

Laurent asintió hacia Elayne.

—¿Es esa la mujer de la que hablan? —preguntó, sacando a Alex de sus pensamientos—. Pareces preocupado por ella.

Romain soltó una carcajada, dándole una palmada en la espalda a Alex.

—¿Preocupado? Está enamorado.

—¿La tomarás como tu amante? —preguntó Laurent—. ¿O quizás ya lo has hecho?

Alex fulminó a su hermano menor con la mirada y negó con la cabeza.

—Podrías cuidar tus palabras frente a… —Asintió hacia Henry y Claricia, mortificado por sus miradas curiosas.

Los ojos de Laurent chispeaban mientras se llevaba un dedo a los labios.

—Lo siento. Pero, ¿lo harás? Porque, si no…

Alex puso los ojos en blanco. ¿Cómo había llegado a tener dos hermanos mujeriegos? Y ¿por qué la idea de que alguno de ellos tocara a Elayne le hacía hervir la sangre?

***

ELAYNE DEJÓ UN RUIDOSO BESO en la frente de Claricia y otro en la de Henry mientras los arropaba. Había trazado un límite: el lebrel irlandés no podía entrar en la habitación, pero estaba acostado frente al umbral, vigilante.

—Hoy me hicieron sentir orgullosa. Lo hicieron muy bien. Veo que hiciste un amigo, Henry.

Su hijo bostezó.

—Aye. Me gustan los perros.

—No, me refiero al joven que estaba en la puerta.

—Fernand —respondió Henry adormilado.

—¿Cómo lo conociste?

Las pestañas de Henry temblaron.

—Es el hijo del mayordomo.

—Eso imaginé.

Henry se giró sobre un costado, con los ojos cerrados.

—Practicamos juntos. Con nuestras espadas.

Eso era significativo. Un hijo de mayordomo, entrenando con soldados y caballeros.

—¿Qué significa enamorado, maman?

Elayne giró la cabeza hacia su hija, que seguía bien despierta mientras su hermano dormía a su lado.

—¿Enamorado? Eh… significa impresionado.

Pese a su determinación de no importarle lo que el comte pensara de ella, preguntó:

—¿Dónde escuchaste esa palabra?

Claricia jugueteó con el puño de su camisón.

—Romain dijo que Lix estaba enamorado de ti.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y se instaló en su pecho.

—No puedes llamar al comte por ese nombre, y estoy segura de que lo entendiste mal.

Se arrepintió al ver cómo su hija fruncía los labios ante la ligera reprimenda. Pensó en algo para arreglar el malentendido.

—Guardaste bien nuestros secretos. ¿Qué más dijeron de mí?

—Laurent preguntó si Lix quería tomarte como su amante.

El corazón le latió con fuerza en los oídos. No podía convertirse en la amante del comte, ni de ningún otro. Ella era de sangre noble. Pero no podía negar que anhelaba el calor de esos brazos musculosos a su alrededor, que deseaba descansar su cabeza sobre el muro de su pecho. Necesitaba su protección, su consideración, cosas que su difunto esposo había fallado miserablemente en ofrecerle.

—¿Qué es una amante, maman?

Lealtad

—HENRY, ¿CÓMO LLAMAREMOS A ESTE PERRO TUYO? — preguntó Alex.

La boca de Henry se abrió de par en par.

—Pero no es mi perro, milord Comte.

Romain se rió.

—Podría serlo. Te sigue a todas partes. Escucha solo tus órdenes.

Como era de esperar, Henry buscó consejo de la niñera que rompía su ayuno en la mesa de los sirvientes. Alex tuvo la sensación de que en los últimos dos días los escoceses habían discutido el asunto del perro en privado y ya le habían dado un nombre.

—¿Tienes alguna sugerencia?

Claricia asintió.

—Lo llamamos Faol.

—¿Le han puesto nombre? —preguntó Laurent.

La cara de Henry se sonrojó.

—Faol en nuestro idioma significa lobo.

—El nombre perfecto —declaró Alex en voz alta, queriendo que Elayne lo oyera. Todos miraron hacia él. Les sorprendió su explosiva declaración. Se puso de pie, señalando al perro.

—Que todos sepan que este perro se llama Faol, y es el perro del príncipe Henry.

Faol ladró, lo que provocó carcajadas.

—Faol, Faol —resonó mientras los normandos intentaban pronunciar un idioma desconocido. El perro ladró aún más. Alex fijó su mirada en Elayne. Ella se aferraba al chal que siempre cubría su cabello, con los nudillos blancos. Sonrió, queriendo tranquilizarla. Le gustaba el alboroto en un ambiente generalmente tan tranquilo. Tal vez las cosas habían estado demasiado calladas después de la muerte de su padre.

Ella lo miró. Sus ojos se cruzaron. Su boca se abrió y su rostro se ruborizó.

—Todo está bien —le dijo con los labios.

Ella asintió. El pánico en sus ojos desapareció, reemplazado por la expresión más cálida de gratitud que jamás había recibido. Se sumió en esa mirada, sintiéndose mejor que en mucho tiempo. Así era como ella se comunicaba con los niños, con esos ojos verdes tan embriagadores.

***

ELAYNE SONRIÓ A HENRY para hacerle saber que todo estaba bien. El mensaje silencioso de el Comte había calmado su corazón acelerado. Temía que él se molestara por el alboroto. Era importante que los niños no cometieran errores en esta casa. Hasta el momento, todos habían sido tratados bien, pero las cosas podían cambiar.

El consuelo de Alexandre de Montbryce también había provocado cosas extrañas en su interior, enviando criaturas aladas a su estómago. ¿Pronto empezaría a babear por él? Las sensaciones que provocaba en su cuerpo eran algo que ella no tenía experiencia para controlar.

Henry y Claricia bajaron del estrado, con el perro de pelo rizado trotando tras los pasos de su hijo. Cuando llegaron a Elayne, Henry le ordenó al perro que se sentara.

Faol obedeció y luego descansó su quijada sobre el regazo de Elayne, mirándola con sus profundos ojos negros.

Ella acarició al perro, sonriendo al reconocimiento de la risa amigable de los demás sirvientes.

—Faol parece tener cariño por los escoceses.

El humor profundo en la voz masculina la tomó completamente por sorpresa. No se dio

cuenta de que el comte había dejado su lugar en el estrado y ahora estaba a su lado. El lobo gruñó cuando ella intentó levantarse.

—Lo siento, milord, no vi...

Él puso una mano en su hombro.

—No es necesario que se levante, Elayne. No queremos molestar al perro.

El calor de su mano penetró en el mismo centro de su ser.

—Milord —respondió con una voz que apenas reconocía.

La gente los observaba, curiosa por lo que estaba sucediendo. Ella estaba ardiendo. Sin duda, podrían notar que estaba prendada del hombre. La juzgarían por ser una sirvienta descarada con designios sobre su Seigneur.

—Por favor, llámeme Alex —dijo, amasando suavemente sus dedos sobre su hombro.

¡Alex! Ni siquiera su nombre completo. Un apodo cariñoso que solo había escuchado de los labios de sus hermanos, como si se conocieran tan bien. Amigos cercanos. La alegría y la confusión luchaban dentro de ella. Anhelaba su amistad, su toque, su calor, pero ¿significaban sus acciones que él pensaba tomarla como su amante?

¿Qué más podría significar? Un comte normando nunca podría embarcarse en otro tipo de relación con una sirvienta.

¿Podía él notar que ella tenía sentimientos por él?

—Usted y yo debemos ser amigos, Elayne, por el bien de los niños. ¿De acuerdo?

Ella había dejado que su corazón se adelantara a su cerebro. Solo buscaba nutrir su relación con los niños. Debería sentirse aliviada. ¿Entonces, por qué se sentía vacía?

***

LUEGO, RELAJÁNDOSE EN LA GALERÍA, Alex escuchó la voz de su hermano, pero no prestaba atención, sus pensamientos estaban ocupados con Elayne. Ella era un misterio. Ya comenzaba a quedar claro que no era una sirvienta cualquiera.

—No estás escuchando, Alex —dijo Laurent.

—No quiere escuchar —reprendió Romain.

Era cierto. Desde su regreso a casa, Laurent le había reprochado sobre cambiar de bando en el conflicto entre Esteban y Maud. Lo que le molestaba era que comenzaba a ver la sabiduría en los razonamientos de sus hermanos y primo.

—Escucharé —dijo.— Pero tu argumento tendrá que ser convincente.

Laurent caminaba de un lado a otro, pasándose la mano por el cabello.

—¿Por qué eres tan terco?

—Nuestro padre juró apoyar a Maud.

Laurent dejó de caminar y le lanzó una mirada furiosa a Alex.

—Todos juraron, pero fue bajo coacción.

Romain dio un puñetazo en la palma de su mano.

—Si papá estuviera vivo, habría cambiado su lealtad a Esteban. Maud ha demostrado con sus acciones y su manera de ser que no está hecha para ser reina.

Alex se tensó. No le gustaba que le dieran lecciones sobre lo que su padre podría haber hecho.

—¿Y qué ha logrado Esteban en los seis meses que lleva como rey para ganarse nuestro apoyo?

Laurent abrió las piernas, con las manos en las caderas.

—Marchó al norte casi inmediatamente después de su coronación para repeler los ataques del rey David de Escocia a Carlisle y Newcastle.

—Pero somos aliados del rey David. Tenemos a sus nietos como huéspedes.

Laurent puso los ojos en blanco.

—La cuestión es que Esteban organizó rápidamente una defensa fuerte del reino que nuestro Conquistador ganó para nosotros.

Alex levantó las manos al aire.

—Pero el rey de los escoceses todavía mantiene Carlisle. Solo entregó Newcastle, y atacará Northumbria y Cumberland de nuevo cuando Maud invada Inglaterra. Lo ha jurado, y tenemos a Henry y Claricia como garantía. ¿Qué será de ellos si cambiamos de bando?

Un escalofrío llenó su corazón. El silencio en la galería era ensordecedor. Maud tomaría rápidamente el control de los rehenes si Alex cambiaba de lealtad. Nunca los volvería a ver, ni a ellos ni a Elayne.

Laurent puso una mano en su hombro.

—Ahí, creo yo, está el núcleo del problema. ¿Qué decisión tomarías, hermano, si los nietos del rey David y su niñera no fueran rehenes en nuestro castillo?

Alex se pellizcó el puente de la nariz, tratando de evitar un dolor de cabeza. Su hermano había hablado con la verdad. Estaba permitiendo que sus sentimientos hacia los escoceses influyeran en su decisión.

Laurent continuó, manteniendo su mano sobre el hombro de Alex.

—No te he dicho esto, pero acompañé a Gallien a la Corte de Pascua de Esteban.

Alex entrecerró los ojos.

—¿En Westminster?

Laurent asintió.

—Se reunieron una gran cantidad de nobles para el evento, incluidos muchos de los barones anglonormandos y la mayoría de los altos oficiales de la iglesia.

Alex apartó la mano de su hermano de su hombro y se levantó.

—No tenías derecho a ir. Hay espías por todas partes. La noticia de que estuviste allí habrá llegado ya a Maud y Geoffrey. Ellos creerán que yo te di permiso.

—No soy tan importante, Alex. Tú eres el comte, no yo. La gente no me prestó atención. Te habrías impresionado tanto como yo con el nuevo rey. Emitió una carta real, confirmando las promesas que hizo a la iglesia, comprometiéndose a revertir las políticas odiosas de Enrique sobre los bosques reales y a reformar cualquier abuso del sistema legal.

Alex se encogió de hombros, sintiendo cómo su determinación se desvanecía.

—Cualquiera puede hacer promesas.

Laurent insistió.

—Esteban se presentó como el sucesor natural de Enrique y reconfirmó los condados existentes en el reino.

Alex pensó en su primo.

—Gallien estaría contento con eso.

El rostro de Laurent brilló.

—Fue un evento lujoso que debe haber costado una fortuna. ¡Ja! Claro, él es un hombre rico. También otorgó concesiones de tierras y favores a los presentes, incluido nuestro primo.

Alex apretó las manos a los costados.

—Aunque su coronación aún no ha sido ratificada por el Papa.

Romain negó con la cabeza.

—Pero lo será. El hermano de Esteban se encarga de ese asunto y Luis de Francia también está presionando al Papa Inocencio para que ratifique a Esteban. A él le gusta la idea de Esteban

como un contrapeso a Geoffrey de Anjou. Geoffrey no puede ser rey por derecho propio, pero ansía el poder que tendrá si su esposa, Maud, se convierte en reina.

Laurent agarró los hombros de Alex.

—Nos separaremos de nuestros parientes si seguimos apoyando a Maud. Los Montbryce siempre han presentado un frente unificado. ¿Quieres enfrentarte a Gallien y Étienne en el campo de batalla?

Alex se hundió de nuevo en su silla. Era un argumento que no podía ganar.

—Tenemos que considerar que podríamos perder el castillo de Montbryce si Maud decide vengarse. Geoffrey ya ha atacado y quemado varios castillos en Normandía. Lo reflexionaré. Déjame ahora.

MARGUERITE

ALEX MIRÓ INCRÉDULO LA MISIVA que Bonhomme le entregó.

—¡Zut! Justo cuando pensaba que las cosas no podían empeorar.

Frunciendo el ceño, Romain se alejó del cálido fuego en la galería, donde había estado calentando la espalda, y extendió la mano hacia su hermano.

—¿Qué es?

Alex le pasó el pergamino a Romain.

—Merde. Como si no hubiera ya suficientes motivos para preocuparnos.

Romain leyó el documento y luego se rió.

—Buena vieja Marguerite. Nuestra hermana tiene un don para aparecer en el peor momento. ¿Cómo se enteró de que tenemos a Henry y Claricia aquí?

Alex le arrancó la carta.

—¿Quién sabe? Merci, Bonhomme. Ve a buscar al escribano. Escribiré una respuesta rápido para decirle que no es conveniente que venga ahora.

Bonhomme tosió en su puño, pero no hizo movimiento de marcharse.

Romain seguía riendo.

—Es un desperdicio de tiempo, mon frère. Una vez que Marguerite ha tomado una decisión...

Bonhomme asintió.

Alex se levantó de su silla para caminar frente al fuego, aún con la carta arrugada en la mano.

—Probablemente tengas razón, pero por todo lo sagrado, ella tiene la intención de traer a toda su camada. Habrá trabajo para preparar las habitaciones, Bonhomme.

El mayordomo hizo una reverencia y se fue, con la boca curvada en una leve sonrisa.

Romain tomó el pergamino, alisando los pliegues con los pulgares.

—Bien, mira el lado positivo. Los más jóvenes serán buenos compañeros de juegos para Henry y Claricia.

Alex resopló.

—¡Pero seis de ellos, hermano! ¡Seis!

Romain se sentó, cruzando una pierna sobre la otra, y levantó un dedo hacia Alex.

—Todos los seis sobrinos son bien educados.

Alex se rió.

—No se atreverían a desobedecer a Marguerite.

Romain arrojó la carta sobre otra silla.

—Nuestra hermana puede ser autoritaria, pero gobierna su hogar con mano firme, y los niños son un crédito para ella.

—Te lo recordaré cuando estés buscando un lugar para esconderte de ellos. Sin duda su padre estará esperando el respiro.

—Mira, has estado insistiendo en que Claricia necesita aprender de una dama noble. ¿Quién mejor que Marguerite?

Su hermano tenía un punto, pero Alex sintió un escalofrío de presagio por Claricia y su niñera.

***

De pie en el patio esperando a la hermana del Comte tres semanas después de su propia llegada, Elayne dejaba volar su mente. Miraba a Henry, que estaba de pie con los hermanos Montbryce, completamente a gusto, a pesar del viento que amenazaba con robarle el sombrero. Ahora veía cada vez menos a su hijo. Cuando no estaba pasando tiempo con Fernand Bonhomme, estudiaba latín bajo la atenta mirada del sacerdote o estaba en los campos de entrenamiento con los hijos de algunos de los caballeros y hombres de armas.

Lo echaba de menos y se preocupaba por su bienestar, aunque confiaba en que nunca traicionaría su secreto. Cada noche, al acostarse, él se desbordaba de emoción al relatarle los detalles de sus aventuras. Se convencía a sí misma de que debía estar contenta de que él estuviera feliz y hubiera encontrado amigos en esta tierra extranjera.

Elayne aún tenía la compañía de Claricia durante la mayor parte del día, excepto cuando ella también estudiaba latín. A diferencia de su hermano, Claricia no disfrutaba de las lecciones y se resistía a repetir las monótonas declinaciones de verbos que el sacerdote anciano había asignado para estudiar.

Una ráfaga de viento la azotó, levantando polvo y un sentimiento de presagio en su pecho cuando el carruaje de Marguerite de Venestre se detuvo en el patio del castillo. Descargó a una multitud de niños ruidosos y excitados, todos sujetando sus velos y sombreros al viento. Estaban desde una niña pequeña de unos tres años hasta un niño delgado que, según ella, debía tener pocos años de adolescencia.

Se calmaron tan pronto como su madre bajó del vehículo, ayudada por Bonhomme.

Marguerite golpeó su pie impacientemente cuando un carro abierto entró en el patio. Siete sirvientes, tres hombres y cuatro mujeres, descendieron rápidamente del vehículo y se agruparon detrás de los niños, ayudando con los problemas de los sombreros y velos. Evidentemente, había una doncella para cada hija, una dama de compañía para Marguerite, y tres lacayos para sus hijos. Sin mencionar una docena de hombres de armas con el emblema de los Venestre en sus túnicas.

Marguerite tenía el cabello oscuro de sus hermanos, aunque era visiblemente entrecano. Se parecía más a la madre de Alexandre, aunque Romain le había contado que su hermana era solo cinco años mayor que él.

Elayne sospechaba que alguna vez había sido una belleza, pero haber dado a luz a seis hijos le había pasado factura. Tenía una figura en forma de pera —caderas, vientre y trasero regordetes, sin busto que destacar—. Su forma incongruente le provocaba una marcha algo torpe, como si caminara dando tumbos.

Frunció el ceño ante el viento, como si también debiera obedecerla.

Era evidente, sin embargo, que tenía un control absoluto sobre sus hijos. Cada uno ejecutó una reverencia perfecta cuando fueron presentados a Alexandre. Él los saludó, aunque no pareció haber mucha calidez en su bienvenida, y el único contacto físico con alguno de ellos fue un breve apretón de manos con los chicos.

Los tres hermanos Montbryce le dieron a su hermana un abrazo sin mucho entusiasmo. Elayne sintió la necesidad de estrangularlos. Echaba de menos los fuertes y reconfortantes brazos de su hermano bromista, pero Beathan estaba lejos.

Sus ánimos se elevaron con orgullo cuando Henry hizo una reverencia y Claricia curvó la espalda educadamente al ser presentados, primero a Marguerite, luego a sus descendientes. La mujer normanda emparejó a Claricia de inmediato con una de sus hijas que parecía tener la misma edad, luego emparejó a Henry con un chico de la misma estatura.

Los alineó. Los sirvientes se alinearon detrás. Con la cabeza alta y la nariz en alto, lideró la comitiva hacia el castillo, reconociendo la deferente inclinación de Bonhomme al cruzar la puerta. Elayne creía que los labios de la mujer se habían quedado permanentemente fruncidos después de años de imponer disciplina.

Su corazón confuso se llenó de ternura cuando las pequeñas se sonrieron entre ellas mientras entraban al castillo, tomadas de la mano. Henry caminaba rígido al lado de su compañero.

Los hombres Montbryce cerraban la marcha.

¡El arca de Noé!

Elayne ahogó una risa, pero su diversión se transformó rápidamente en desilusión solitaria cuando se dio cuenta unos minutos más tarde de que era la única persona que quedaba de pie en el patio desolado.

***

ALEX ESTABA PREOCUPADO POR EL RECUERDO de Elayne, sola en el patio, con sus faldas ondeando al viento. Le parecía un error. Ella debía estar con los niños, sin embargo, poco a poco los estaba separando de ella.

Marguerite se desplomó pesadamente en una silla junto al fuego en su solar, parloteando sobre las dificultades del viaje, la incompetencia de los sirvientes, la desobediencia de sus hijos reunidos alrededor de ella. Ellos escuchaban con la boca abierta y parecían adecuadamente reprimidos, aunque Alex no podía imaginar que hubieran hecho algo mal durante todo el trayecto.

Le dirigió la atención a Romain y Laurent, que calentaban sus traseros cerca del fuego.

—¿Cómo esperas que derive calor si ustedes están parados frente a la chimenea?

Romain parecía a punto de responder, pero luego cerró la boca y se movió a sentarse en otra silla.

Laurent se hizo a un lado.

—¿Mejor, hermana querida?

Ella gruñó, sosteniendo sus manos cerca del calor de las llamas y luego frotándolas.

Henry y Claricia estaban entre los sobrinos y sobrinas. Henry observaba a la hermana de Alex como si fuera una ogra. Los ojos de Claricia se llenaron de lágrimas no derramadas mientras miraba implorante a Alex.

Él movió su peso en la silla, queriendo llamarla a su lado y explicarle que, aunque Marguerite pudiera tener un ladrido fuerte, no mordía.

Parecería extraño, especialmente para su hermana.

Su sobrina, que seguía sosteniendo la mano de Claricia, debió haber sentido la incomodidad de su compañera. Rosetta se inclinó para susurrarle algo al oído de Claricia, luego le sonrió. Lo que sea que le dijo parecía calmar los temores de la niña escocesa. Ella le devolvió la sonrisa y luego le sonrió a Alex.

Quiere que sepa que está bien.

Se había formado un vínculo entre él y la pequeña. A ella le gustaba, confiaba en él, lo llamaba Lix. Le apretó el corazón y le ayudó a comprender parcialmente la relación entre los niños escoceses y su niñera.

Fue un alivio cuando Bonhomme apareció con vasos llenos del famoso brandy de manzana de los Montbryce. Estaba seguro de que su mayordomo era lo suficientemente astuto como para ofrecerle a Marguerite el primer vaso.

—Por fin —se quejó ella, mirando furiosa a Bonhomme mientras sorbía el líquido

reconfortante. Luego frunció el ceño—. ¿Cuánto tiempo ha estado este licor en el barril?

Bonhomme se enderezó.

—Cinco años, milady.

Marguerite olió el brandy como si dudara de la veracidad de lo que su mayordomo le había dicho.

Alex contuvo el aliento, esperando que no fuera a acusar a Bonhomme de mentir, pero luego ella dirigió su mirada disgustada hacia él.

—Veo que guardas el de diez años para otros visitantes. Mi hermana no es lo suficientemente buena.

Los niños saltaron al unísono cuando Romain golpeó su vaso vacío contra el brazo de su silla.

—A mí me gusta —exclamó, lamiéndose los labios.

—A mí también —repitió Laurent.

Las cosas no habían cambiado mucho en más de veinte años. Sus hermanos se querían, pero discutir y provocarse era algo tan natural para ellos como respirar. Alex rara vez había jugado un papel en sus juegos de bromas. Le entristecía pensar que ya era demasiado tarde para empezar ahora.

Vació su brandy.

—Excelente —observó, entregando su vaso a Bonhomme—. ¿Están listas las habitaciones de mi hermana?

—¿Quién era la mujer de cabello rojo en el patio?

La pregunta de Marguerite lo tomó por sorpresa.

—¿Cabello rojo?

Romain tosió ruidosamente.

—No finjas que no la notaste. Apenas apartaste los ojos de ella. ¿Es tu última amante?

Laurent emitió un sonido ahogado.

Alex fulminó a su hermana con la mirada.

—Al contrario de lo que crees, no tengo la costumbre de tomar amantes. La mujer pelirroja es la niñera de Henry y Claricia Dunkeld.

—Bueno, ya puedes deshacerte de ella ahora que estamos aquí. Mis sirvientes son más que capaces de ocuparse de dos niños más.

El corazón de Alex dio un vuelco.

Henry parecía listo para lanzarse contra Marguerite.

El labio inferior de Claricia tembló.

Alex se levantó. Las palabras de su hermana le molestaban por dos razones. ¿Acaso pretendía quedarse mucho tiempo? La otra emoción que le revolvía el estómago tenía más que ver con la posibilidad de no ver a Elayne todos los días. Se había encariñado con su sonrisa; ella despertaba su cuerpo, pero calmaba su mente. La vida era más agradable con su presencia.

—Elayne ha sido la niñera de Henry y Claricia desde que eran bebés. Los quiere y ellos la quieren a ella. No tengo intención de privarlos de sus cuidados.

Marguerite lo miró con los ojos entrecerrados.

—Estás sonrojándote, mon frère. Tanto hablar de amor… ¿Estás seguro de que no es tu amante?

JUGANDO A LA SOULE

LAS COSAS CAMBIARON tras la llegada de Marguerite. Aunque sus hijos se portaban bien, el castillo se llenó de sus charlas y el ruido de sus juegos. Claricia y Rosetta se hicieron amigas inseparables, y era raro ver a una sin la otra.

Henry, Fernand Bonhomme y Tyrel Venestre parecían estar en todos lados a la vez, blandiendo espadas de juguete o jugando a la soule con los hermanos de Tyrel. Alex les aconsejó llevar el juego fuera del alcance de Marguerite, quien siempre lo había considerado demasiado peligroso, citando casos de huesos rotos. Aunque era cierto, esas lesiones solían ocurrir cuando jugaban cientos de personas, no un puñado de niños pequeños.

Siguiendo su consejo, los chicos frecuentemente jugaban en el prado cerca de los huertos de manzanos. Cuando las responsabilidades de Alex lo permitían, había adquirido la costumbre de ir a verlos, riendo de sus intentos de patear o golpear la pelota. Pasaban buen tiempo persiguiendo a Faol cuando se escapaba con la pelota o les arrebataba un palo de las manos.

Alex notó que la vieja pelota de madera no rodaba mucho. Estaba rajada en varios lugares, lo que provocaba inevitables astillas. Los palos también se rompían con regularidad.

Habló con Bonhomme, quien, tras un par de días, produjo una nueva pelota: una vejiga de cerdo cubierta de cuero y rellena con crin de caballo. Alex se sorprendió al sentir una anticipación nerviosa al dársela a los chicos. Los jóvenes casi babeaban cuando se las entregó.

Fernand se inclinó sobre una rodilla, la nueva pelota bajo su brazo.

—Milord, sería un honor si jugara con nosotros.

La primera reacción de Alex fue negarse. Nunca había participado en juegos de soule cuando era niño. Pero una vocecita en su interior admitía que siempre había querido hacerlo. Una negativa borraría la expresión esperanzada de los rostros de esos chicos.

Como si percibiera su vacilación, Henry Dunkeld tocó su brazo.

—Por favor, juegue con nosotros, milord.

Sonriendo, Alex se quitó el jubón, lo arrojó al suelo y desabotonó las mangas de la camisa.

Los chicos aplaudieron. Tyrel le entregó su palo.

—Mi equipo, Henry y yo, intentamos llevar la pelota hasta los huertos, tío. Mis hermanos y sus amigos intentan llevarla al patio.

Alex examinó a ambos equipos y luego miró los rostros expectantes de Henry y Tyrel. Lo habían llamado tío muchas veces, pero ahora significaba algo.

—Jugaré con ustedes.

Al principio, se sintió ridículo pateando una pelota que nunca parecía ir adonde él quería. Sin embargo, pronto se dejó llevar por el juego, gritando, animando, abucheando, empujando, rodando por el suelo cuando alguien lo empujaba.

El ruido, reforzado por los entusiastas ladridos de Faol, atrajo a Romain y Laurent, quienes pronto fueron reclutados.

—Soy experto en este juego, hermano. Obsérvame —declaró Romain—. Pronto tendremos esta pelota en el patio.

Alex estaba decidido a demostrarle lo contrario.

Dos horas después, yacía bajo un manzano, jadeando mientras contemplaba los frutos en ciernes. Le dolía cada hueso del cuerpo. ¡Pero habían ganado! Henry desfilaba, sosteniendo la

maltrecha pelota por encima de su cabeza mientras Faol mordisqueaba sus talones.

Las botas de Alex estaban llenas de lodo, probablemente arruinadas para siempre. Estaba seguro de que sus piernas tenían moretones sobre moretones. Su camisa estaba rasgada y sucia, su cabello hecho un desastre.

Nunca se había sentido mejor en su vida.

***

ELAYNE ESTABA LLENA de emociones confusas tras la llegada de Marguerite.

La evidente felicidad de Henry y Claricia con sus nuevos amigos le traía gran alegría, pero apenas los veía. Se iban en cuanto se vestían y no regresaban hasta después de la cena. Una vez con el estómago lleno, se quedaban dormidos tras el esfuerzo de ponerse el pijama.

Como no tenía responsabilidades durante el día, la pusieron a trabajar en las cocinas del castillo. Henry y Claricia habían dejado escapar que Marguerite de Venestre estaba detrás de esto, pero no le quedó más remedio que hacer lo que le ordenaban. Al menos seguía en Montbryce, donde podía estar al tanto de lo que ocurría con sus niños.

Odiaba el calor y la confusión de las cocinas. Pelaba zanahorias y chirivías, arrancaba plumas de aves, fregaba ollas, giraba asadores, mezclaba masas y aprendía, a regañadientes, a preparar todo tipo de alimentos.

No solo los niños terminaban agotados al final del día.

Pero aprendió otras cosas en las cocinas, donde las conversaciones de los campesinos a menudo giraban en torno a la lucha entre Esteban y Maud por el control del trono de Inglaterra y el Ducado de Normandía.

Reflexionando sobre los rumores que había escuchado, que iban desde la afirmación de que Maud ya había iniciado una invasión a Inglaterra hasta la certeza de que pronto visitaría Montbryce, dejó las cocinas una tarde deseando un poco de aire fresco y alivio para sus manos agrietadas.

Mientras se acercaba a la puerta del patio, se dio cuenta del bullicio de niños emocionados. Al salir a la luz del sol, su respiración se detuvo. Rápidamente se retiró a las sombras de la entrada.

Apenas reconoció al hombre cubierto de lodo que cargaba a un Henry riendo sobre sus anchos hombros. Faol trotaba detrás de ellos. Su hijo se aferraba al cuello del conde con ambas manos. Él también estaba cubierto de suciedad, pero su rostro brillaba de felicidad, y esto le provocó vértigo.

Romain caminaba junto a su hermano, con Tyrel Venestre sobre sus hombros. Los otros hermanos Venestre se aferraban a Laurent.

Por un lado, se sentía exultante de que su hijo formara parte de ese grupo familiar tan feliz; por otro, se sentía desolada por no formar parte de él.

A pesar de sus intentos de permanecer oculta, Henry la vio. Saludó con la mano.

—¡Maman! —gritó en gaélico—. Jugamos a la soule. Triunfamos, gracias a Alex.

Salió al patio, apoyándose contra el muro de piedra, temerosa de que sus rodillas no soportaran el peso de la mirada de Alexandre al bajar a Henry al suelo.

—No debes referirte al conde por su nombre de pila —lo reprendió.

—El príncipe Henry es un muy buen jugador —dijo Alexandre, despeinando el cabello de su hijo—. Le he dado permiso para llamarme por mi nombre.

Faol ladró en señal de acuerdo.

En ese momento, las sobrinas risueñas de Alexandre llegaron al patio con Claricia. Esta saludó a su madre con la mano, pero no se detuvo para besarla. Las niñas escuchaban

boquiabiertas las jactancias de los niños emocionados.

Eso era lo que Elayne quería: seguridad para sus hijos, un lugar al que pertenecieran, entre personas de su rango, pero le resultaba difícil dejarlos ir.

Alexandre se acercó a ella, sus ojos azules brillando.

—No se preocupe —dijo—. Aún la quieren como a una madre.

Quiso llorar. Ojalá pudiera decírselo. Sin pensarlo, extendió la mano para limpiar una raya de barro en su mejilla con el pulgar. Él le tomó la mano.

Era totalmente inapropiado. Los siervos podían ser ahorcados por tocar a su señor. Mortificada, trató de apartarse.

—Perdóneme, milord, no soy su niñera. No debería haberlo tocado.

Él presionó su mano contra su mejilla, cubriéndola con su palma.

—Me gusta su toque. Es una mujer cálida y cariñosa. No es de extrañar que sus hijos la quieran.

Su corazón latía con fuerza en el pecho. ¿Podía escucharlo? ¿Lo había adivinado? Apartó la mirada.

—Mis manos están rugosas. Trabajo en las cocinas.

Frunció el ceño y le apartó la mano del rostro, observándola detenidamente.

—¿Cocinas? ¿Ha estado trabajando en las cocinas?

Se sintió angustiada cuando la felicidad desapareció de su rostro.

—No tengo deberes durante el día, así que...

Él le apretó la mano.

—Míreme. ¿Por orden de quién?

Ella estudió sus pies, sin querer decir nada que pudiera poner en peligro la relación entre sus hijos y los Venestres.

Él entrecerró los ojos.

—Voy a informar al mayordomo Bonhomme que no es una criada de cocina.

Ella se apretó las faldas con la mano libre.

—Pero me da algo que hacer durante el día.

Él rozó un beso en sus nudillos, luego la soltó.

—Le conseguiré un puesto, pero no será en las cocinas.

La alegría se disparó. Un conde otorgando un beso cortesano a una sirvienta. Pero luego su corazón se desplomó. Sólo podía significar...

Él se alejó hacia el castillo.

De repente, consciente del silencio, se dio vuelta y vio varios pares de ojos jóvenes y curiosos observándola.

DILE QUE ME HE IDO A LA CAMA

ALEX SE SUMERGÍA EN LA BAÑERA que su criado había preparado. El agua caliente aliviaba sus dolores, pero no hacía nada por calmar su corazón agitado.

¿Por qué nunca participó en juegos tan emocionantes cuando era niño? ¿Qué le había llevado a mantenerse distante de sus hermanos y hermanas? ¿Se había sentido diferente porque estaba destinado a ser conde? ¿O era porque su padre siempre parecía cómodo con sus otros hijos, pero torpe con él? Tal vez la timidez era simplemente parte de su naturaleza.

¿Su padre lo trataba de manera diferente por ser el hijo mayor, o porque se sentía culpable por haber estado en prisión cuando nació su heredero?

Y Henry Dunkeld. ¿Qué tenía el niño que lo hacía sentirse protector, cariñoso, una palabra que nunca había asociado con él mismo cuando se trataba de los niños? Aunque era una emoción extraña para él, le gustaba. El chico era un rehén, un niño de ocho años. Sin embargo, no solo había tocado el corazón de Alex, sino que lo había hecho apreciar aún más a sus sobrinos y sobrinas.

En cuanto a Claricia, ¿acaso algún hombre podría desear a una niña más encantadora? Tal vez debería animar a todos los niños a llamarlo Lix, pero el apodo era un vínculo especial entre él y la pequeña.

Dejó caer el jabón que estaba frotando sobre sus piernas magulladas cuando Albert de repente comenzó a fregarle la espalda. Eso lo sacó de su ensoñación. ¿Qué estaba pensando? Habría sido un grave error encariñarse con los Dunkeld.

No eran sus hijos, ni lo serían nunca. Eran de sangre real. Tenían un padre, el heredero al trono de Escocia, que probablemente echaba mucho de menos a sus gemelos.

El pensamiento lo dejó desconsolado. Si fueran suyos, habría movido cielo y tierra para evitar que los enviaran como rehenes. El rey David le había prometido a Maud que la ayudaría. Evidentemente, eso no había sido suficiente para Maud ni para su esposo Angevino.

Volvió a preguntarse sobre la idoneidad de esa pareja para el trono inglés. Comparado con Esteban...

Alex estaba decidido a que Henry y Claricia no se separaran de la niñera a quien tanto amaban. Aunque no entendía el gaélico, escuchar el alegre grito de Henry llamando a su Maman en el patio le llenó de alegría. El niño incluso la consideraba su madre. No era sorprendente, dado que su madre biológica había muerto al darle a luz.

Elayne les prodigaba amor, como si fueran propios.

Pero, ¿por qué había prometido imprudentemente que le encontraría un puesto? ¿De qué? ¿Por qué la idea de que trabajara en la cocina le llenaba de tanta indignación? Ella era una sirvienta, se esperaba que contribuyera al buen funcionamiento del castillo, pero no podía acercarse a ella sin que su corazón y su virilidad respondieran, ferozmente.

Su toque en su rostro embarrado había sido el broche perfecto para un día perfecto.

Imaginad ser el objeto de tal ternura y cuidado todos los días de la vida.

Tal vez hacerla su amante era la única forma de protegerla. Sus manos ásperas sobre su espalda se sentirían mejor que las de Albert cualquier día.

Gruñó cuando su miembro estuvo completamente de acuerdo.

***

HENRY POR FIN SE DURMIÓ después de hablar interminablemente sobre la victoria y el papel de Alexandre en ella. Elayne le acarició el cabello, ahora finalmente limpio, y le dio un beso en una de sus mejillas sonrosadas.

Claricia llevaba diez minutos dormida, aparentemente satisfecha con la explicación de Elayne sobre por qué las niñas no podían jugar al soule.

Todavía cubierto de barro seco, Faol se había desplomado en un montón roncando fuera de la puerta, con su cola larga moviéndose.

La comida de la noche había sido inquietante. Era evidente que todos los sirvientes sabían que ella había tocado a su señor. Algunos la miraban con la mirada fulminante, evidentemente creyéndola una prostituta oportunista; otros guiñaban el ojo y sonreían con complicidad.

El comportamiento de Alexandre no ayudaba a la situación. No había quitado los ojos de encima a Elayne. Se había bañado y cambiado de ropa, pero tenía un moretón lívido en el pómulo que ella había tocado y su labio estaba cortado.

Le parecía raro que su participación en el juego fuera el tema de conversación en todo el castillo. Aparentemente, los condes no participaban en tales pasatiempos. Qué lástima. Parecía que se había divertido, un cambio agradable de su habitual reserva. Le recordaba a cuando jugaban con los muñecos.

El lado juvenil de él le calentaba el corazón. Con solo verlo, el hombre arrogante, reservado, pensativo y a veces irritante, hacía que otras partes de su cuerpo se sintieran increíblemente cálidas.

La promesa del conde de encontrarle un puesto le carcomía. ¿Qué había querido decir con eso?

Estaba a punto de colapsar en la silla junto al fuego y poner sus pies en alto cuando Micheline tocó la puerta y asomó la cabeza por la habitación.

Guiñó el ojo mientras entraba.

—No hay descanso para ti. Milord Conde quiere verte en su salita.

Un torbellino de emociones contradictorias dio vuelta en la cabeza de Elayne.

Dile que ya me he ido a la cama.

Dile que no me encontraba.

Dile que no puedo ser su amante.

Dile que anhelo su toque.

Dile que no soy una sirvienta.

Sus pies eran pesos de plomo. Endureció su columna, se echó la capa sobre la cabeza y caminó hacia la puerta. Miró a sus hijos con nostalgia, deseando poder acurrucarse con ellos.

—Están dormidos. No estaré mucho tiempo.

***

ALEX ESTABA DE ESPALDAS AL FUEGO en su salita, con las piernas firmes, las manos en las caderas.

Demasiado intimidante.

Se cruzó de brazos sobre el pecho.

¡No!

Sacó el labio inferior y lo movió de un lado a otro con el dedo índice. ¿Tal vez debió pedirle consejo a Romain?

Desechó esa idea casi antes de que entrara en su mente. Era perfectamente capaz de invitar a una mujer a ser su amante sin la ayuda de su hermano, un mujeriego.

Tiró de su lóbulo. ¿Por qué tardaba tanto en llegar?

Se acercó a la mesa pequeña con la bandeja y el decantador, llenó los dos cálices con vino, luego regresó al fuego, con un cáliz en la mano.

A punto de dar un sorbo, se detuvo, con el cáliz a medio camino de su boca.

No era caballeroso beber antes de que ella llegara.

El otro cáliz lucía extraño sobre la bandeja, solo. Rápidamente reemplazó el suyo, alisó su jubón y regresó al fuego.

Tal vez se había negado a venir.

Imposible.

Tal vez no se sentía bien.

Poco probable, aunque parecía un tanto molesta en el salón.

Uno, o ambos, de los niños se habían enfermado. El ejercicio había sido demasiado para Henry.

Evidentemente ridículo.

Consideró quitarse el jubón. La habitación de repente estaba sofocante. Pero sería inapropiado recibir a una sirvienta en mangas de camisa.

Se rio en voz alta. Estaba a punto de invitar a la mujer a su cama. Estaría usando mucho menos que una camisa si ella aceptaba. Su miembro reaccionó positivamente ante la idea.

Se rascó la cabeza. ¿Qué pasaría si ella no aceptaba?

Claro que aceptaría. Ella era una sirvienta. No tendría elección.

Se dirigió al vino y vació su cáliz cuando un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos. Se limpió la boca, la garganta repentinamente seca como el polvo. No podía, no debía hacer esto. No quería una mujer que no tuviera opción. Pero sí quería a Elayne—tan intensamente que casi le dolía.

Con la mano temblorosa, volvió a llenar el cáliz vacío.

—Entrez.

Ella entró, sonriendo débilmente, con el velo cubriendo completamente su cabello. Sus esperanzas cayeron en picada. ¿Podría haber logrado parecer más monja? Quería arrancarse el velo y pasar sus dedos por esos gloriosos cabellos rojos.

Ella se quedó cerca de la puerta.

—¿Vino?

Se preguntó si tal vez él también estaba enfermo después del ejercicio tan agotador. Su voz sonaba áspera, y ¿qué había pasado con Alexandre de Montbryce, noble refinado, anfitrión extraordinario?

Ella lo miró con incertidumbre, luego caminó hacia él.

Había algo en la forma de ser de esta mujer. Supuso que incluso una campesina que hubiera pasado su vida en un castillo real aprendería a caminar con nobleza.

Sin embargo, tenía una seguridad en ella misma, una confianza rara vez vista en sirvientes. Tal vez los escoceses eran diferentes a los normandos. Sobrevivían en una tierra más dura.

Siempre olía a limpio, a diferencia de la mayoría de los campesinos con los que él entraba en contacto. De hecho, había muchas nobles en su círculo que no olían tan dulce como Elayne.

Ella aceptó el cáliz.

—Merci, milord. Me tomó por sorpresa. En Escocia las sirvientas no beben vino con sus señores. Supongo que debo acostumbrarme a hacer las cosas de manera diferente aquí.

Alex no estaba seguro si sus palabras eran un intento de desviar su atención del temblor en su mano o si estaba coqueteando con él.

Sus esperanzas se dispararon.

TÚ ERES LA MADRE DE ELLOS

Elayne bebió con modestia cuando Alexandre le dio permiso. Debía hacerle creer que no estaba acostumbrada al sabor. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de un buen vino que quería beberlo a sorbos como una campesina, pero eso ralentizaría su pensamiento, y debía mantener la calma.

El vino era afrutado y de tan alta calidad que casi abandonó su misión. Debía salir de esa habitación con su orgullo intacto, habiendo encantado a Alexandre de Montbryce hasta hacerle creer que lo deseaba, pero no podía consentir en ser su amante.

No era una mentira. Realmente lo deseaba, con una intensidad que la alarmaba. Podía perderse en sus ojos azules, en sus fuertes brazos, y olvidar todas sus penas y tribulaciones.

Él le indicó uno de los dos sillones cerca del fuego. Se sentó en el otro, mirándola fijamente. Le impresionó que él estuviera tan nervioso como ella.

—¿Quería hablar conmigo, milord? —preguntó.

Él se aclaró la garganta, levantando un pie y poniendo el tobillo sobre la rodilla. Eso atrajo su atención a sus poderosos muslos—y más allá, al bulto de sus pantalones. Inhaló profundamente y miró hacia otro lado.

—Eh, oui —respondió, descruzando las piernas y enderezando la espalda—. Es sobre su posición.

Ella fijó la mirada en el líquido oscuro.

—Mi posición es la de niñera de Henry y Claricia. Mi deber es cuidarlos en esta tierra extraña.

Él se levantó de repente para tomar una botella.

—¿Más vino? —preguntó.

Ella negó con la cabeza, tomando otro sorbo.

—Aún queda mucho. No estoy acostumbrada al vino.

Él levantó las cejas y dejó su copa sobre la bandeja. Para su consternación, se arrodilló, colocando sus manos sobre los reposabrazos de su sillón.

—Milord —protestó ella, sintiendo una ola de calor que la envolvía.

Él tomó su copa y la colocó junto a su sillón.

—¿Le gusta? —preguntó.

¿Su cercanía?

¿El olor masculino y limpio de él?

¿Sus largos dedos, tan cerca?

¿El sonido de su profunda y rasposa voz?

Debió de parecerse a una cierva asustada.

—El vino —dijo él.

—Ah, el vino. Sí. Sí. Me gustó. Afrutado. De muy buena calidad.

Alex ladeó la cabeza, una sonrisa divertida bailando en sus labios.

—¿Cómo puede hablar de calidad si no está acostumbrada a beberlo?

Elayne quiso apoyar las manos en los brazos de la silla para levantarse, pero si lo hacía, podría tocarlo, y eso sería su perdición.

—Pensé que era lo que quería escuchar.

Él la estudió con detenimiento.

—Hay algo que sí quiero escuchar de sus labios.

—Mi señor… —murmuró ella, encogiéndose hacia atrás cuando él se inclinó más cerca. El chal resbaló por sus hombros.

Los cálidos labios de Alex rozaron los suyos con suavidad, pero su beso la estremeció hasta el alma. Su boca se quedó cerca, esperando su reacción. Debería protestar, objetar, indignarse, pero en cambio, abrió los labios para él. Alex le succionó el labio inferior antes de hundir su lengua en su boca. Un gruñido suyo resonó al compás del gemido involuntario que escapó de su garganta.

La lengua de Dugald siempre la había hecho retroceder, pero ella se entregó al beso de Alex como un niño succionando el pecho de su madre, embriagada por el sabor del vino que él había bebido. Su vientre presionaba contra sus rodillas, y su pecho quedaba a pocos centímetros de sus pechos. Sus traicioneros pezones tensaban la tela de su camisón. ¿Llegarían las manos de él a buscarla? Nunca había deseado tan desesperadamente el toque de un hombre.

—La deseo —murmuró él.

Depositó besos ligeros en su cuello. Elayne estaba a punto de confesar cuánto lo anhelaba, pero un instinto profundo la detuvo. ¿Orgullo? ¿Miedo? ¿Honor? Presionó las palmas de las manos contra el sólido muro de su pecho.

—Esto no puede ser, mi señor. No seré su amante.

Él se apartó, sus ojos llenos de confusión, desilusión. Ella titubeó. Para mantenerlo a raya, tendría que mentir.

—Tengo esposo.

No era del todo mentira, pero bastó para escandalizarlo. Se puso de pie rápidamente, evitando mirarla a los ojos.

—Le pido disculpas. Me dijo que era viuda. Creí que era libre, que sentía alguna atracción.

—Sí... sí la siento —balbuceó ella, temiendo haber revelado demasiado—, pero...

***

ESA ÚLTIMA PALABRA lo hizo detenerse a Alex.

¿Pero qué? Si tenía esposo, ¿por qué había sido enviada con los rehenes? Ningún hombre casado con Elayne la dejaría ir. A menos que…

Él entrelazó las manos tras la espalda y la observó, esperando que no oyera los latidos erráticos de su corazón. Tenía la premonición de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. Su beso había encendido su sangre más que cualquiera que hubiera compartido con otra mujer. Deseaba hundir su lengua en su cálida boca una y otra vez.

—Háble me de ese esposo suyo.

Ella alzó la mirada abruptamente, y él supo que lo que dijera a continuación sería una mentira.

—Se llama Dugald.

¿Pero por qué mentía?

Alex miró las brasas agonizantes del fuego. Un escalofrío lo recorrió. Se había imaginado tendido frente al calor del hogar, envuelto en el abrazo de Elayne sobre la piel de lobo.

—¿Y cuánto tiempo han estado casados?

—Demasiados años —susurró.

El matiz de verdad en esa respuesta lo desalentó.

—¿Y por qué permitió él que la enviaran a Normandía?

Ella clavó la mirada en sus manos entrelazadas.

—No tuve elección.

Por más que lo intentara, Alex no lograba imaginar una situación que justificara que esta mujer, a quien deseaba, estuviera ahora con él... salvo una posibilidad que de repente tuvo sentido. Tomó sus manos, alarmado por lo frías que estaban.

—Usted es la madre de los niños.

Contuvo la respiración, esperando que lo negara.

—Sí.

Su mundo se hizo añicos. Si Elayne era la madre de Henry y Claricia, su esposo debía ser el heredero al trono de Escocia. No era una simple niñera, sino la futura Reina de los Escoceses. Y Marguerite la había relegado a sus cocinas.

Alex se arrodilló de nuevo ante ella, con la cabeza inclinada.

—Mi señora, le debo una disculpa. Perdóneme por mi impertinencia. Me aseguraré de que en el futuro se le trate como corresponde a su posición.

Elayne saltó de su silla, casi derribándolo.

—¡No! Nadie debe saber que soy su madre.

Comenzó a caminar de un lado a otro, retorciéndose las manos, y luego cayó de rodillas, postrándose ante él como una penitente, con las yemas de los dedos hundidas en la alfombra.

—Perdóneme, mi señor conde —sollozó—. Este plan no fue idea mía.

Se arrodilló a su lado y la rodeó con los brazos. Aquel arrebato solo podía significar una cosa: los rehenes no eran quienes decían ser. Si Maud descubría el engaño, ordenaría su ejecución, lo que podría costarle la alianza con el rey David.

Incluso la vida de Alex y el castillo Montbryce estarían en peligro si Maud y su esposo Geoffrey creían que él formaba parte de la conspiración.

Meció a Elayne en su abrazo, acariciándole el cabello hasta que sus lágrimas se apagaron. No era la escena frente al hogar que había imaginado, pero era algo.

DECISIONES

Alex ponderó qué hacer con el peligroso conocimiento que había adquirido. Como un fiel seguidor de Maud, debería haber revelado de inmediato el engaño perpetrado por el rey David. Pero Elayne y sus hijos podrían sufrir la muerte o el encarcelamiento. Esto último era lo más probable, ya que Maud destruiría cualquier alianza con el rey escocés si ejecutaba a sus nietos, incluso a los ilegítimos.

Maud podría encarcelarlos en Montbryce, una posibilidad intolerable. Si los encarcelaba en otro lugar, su partida le destrozaría el corazón. Ellos habían llenado su vida vacía de felicidad y alegría.

No había dormido después de escoltar a Elayne a su cámara tras sus revelaciones la noche anterior. En la comida de la mañana, tanto Romain como Laurent comentaron su ensimismamiento sombrío. Lo que decidiera afectaría al castillo que todos amaban. Era su deber incluirlos en las discusiones. Los convocó a la Sala de Mapas y rápidamente les explicó las verdaderas identidades de los escoceses.

—Ya sospechaba que había más en esa mujer de lo que parecía —dijo Romain, cruzando los brazos sobre el pecho y apoyando su trasero contra la pesada mesa de cartografía.

—Ahora que sabes que es una mujer noble, tal vez pueda ser algo más que solo tu amante —añadió Laurent dándole una palmada en la espalda.

—Está casada —respondió Alex, apartándose con un encogimiento de hombros.

—¿Casada? —exclamó Romain.

Alex señaló las sillas de madera alrededor de la mesa de cartografía.

—Siéntense. Debemos decidir nuestro curso de acción.

—Pero, ¿cómo puede estar casada? —insistió Laurent.

Alex apretó la mandíbula y fulminó a sus hermanos con la mirada.

—No los he convocado para discutir sobre el estado civil de Elayne.

—Pero ¿dónde está su marido? —preguntó Romain, acercando su silla a la mesa.

Alex golpeó la mesa con el puño.

—Suficiente. ¿Cuál es su opinión?

Romain se levantó, apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia adelante.

—Te daré mi opinión, mon frère. Creo que te gusta profundamente Elayne y sus hijos, y entregarlos a Maud te destruiría.

Alex puso las manos en las caderas y miró hacia las vigas del techo.

—Mis sentimientos personales no tienen cabida en esto. Debemos considerar el bienestar de este castillo, nuestras propiedades y la gente que vive en ellas.

—Y no olvidemos otras posesiones de Montbryce. Geoffrey de Anjou es codicioso. Si consigue poner sus manos en este castillo, querrá el control de Domfort, Alensonne y Belisle.

Romain se sentó, sacudiendo la cabeza.

—Por eso ya he dicho antes que el rey Esteban merece más nuestro apoyo que Maud y su marido, y Laurent está de acuerdo conmigo. No estoy a favor de entregar a Elayne y a sus hijos a nuestra querida emperatriz. Es vengativa, y no debemos olvidar el papel de Geoffrey en el casi asesinato de Gallien.

Cuanto más pensaba Alex en romper el juramento de su padre a Maud, más claro se hacía

que debía tomar ese camino. Era cierto que el marido de Maud había conspirado para deshacerse de su primo.

—Gallien nos ayudará a proteger a Elayne y a sus hijos —sugirió Laurent—. Podemos mantener Montbryce, pero debemos sacarlos del peligro.

Eso hizo que Alex recordara.

—Al menos Marguerite ha decidido regresar a casa. Me lo informó esta mañana.

—Bien —exclamó Romain—. Una cosa menos de qué preocuparnos.

Laurent se burló.

—Querrás decir treinta cosas menos. Solo sus hombres de armas son más de veinte.

—Odio decirlo, pero puede que necesitemos a todos los hombres disponibles —dijo Alex.

—¿De verdad quieres arriesgarte a quedarte atrapado aquí con Marguerite si Geoffrey pone sitio? —preguntó Romain.

Alex se rió.

—Tienes razón, pero ni un palabra de esto a nuestra querida hermana. Ahora, ¿cuál es nuestro plan?

Se sobresaltaron cuando Bonhomme entró abruptamente tras un breve golpe en la puerta.

—Perdón, mes señores —dijo, abriendo la puerta de par en par para dejar entrar a dos hombres, que por su apariencia habían cabalgado duramente y por largo tiempo.

Los tres hermanos Montbryce se pusieron de pie.

Sorprendido, Alex le tendió la mano a su primo.

—¡Bradick Ronan MacLachlainn! Qué sorpresa verte —dijo, frunciendo el ceño—. Has tenido un largo viaje. ¿Has venido desde Alensonne?

Bradick Ronan se limpió la mano con la túnica y aceptó el apretón de manos.

—Sí. Mi hijo y yo vinimos lo más rápido que pudimos.

Alex miró más detenidamente al segundo hombre mientras Romain y Laurent abrazaban a su primo.

—¡Cielos! Apenas reconocí al chico. ¿Cuántos años tienes ya, muchacho?

—Catorce, milord Conde —respondió Bradick.

Alex le dio una palmada en la espalda.

—No solo llevas el nombre de tu padre, te le pareces mucho también. Eres casi tan alto como él, el mismo cabello negro. Y veo rasgos de tu abuelo en ti.

El rostro del joven se sonrojó, pero no dijo nada.

Una sirvienta entró con una bandeja de jarras llenas de cerveza.

Alex asintió a Bonhomme.

—¿Dónde estaríamos sin tu eficiencia, mi buen y fiel mayordomo?

Bonhomme hizo una reverencia.

—Se están preparando habitaciones, milord, y un baño.

Los viajeros tomaron cada uno una jarra. Bradick Ronan la vació de un trago. Su hijo dio un largo sorbo.

Romain se rió.

—Veo que la rama irlandesa de la familia aún ama su cerveza.

Bradick Ronan se limpió la boca con el revés de la manga, rodeando el cuello de su hijo con un brazo.

—Sí, entre más oscura, mejor, y Bradick aquí la disfruta tanto como yo, aunque aún sea un muchacho.

El joven Bradick hizo un puchero.

—No somos irlandeses, somos tan normandos como ustedes.

Alex se sorprendió. Estaba orgulloso de los gloriosos logros de su propio abuelo en la época de la conquista normanda de Inglaterra y le desconcertó que el muchacho pareciera avergonzado de sus raíces irlandesas.

—Deberías sentirte orgulloso de tu abuelo Ronan. Fue un gran guerrero que superó terribles adversidades, incluida la pérdida de su ojo. Mi tía Rhoni tuvo suerte de casarse con un noble irlandés como él y tuvo la dicha de que sus padres le dieran el castillo de Alensonne aquí en Normandía como dote.

Bradick Ronan asintió.

—Sí, y nuestra familia ha vivido allí desde entonces. Mi hermano mayor, Conall, es el Maestro de Alensonne desde que mi padre falleció. Aunque todavía nos beneficiamos de las rentas de Túr MacLachlainn en Irlanda. Tenemos una familia de mayordomos confiables allí.

El joven Bradick puso cara de disgusto.

—Solo desearía que nuestra familia dejara de seguir transmitiendo los mismos nombres irlandeses. Ninguno de nosotros ha pisado Irlanda en años, y yo ciertamente no tengo ningún interés en ir.

Romain se rió.

—Pero con un apellido como MacLachlainn, no puedes tener un nombre como Pierre, Guillaume o Laurent.

Bradick Ronan le dio un golpe en el hombro a su hijo.

—No le hagas caso. La juventud se desperdicia en los jóvenes. Escucha, un baño y una cama cómoda suenan bien, pero primero deben escuchar nuestro mensaje. Maud y Geoffrey estarán aquí en unos días. Están en Alensonne ahora.

Un gusano se retorció en el estómago de Alex.

—No hemos recibido noticias.

Bradick Ronan extendió su jarra para que la sirvienta la rellenara.

—Pensamos lo mismo. Por eso Conall y yo decidimos venir. No es un secreto que estás reteniendo rehenes para Maud. ¿Por qué no enviaría ella un aviso previo para que pudieras prepararte para su llegada? Es solo cortesía común hacia un aliado. —Se encogió de hombros y tomó otro trago de su cerveza—. Claro, Maud no es conocida por su cortesía.

Alex miró a sus hermanos, el dedo índice presionado sobre sus labios. Estos visitantes eran familia, pero por el momento, cuanto menos supieran, mejor. Romain y Laurent indicaron su acuerdo silencioso con una casi imperceptible inclinación de cabeza.

Una sirvienta entró buscando a Bonhomme.

Alex estrechó de nuevo la mano de Bradick Ronan, guiándolo hacia la puerta.

—Veo que sus habitaciones están listas, primos. Nuestro mayordomo les mostrará el camino, y hablaremos de nuevo cuando estén descansados. Gracias por alertarnos. Marguerite está aquí. Prefiero que no mencionen nada de esto aún.

Ambos MacLachlainn vaciaron sus jarras y se fueron, soltando eructos ruidosos.

Tan pronto como la puerta se cerró, Romain puso una mano en el hombro de Alex.

—Debemos sacar a nuestros rehenes antes de que llegue Maud.

Alex apretó la mandíbula, esperando que el plan que había ideado fuera bueno.

—Marguerite se va mañana. Elayne, los niños y yo partiremos con ella. Estaremos ausentes cuando Maud llegue. Estoy seguro de que ustedes dos podrán mantenerla entretenida, y a los MacLachlainn si siguen aquí.

Laurent frunció el ceño.

—¿Pero qué razón les darás para que Marguerite no sospeche?

—Su ruta hacia casa la lleva cerca de Bayeux. Simplemente le diré que quiero enseñarles a Henry y Claricia sobre las hazañas de nuestro abuelo en Hastings. Quiero mostrarles el famoso tapiz del obispo Eude

ESCAPANDO

ELAYNE CORRIÓ POR EL PASILLO hasta el salón de Alexandre. La sonrisa cómplice de Micheline no dejaba duda de que pensaba que esa segunda convocatoria significaba que Elayne ahora era la amante del conde.

Ella entró con cautela por la puerta abierta. Alexandre estaba allí, mirando fijamente las llamas del fuego crepitante en la chimenea.

Si las circunstancias hubieran sido diferentes...

Él se había quitado la doblet. Solo con mirar sus anchos hombros bajo la camisa de lino fina, el corazón de Elayne comenzó a latir más rápido. Él era amable, y la atraía como un imán, una emoción a la que no estaba acostumbrada. Quería tocarlo, acariciar su rostro magullado, acariciar su cabello, presionar su cuerpo contra el calor del suyo.

La llegada de Dugald a cualquier habitación solía llenarla de terror, especialmente cuando él venía por sus derechos maritales.

Pero su primera lealtad era para con sus hijos. No debía acercarse demasiado a Alexandre. No había futuro en ello. Tenía que confiar en que él mantendría su secreto. Si su verdadera identidad permanecía oculta y todo salía bien con el engaño, ella, Henry y Claricia regresarían a Escocia una vez que el rey Dabíd hubiera ayudado a Maud a invadir Inglaterra. Su monarca lo esperaría. Probablemente ya la había prometido a algún viejo miembro del clan. Si el pretexto fallaba, no podría esperar que el conde traicionara a Maud.

Alexandre se giró cuando escuchó el crujido de su falda. Sonrió, pero era una sonrisa triste, una que reflejaba sus propios sentimientos de lo que podría haber sido. Extendió la mano hacia ella mientras se acercaba.

—Venga, siéntese junto al fuego. Tenemos un plan.

Elayne aceptó su mano, reconociendo el calor que se transfería entre ellos.

—¿Un plan? —preguntó, soltando su mano con renuencia mientras se sentaba.

Alexandre se quedó de pie con la espalda al fuego, las manos entrelazadas atrás. Se movía de un lado a otro. Había algo que no quería contarle. Un presagio la llenó por dentro.

—No quiero que se alarme, pero Maud y Geoffrey estarán aquí en unos días.

Elayne deseó huir en ese momento, correr, reunir a sus hijos y escapar. Se aferró con fuerza a los brazos de la silla.

—¿En unos días?

—Están en el castillo de mi primo en Alensonne y no hemos recibido noticias de su intención de venir aquí. Pero se rumorea entre los sirvientes.

Ella negó con la cabeza.

—Escuché hablar de invitados importantes en las cocinas.

Alexandre levantó las cejas.

—Sí, los sirvientes y siervos suelen saber lo que está pasando antes que nosotros.

Ella luchó por frenar los latidos acelerados de su corazón.

—Habló de un plan.

—Usted y yo saldremos mañana con los niños y no estaremos aquí cuando Maud llegue. Ella no se encontrará con los rehenes, y Romain y Laurent la distraerán.

Alexandre se veía tranquilo, pero Elayne sospechaba que su corazón estaba pesado. Era su

responsabilidad estar en Montbryce cuando llegara Maud, pero tenía la intención de ausentarse por su bien.

—¿Pero a dónde iremos?

—¿Ha oído hablar de Bayeux?

Ella buscó en su memoria.

—Sí. Es el sitio de una gran catedral donde se puede ver un panel bordado que narra la conquista de Inglaterra.

Él sonrió, esta vez genuinamente.

—¿No cree que eso es algo que el joven príncipe Henry y su hermana deberían ver?

—Pero ¿cómo podríamos...?

Fue entonces cuando entendió.

—Marguerite.

Alexandre guiñó un ojo.

—Sí. Me temo que eso significa que tendremos que viajar con mi hermana y su prole.

Elayne aplaudió con entusiasmo.

—Claricia estará encantada. Está miserable porque cree que tendrá que decirle adiós a Rosetta mañana.

Alexandre puso ambas manos sobre los brazos de su silla y se inclinó hacia ella, con los ojos azules brillando.

—¿Puede estar lista al amanecer? Es un viaje de un día.

¡Amanecer!

—Sí —respondió sin aliento, su mente ya llena de pensamientos sobre qué empacar. Claricia no sería la única que estaría feliz de retrasar la despedida de alguien que amaba.

***

ALEX ENTENDÍA por qué Elayne tenía que viajar con los sirvientes en el carro, y ella le aseguró que prefería hacerlo, ya que Claricia y Henry iban en el carruaje. Pero él no estaba conforme. Decidió liderar el grupo de hombres de armas que iban al final, detrás del carro.

Marguerite estaba sorprendida.

—Pero eres el conde. Debes viajar al frente.

—Al contrario —improvisó—, la mayoría de los bandidos atacan por detrás. Ese es el lugar más vulnerable. Mi puesto está ahí.

Ella resopló, pero no dijo nada más. Bonhomme la ayudó a subir al carruaje, y partieron al amanecer, con Faol trotando detrás.

El progreso fue lento, pero constante. Se detuvieron dos veces, una para un almuerzo temprano y luego por la tarde, disfrutando del pollo asado que Bonhomme había empaquetado. Alex valoraba profundamente la destreza de su mayordomo. Había comida suficiente para todos, incluidos los sirvientes y los hombres de armas.

Llegaron a la casa de Marguerite cuando caía la noche. Se sintió aliviado de que el clima hubiera cooperado, y el viaje fue tranquilo.

Como las tierras de Venestre estaban cerca de Bayeux, se había acordado que todos descansarían allí un día y luego visitarían la catedral como un clan. Alex quería compartir la experiencia con Elayne y sus hijos, pero no había razón razonable para negarles la excursión a los descendientes de Venestre.

Marguerite tomó el mando en cuanto llegaron. Alex tuvo que admitir con algo de admiración que su hermana había viajado horas en un carruaje lleno de niños, pero dirigía a todos con una energía aparentemente inagotable. Aunque la mansión de su marido no era lo

suficientemente grande como para considerarse un castillo, ella estaba inmensamente orgullosa de su hogar.

Sus hijos estaban visiblemente encantados de reunirse con su padre. Jean Venestre era un gigante de hombre, un alma gentil que no parecía incomodarle el carácter dominante de Marguerite. Alex sabía que tenía un corazón de oro y una voluntad de hierro. Había sido un buen matrimonio.

Le alegraba ver el cariño que Marguerite y su marido seguían compartiendo. Por primera vez en su vida, envidió a su hermana.

Se bajó del caballo y observó cómo uno de los sirvientes de Venestre ayudaba a Elayne a bajar del carro. Le molestó que el hombre le tocara la cintura. Cuando ella estuvo de pie, él siguió su mirada.

Ella estaba observando cómo Claricia y Henry eran recibidos por Jean Venestre. Henry tenía los dedos enrollados alrededor del collar de Faol.

Marguerite se acercó, acariciando la cabeza de los niños escoceses.

—Veo que ya han conocido al príncipe Henry y a la princesa Claricia —le dijo a su esposo —. Dormirán en las habitaciones de los niños esta noche. Rosetta y Claricia se han hecho muy buenas amigas. Pero ese perro se quedará en el salón.

Claricia aplaudió de gusto y abrazó a Rosetta. Henry hizo pucheros mientras Faol gemía. El rostro de Elayne se apagó. El corazón de Alex se apretó. Había supuesto que Elayne dormiría con sus hijos. ¿Dónde pensaba Marguerite que debía dormir ella? Sería extraño si preguntaba por los alojamientos de una sirvienta.

Los ruidosos niños desaparecieron dentro de la casa con Jean, su hijo menor riendo mientras lo llevaba sobre sus anchos hombros.

Alex dudó, preocupado por el bienestar de Elayne entre los sirvientes de una casa extraña. Aunque los había conocido a muchos en Montbryce, los campesinos podían ser territoriales en sus propias tierras.

Marguerite lo llamó.

—No te preocupes por ella. Puede dormir con los otros sirvientes en mi salón. El perro la protegerá.

Enlazó su brazo con el suyo y lo atrajo hacia la casa.

—Sé que ella es tu amante —susurró, dándole una palmadita en la parte trasera de la mano —. No te angusties. Podrá ir discretamente a tu habitación más tarde, cuando los niños ya estén en la cama.

***

ELAYNE REUNIÓ sus ropas con fuerza alrededor de sí misma, enrollando las rodillas contra el pecho. Supuso que debería sentirse agradecida de que el suelo de piedra del salón de Marguerite estuviera cubierto con montones de juncos frescos que olían dulcemente, pero no había tenido oportunidad de despedirse de sus hijos antes de acostarse. Estaba segura de que estaban a salvo, cálidos y felices, pero era la primera vez en sus vidas que no les había dado las buenas noches.

Sintió el calor peludo de Faol presionándose contra su espalda. El salón no era grande, pero tenía suficiente espacio para ella. Algunos de los sirvientes que habían viajado a Montbryce parecían contentos de ver a otros que se habían quedado. Se tapó los oídos para bloquear los susurros de caricias y los sonidos de apareamiento.

A juzgar por los ronquidos fuertes de los demás, eran ajenos a los ruidos amorosos, pero eso trajo a su mente imágenes de Alexandre. Estaba cerca, solo en una cálida habitación con una

gran cama cómoda.

Se contuvo de llorar. Era un destino cruel el haber estado casada con un hombre por quien solo sentía miedo y desprecio, y aun así su cuerpo se calentaba con solo pensar en un hombre que no podía tener.

¿Estaba él pensando en ella?

—Psst.

Abrió los ojos de inmediato. La mujer frente a ella susurró:

—Ve ahora. Todos están dormidos.

¿No se le permitía dormir en el salón? ¿Dónde, entonces? ¿En los establos?

—¿A dónde? —preguntó.

Elayne no pudo ver el rostro de la mujer con claridad en la oscuridad, pero percibió desconcierto.

—A la cama de tu amo.

El calor abandonó el cuerpo de Elayne mientras el hielo le recorría las venas. Incluso los sirvientes asumían que ella era la amante de Alexandre. Su honor yacía hecho jirones sobre el frío suelo de piedra de un salón en una tierra extraña. Para su vergüenza, deseaba con todo su corazón estar acostada desnuda junto a él.

BAYEUX

ALGUIEN BESÓ la mejilla de Elayne.

Se estiró, preguntándose distraídamente cómo había llegado a la cama con Alexandre, después de todo. Pero un olor familiar flotó hasta sus fosas nasales: el maravilloso aroma de sus hijos.

—Despierta, mamá floja —susurró Claricia en gaélico.

Se sentó de golpe, mientras Henry y Claricia se lanzaban sobre ella, riendo y llenos de emoción por la excursión a Bayeux. Faol danzaba alrededor ladrando.

Los abrazó con fuerza.

—Pero no vamos a Bayeux hasta mañana —dijo.

—Lix ha decidido que vamos hoy —exclamó su hija—. Todos están listos, excepto tú.

Miró alrededor del salón. La luz del amanecer reveló que la mayoría de los sirvientes ya se había levantado, muchos de ellos alineados para tomar comida en las mesas de travesaño contra la pared. Había dormido tan profundamente, sumida en sueños sobre Alexandre, que no había oído cantar al gallo. Saltó de pie, abrazando la tela alrededor de sus hombros para alejar el frío de la mañana. Deseaba un baño, pero ¿dónde se bañaban los sirvientes en esta casa?

En Escocia, los sirvientes hombres a veces se bañaban en el río, aunque nunca en invierno. Las mujeres usaban una bañera de madera detrás de la chimenea de la cocina.

Alexandre entró en el salón, luciendo fresco. Un calor subió a su rostro. Su instinto fue huir, pero se relajó al calor de la sonrisa que él le dedicó.

—Bien, los niños la han despertado. ¿Le han dicho que vamos a Bayeux hoy?

Ella miró hacia sus pies, avergonzada por su aspecto desordenado. Quería decirle cuánto se alegraba de que se fueran, que deseaba pasar el día con él, escuchando la historia de sus antepasados. Pero lo único que se le ocurrió decir fue:

—Sí, milord.

Quedaron en un silencio incómodo durante largos momentos, hasta que los niños vieron a sus amigos entrar al salón y se escabulleron.

Alexandre levantó la mano, con la impaciencia reflejada en su rostro. Instintivamente, ella se encogió. Cuando Dugald levantaba la mano...

Pero este era Alexandre de Montbryce. Dormir en un suelo de piedra había embotado sus sentidos.

Él parecía confundido, pero extendió la mano nuevamente, retirando una hebra de juncos de su cabello.

—Nunca le haría daño, Elayne. Le he dado permiso para llamarme por mi nombre. Me mortifica que haya tenido que dormir en el salón. Sé que está mal, que tiene un esposo, pero pasé la mayor parte de la noche pensando en cómo hacer para que viniera a mi habitación.

Era lo que su corazón quería escuchar, pero se sentía expuesta de pie en medio del salón, observada por sirvientes curiosos, sintiéndose sucia en más de un sentido. Él sentía culpa por su deseo hacia ella porque ella había mentido. Se apartó ligeramente.

Él dio un paso atrás, enderezando su túnica.

—Le pido disculpas. La he avergonzado con mi grosería. No volverá a ocurrir. Partimos en una hora, tiempo suficiente para que tome el desayuno.

Se alejó hacia el estrado, donde los Venestre y los niños se sentaban ruidosamente en la mesa principal.

Elayne se dirigió hacia la mesa de travesaño, sus pies estaban pesados como plomo. Tenía hambre, pero la comida tendría un sabor amargo.

***

ALEX ENTRÓ en Bayeux montando junto a uno de los carruajes abiertos llenos de mujeres y niños. Sus sobrinos ya habían estado en la ciudad antes, pero disfrutaba viendo las reacciones predecibles de los escoceses cuando veían las aguas lentas del Aure por primera vez. Elayne arrugó la nariz.

—El agua está marrón.

Henry y Claricia coincidieron al mismo tiempo.

—¡Ugh!

Alex rió.

—Pero mira más allá del río.

Cuando vio la catedral a lo lejos, el rostro de Elayne se iluminó de asombro, enviando un escalofrío por su espalda.

—Es magnífica, ¿verdad? Ha habido un lugar de culto aquí desde tiempos romanos, pero el hermano del Conquistador construyó esto como su catedral, y el propio Guillermo estuvo en la consagración hace casi tres docenas de años.

—¿Está el tapiz dentro? —preguntó Henry.

—Oui —respondió Marguerite—. Dicen que fue la esposa del Conquistador quien lo elaboró.

Alex sabía que esto no era cierto, pero hizo una mueca cuando Elayne dijo con gran autoridad:

—Entiendo que fue hecho por los trabajadores del hilo sajones en Inglaterra. Se dice que fueron los expertos reconocidos en este oficio.

Marguerite frunció los labios en una mueca y tensó los hombros. Los ojos de todos los niños se volvieron para ver su reacción. El rostro de Elayne se sonrojó. Había hablado de una manera que ningún sirviente se atrevería, contradiciendo a una mujer noble. Miró a Alex con nerviosismo.

Marguerite abrió la boca y luego la cerró.

Era irónico. Su hermana se abstendría de regañar a Elayne porque creía erróneamente que era la amante de Alex. Él tosió en su puño.

—Generalmente se piensa que las mujeres sajonas cosieron el tapiz —dijo, esperando suavizar los ánimos de su hermana y calmar los temores de Elayne—. Pero sea quien haya sido, la obra es una maravillosa representación de los eventos de la invasión.

Rosetta vino al rescate.

—Les mostraré a mi abuelo en los paneles —dijo con orgullo a Claricia.

—Se refiere a su bisabuelo —corrigió Marguerite—. Rambaud de Montbryce fue mi abuelo y el de oncle Alex.

Rosetta frunció el ceño, evidentemente tratando de entender la explicación de su madre, mientras el carruaje se detenía ante la catedral. Los niños salieron corriendo, seguidos por su madre y Elayne. Alex desmontó y le entregó las riendas a un hombre de armas.

Mientras los niños corrían emocionados hacia la puerta de la catedral, Marguerite los detuvo, levantando una mano como si dirigiera un ejército en avance. Puso el dedo índice de la otra mano sobre sus labios.

—Silencio —ordenó—. Debemos entrar en silencio. Nada de hablar. Y el perro se queda con los guardias.

Sin hacer ruido, los niños pasaron a la catedral, girando los cuellos para mirar boquiabiertos el techo alto y abovedado.

Alex también se sintió como un niño, incapaz de comprender la habilidad y planificación que había detrás de tan monumental edificio, pero orgulloso más allá de medida de que este fuera uno de los avances que los normandos habían dejado al mundo. Dondequiera que su gente gobernara, la magnífica arquitectura prevalecería. Su abuelo había incluso construido una iglesia impresionante en Ellesmere, en Inglaterra.

Su mayor placer fue ver el asombro en el rostro de Elayne.

—Nunca he visto nada igual —susurró—. Tenemos grandes edificios en Escocia, pero esto...

Él asintió.

—Y Bayeux es insignificante comparado con otras iglesias que el Conquistador mandó construir. La Abbaye Aux Dames en Caen, por ejemplo, donde yo nací...

¿Por qué había mencionado eso?

Ella lo miró curiosa.

—¿Dónde nació?

—Sí —respondió él, contento de haber compartido algo con ella que normalmente evitaba mencionar.

Siguieron a la multitud hacia la capilla donde se exhibía la obra. Marguerite condujo a todos hasta el primer panel, apartando a los campesinos alineados para ver el histórico tapiz.

Ella ya había traído a sus hijos antes; era parte de su leyenda familiar.

—Edward Rex —comenzó, leyendo el comentario en latín bordado en los paneles—. Significa que esta es la parte de la historia que ocurrió mientras Edward el Confesor aún era rey. Harold, Duque de los Ingleses, viajó a Bosham con su comitiva.

Cuando su hermana se movió al siguiente panel, a Alex le pareció que no había visitado Bayeux desde la vez que su padre los llevó allí cuando eran niños. Tragó saliva al recordar cómo Robert de Montbryce había contado la historia de Hastings con una voz cargada de emoción, embelleciéndola con detalles de primera mano que su propio padre le había contado.

Se quedó atrás, señalando a Elayne que reuniera a Henry y Claricia y se uniera a él. Era importante que guiara a esos tres que habían pasado a ser parte de su vida. Tomó a los niños de la mano y los condujo hasta uno de los paneles del centro. Las palabras de su padre volvieron a él.

—El tapiz es más que una obra de arte para los Montbryce. Es parte de la tela de nuestra historia como familia. Además de mi abuelo, Ram, sus hermanos, Antoine y Hugh, pelearon en Hastings, y todos sobrevivieron. Muchas familias perdieron a todos sus hijos.

Señaló las figuras en el panel.

—Este es Harold, Duque de los Ingleses, dándole su juramento de lealtad a Guillermo de Normandía, aquí en Bayeux. Los paneles anteriores simplemente conducen a este hecho, que Harold prometió apoyar la reclamación de Guillermo al trono de Inglaterra cuando Edward muriera.

Henry tiró de su mano.

—¿Por qué el hijo de Edward no fue rey?

Alex se agachó junto a él.

—Edward no tenía hijos. Nunca se casó. Vivió como un monje.

Su corazón se hundió, las palabras resonando demasiado cerca de la verdad de su propia vida solitaria.

Claricia bostezó. Elayne apartó el cabello de la niña de su rostro.

—Está agotada después del viaje de ayer y de la emoción.

Alex levantó a Claricia sobre sus hombros.

—¿Mejor?

Ella se rió.

—Sí.

Henry avanzó hacia el siguiente panel.

—No estoy cansado —les aseguró—. Ya sé de qué se trata. Harold regresó a Inglaterra.

El corazón de Alex se calentó al ver la sonrisa divertida que Elayne le dio. Si ella fuera su mujer, se esforzaría cada día para mantener esa sonrisa en su rostro.

—Muy bien, Henry. Tu latín está mejorando.

—Yo también lo sabía —dijo Claricia con tono hosco.

Alex bajó la voz para subrayar la seriedad de lo que venía.

—Pero aquí es donde Harold rompió su juramento y se convirtió en Rey de los Ingleses, coronado por el Arzobispo Stigand.

—¿Por qué miran los que están al final? —preguntó Claricia.

—¿Ves el texto en latín? Isti mirant stellam. Ellos están mirando una estrella —respondió Elayne—. Era un cometa, considerado un presagio.

Aliviado de que su hermana no hubiera oído la explicación culta de Elayne, Alex los hizo avanzar.

—Ahora es cuando entran los Montbryce. Guillermo ordenó la construcción de una flota. Mi abuelo estuvo a cargo de esa tarea.

—¿Es él? —preguntó Claricia, señalando una de las figuras.

Alex se rió.

—Podría ser. Tenía que asegurarse de que todo estuviera listo. Provisiones, armas, caballos.

—Aquí está el Duque Guillermo cruzando el Mar del Norte. Uno de los hombres en el barco con él era mi abuelo. No sabía si alguna vez regresaría a Normandía, y había dejado atrás a mi abuela.

—¿Por qué? —preguntó Claricia.

—La guerra no es para las mujeres —exclamó Henry.

—No solo eso —dijo Alex suavemente—. Fue antes de que se casaran. Estaban prometidos, pero mi abuelo no estaba seguro de si ella era la indicada para él, así que ella rompió el acuerdo. Fue una época difícil.

—¿Se casaron después? —preguntó Claricia.

—Por supuesto —dijo Henry con exasperación—. ¿Cómo más podría ella ser la abuela de Alex?

Alex miró a Elayne, cuyo rostro se había sonrojado.

—Sí. Mi abuelo finalmente se dio cuenta de que Mabelle de Valtesse era la mujer perfecta para él. Llegó a amarla mucho.

Miró la embarcación bordada durante largos minutos, reconociendo por primera vez lo difícil que debió haber sido para su abuelo dejar atrás su amada Normandía, y lo sombría que sería su vida sin la mujer de la que se estaba enamorando.

Los Vanestres los alcanzaron. La voz de Marguerite lo hizo regresar al presente.

—Aquí vemos cómo descargan los barcos en Pevensey y buscan provisiones.

Elayne lo miró, como si comprendiera lo que él había estado pensando.

—Es difícil dejar tu país —susurró—, y a la gente que quieres.

Alex sintió el calor de la niña que llevaba sobre los hombros, una niña arrancada de su tierra junto con su madre y su hermano. No solo se habían visto obligados a abandonar Escocia, sino que eran impostores jugando un papel peligroso en un juego arriesgado. En ese momento decidió que haría todo lo posible por protegerlos.

Avanzaron hacia los paneles que mostraban la caballería normanda.

—Mi abuelo y sus hermanos, Antoine y Hugh, eran todos hombres de caballería. Aquí vemos el muro de escudos sajones que le dio tantos problemas a los normandos. No pudieron penetrarlo. Estuvimos a punto de perder la batalla. Mi abuelo escapó por poco de ser decapitado por un sajón que empuñaba un hacha de guerra. Oncle Hugh recibió un corte con espada en el brazo.

Los ojos de Henry se abrieron de par en par.

—¿Qué sucedió?

—El Duque Guillermo decidió fingir una retirada. El abuelo Ram jugó un papel importante y valiente en el engaño que llevó a que los sajones cayeran en una trampa y fueran derrotados.

—Harold Rex interfectus est —declaró Marguerite en voz alta, haciendo un gesto hacia el panel que mostraba a Harold con una flecha en el ojo—. El rey Harold ha muerto.

—Sin su líder, los sajones huyeron, excepto por la guardia de élite de Harold, que luchó hasta la muerte —explicó Alex.

—¡Hurra por los normandos! —gritó Henry, levantando el puño al aire.

EPIFANÍA

ELAYNE Elayne se estremeció, tomando la mano de Henry.

—Entiendo que estás emocionado —susurró—, pero recuerda que la invasión de Inglaterra por parte del Conquistador no fue algo bueno para los escoceses.

Henry se veían desconsolado.

—Perdón, maman —murmuró en francés normando.

Elayne miró rápidamente a Marguerite, esperando que no hubiera oído el desliz, pero la estaba observando sospechosamente. Tal vez solo era su crítica al Conquistador lo que había provocado el ceño fruncido.

Alex salvó la situación.

—El chico quiere mucho a su niñera —le dijo a su hermana—, y no ha conocido a otra madre desde su nacimiento. Es natural que la llame mamá. Elayne tiene razón. El rey Malcolm Canmore y su hijo mayor fueron asesinados por los normandos en la batalla de Alnwick hace casi cuarenta años. Mi medio tío, Caedmon FitzRam, fue herido en esa batalla. Luchó con los escoceses.

Elayne se sorprendió. El patronímico normando Fitz implicaba ilegitimidad.

—¿FitzRam?

Alex guiñó un ojo.

—Sí, mi abuelo fue un gran hombre, pero no un santo. Caedmon era su hijo ilegítimo, medio hermano de mi padre. Fue él y el tío Baudoin quienes rescataron a mi padre del cautiverio.

—Pero Caedmon es un nombre sajón.

—Su madre, Ascha, era sajona. Caedmon y su esposa se ahogaron en el naufragio de La Blanche Nef hace dieciséis años.

Elayne encontró desconcertantes estas nuevas revelaciones. La familia Montbryce tenía una historia más complicada e interesante que solo estar involucrada en la conquista de Inglaterra. Quería saber más.

Se acercó un poco más a Alex, aliviada de que Marguerite se hubiera alejado para cuidar de sus hijos, llevándose a Henry y Claricia.

—No habla mucho de su padre —susurró, esperando no estar pisando terreno peligroso.

La sorpresa iluminó sus ojos.

—Tiene razón. No éramos cercanos. Su ausencia en mi nacimiento siempre pareció interponerse entre nosotros. Le tomó dos años recuperarse, y aun así...

—¿Le temía?

Alex miró los paneles sin ver.

—Me ponía nervioso con él hasta los tres años.

—¿Intentó compensar el tiempo perdido?

Frunció el ceño.

—Sí —respondió con voz áspera—. Pero yo le dificulté las cosas.

Ella intuyó, por la expresión de sorpresa en su rostro, que esta verdad acababa de ocurrírsele. Quería aliviar su dolor, pero tocarlo en ese lugar público era imposible.

—No puede culparse. Fue un niño privado del amor de su padre en sus primeros años.

***

LAS RODILLAS DE ALEX AMENAZARON CON CEDER. Se estremeció de la cabeza a los pies. Todos esos años le había echado la culpa a su padre. No es de extrañar que Robert de Montbryce se hubiera sentido culpable. Alex se aseguró de ello.

Consciente de la mujer perspicaz a su lado, apretó los puños, luchando contra la necesidad de enterrar su rostro en su pecho y llorar.

—Se sentirá mejor ahora que ha tenido una epifanía —susurró ella.

Fue asombroso. No había terminado ella de pronunciar las palabras cuando Alex sintió como si un peso se levantara de sus hombros. Tomó su mano, mirando sus ojos verdes.

—¿Qué tiene usted, Elayne, que ve y siente cosas sobre las personas que ellas mismas no ven?

¿Sabía que se estaba enamorando de ella?

Ella se sonrojó.

—Escucho y observo. A veces estamos demasiado cerca para percibir lo que un extraño puede ver de pasada.

Rozó sus labios sobre sus nudillos, maldiciendo al destino que, al fin, había encontrado una mujer a la que amaba, pero que nunca sería suya, una mujer que lo conocía mejor que él mismo. Ella lo había liberado de su largo tormento, pero él seguiría estando solo.

***

ELAYNE SABÍA que caminaba por un sendero peligroso, pero la necesidad de ver a Alex liberado de su culpabilidad sobrepasaba su sentido común.

La química entre ellos solo conduciría al desastre, pero no podía ignorarlo.

—Es digno de ser feliz —susurró.

El anhelo en sus ojos tocó su corazón.

—Lo mismo le digo a usted.

En los años desde su matrimonio con Dugald, los momentos de felicidad habían sido pocos y lejanos entre sí. A pesar de la situación desesperada en la que se había visto forzada ella y los niños, había sonreído más desde que conoció a Alex de Montbryce que en muchos años.

—Me alegra si he ayudado a aliviarle de una carga —dijo—. Ojalá hubiera conocido a su valiente padre.

Despistado

ERA APROPIADO que el sol brillara con fuerza cuando salieron de la catedral. Alex sintió que había renacido, su único arrepentimiento era que su padre ya no estuviera vivo para compartir lo que Elayne había llamado su epifanía.

Si alguna vez tuviera hijos propios, les diría todos los días de sus vidas cuánto los amaba.

De repente, se detuvo en seco. ¿Por qué se estaba torturando? Ya no existía la posibilidad de que tuviera hijos. Su garganta se apretó mientras veía a Elayne ayudar a Henry y Claricia a subir al carruaje. Amaba a esos pequeños trozos de humanidad.

Su hermana lo empujó, sacando al último de su prole de la iglesia.

—Es una cosa extraña —dijo.

—¿Qué?

—La semejanza.

Alex se puso alerta al instante.

—¿De qué hablas, ma sœur?

Marguerite lo miró como si fuera un niño travieso atrapado robando manzanas del huerto.

—Vamos, mon frère, seguro que lo ves. Imagina a Claricia con el cabello rojo.

¡Dieu! Si ha adivinado…

Pretendió estudiar de cerca a la niña, pero su hermana se fue dando saltos. Caminó hacia Elayne, ayudándola a subir al carruaje.

—Marguerite ha adivinado —susurró.

Sus ojos se abrieron, pero asintió.

—Tu hermana es muy rápida. Me sorprende que le haya tomado tanto tiempo. No te preocupes. Ella es leal a ti.

De nuevo, esta increíble mujer había percibido su miedo y lo había calmado.

—Cuando hables con ella, cuéntale sobre tu epifanía. Parece que tenía una buena relación con tu padre.

Todo estaba listo para la partida, lo que privaba a Alex de la oportunidad de conversar más con Elayne. Montó su caballo, ajustando sus calzas para aliviar el dolor en su entrepierna. Sería un largo viaje de una hora, con todos sus pensamientos concentrados en un plan para salvar a Elayne de dormir esa noche en el suelo del salón de su hermana.

***

LOS HIJOS DE ELAYNE NO PARABAN DE CHARLAR sobre las cosas que habían visto en la catedral. Elayne estaba feliz por su exuberancia, pero preocupada por lo que había descubierto sobre Alex.

Ayudarlo a hacer frente a los fantasmas de su pasado la llenaba de satisfacción. De vez en cuando le había dado sugerencias a Dugald sobre cómo combatir sus cambios de humor y sus arranques de ira. Todo ello solo servía para empeorar su actitud autoritaria. Despotricaba públicamente sobre las mujeres que pensaban que sabían más que los hombres, dejando claro a todos que se refería a su esposa.

Alex era diferente. No solo había estado dispuesto a escuchar, sino que ella sabía que él era el tipo de hombre que podría borrar los horribles recuerdos de su primer matrimonio.

Serían una pareja perfecta.

La trágica imposibilidad de un futuro así hizo que suspirara.

—¿Te gustó ver el tapiz, mamá? —preguntó Henry.

—Por supuesto —respondió ella—. Es una magnífica representación...

—Pero no parecías feliz —interrumpió Claricia—. Sigues suspirando.

Ella tensó la espalda y dijo una media verdad.

—Estoy suspirando de felicidad.

—¿Porque hablabas con Lix? —preguntó su hija.

Era una advertencia para ser más cautelosa. Si sus hijos notaban el efecto que Alex tenía sobre ella…

***

ALEX NO SE SORPRENDIÓ de ser convocado al salón de su hermana tan pronto como terminó la comida de la noche. Todos los niños habían sido enviados a sus habitaciones, demasiado cansados para hacer algo más que picotear la comida. Marguerite había indicado que Elayne acompañara a Henry y Claricia. Apenas pudieron intercambiar una mirada fugaz cuando ella salió del salón.

Golpeó la puerta abierta, sorprendida de ver a su cuñado presente.

Marguerite debió haber percibido su desagrado.

—Has puesto a esta familia y a nuestro hogar en peligro, mon frère, así que es apropiado que Jean esté aquí.

Pensó en la idea de hacer como si no supiera nada, pero ¿con qué fin?

—No es lo que piensas.

El siempre paciente Jean le indicó que tomara asiento.

—¿Cerveza?

Alex se sentó, negando con la cabeza. Había tomado demasiado vino después de un largo y emotivo día.

—Has adivinado correctamente, Elayne no es una sirvienta, pero tampoco es mi amante.

Marguerite sonrió.

—Por eso la he asignado a una habitación. Si hubiera sabido la verdad ayer, no habría dormido en el suelo. No confiaste en mí.

Alex inhaló profundamente, inclinándose hacia adelante para descansar los antebrazos en los muslos.

—Elayne me ha ayudado a ver que la falta de confianza es una de mis fallas. Habló conmigo sobre papá.

Marguerite se llevó las manos a la garganta.

—Papá te amaba, lo sabes, probablemente más que a todos nosotros juntos.

Marguerite siempre había sido mandona, pero nunca le había parecido celosa.

—Y no lo supe ver.

—Eras un bebé, Alex, nacido en circunstancias difíciles de una mujer llena de miedo y angustia. Fuiste el heredero tan deseado de Montbryce, pero mamá no sabía si su esposo estaba vivo o muerto. Te trajo al mundo en un convento lejos de casa, lejos de mí y de Catherine, sola y aterrada con las monjas como única ayuda.

Había tantas cosas que nunca había considerado antes. Había culpado a su padre por la tensión en sus vidas, pero era cierto que su madre también había sido secuestrada al mismo tiempo que su padre, y estuvo prisionera hasta escapar a la Abbaye aux Dames en Caen. Tal vez, cuando era un bebé, había percibido ese miedo.

¿Por qué le había costado tanto tiempo darse cuenta de estas verdades? Tantas cosas de su vida desperdiciadas por resentimientos innecesarios.

—Me alegra que finalmente hayas puesto en orden tu juicio sobre papá, Alex. Ahora cuéntame todo. Necesitamos estar preparados.

En ese momento se dio cuenta de que no solo había alejado a su padre, sino que durante

años había prestado escasa atención a su familia, manteniéndose siempre distante.

Sin embargo, lo amaban. Era algo que lo humillaba.

—Henry y Claricia son los hijos de Elayne.

Marguerite miró a su esposo.

—Lo que significa que no son los nietos del Rey David.

Se pellizcó el puente de la nariz.

—Ilegítimos.

Largos minutos pasaron en silencio, salvo por el crepitar del fuego ardiente. Luego, Marguerite le preguntó:

—¿Maud y Geoffrey no saben de este subterfugio?

—Oui.

Jean habló por primera vez.

—¿Y qué hay de su padre?

Un dolor se agitó detrás de los ojos de Alex.

—En Escocia, supongo.

Marguerite se levantó para caminar frente al fuego ardiente.

—¿Elayne no es viuda?

El dolor ahora pulsaba en sus sienes.

—Aparentemente no.

—¿Estás seguro de esto?

Se incorporó recto.

—Ella me dijo que está casada.

Marguerite se detuvo frente a él.

—A veces eres despistado, hermano. Si ella tuviera esposo, el Rey David no la habría enviado. La amas, cualquiera puede verlo. Siendo tan perspicaz como es, estoy segura de que lo sabe. Un esposo es una forma segura de mantenerte a raya.

Una serpiente se enroscó en sus entrañas.

—¿Por qué querría hacerlo? ¿Soy tan poco querible?

Marguerite levantó las manos al aire.

—Explícaselo tú, Jean.

Jean Venestre se acarició la barba.

—Elayne está desempeñando un papel peligroso en un juego mortal. No puede permitirse cometer un error. Sus hijos sufrirían las consecuencias. — Sonrió a su esposa. —El amor tiende a enturbiar el pensamiento de una mujer.

La esperanza parpadeó.

—¿Tú crees que me ama?

Marguerite soltó una risa burlona.

—Mi hermano es un cabeza hueca —murmuró—. ¿No lo ves?

Alex la miró fijamente, impresionado por primera vez por el parecido de ella con su madre.

—Marguerite —susurró con voz ronca, levantándose de un salto.

Su hermana lo abrazó, con los ojos llenos de lágrimas.

—Oré para que llegara la mujer adecuada y deshiciera ese corazón congelado tuyo.

Reconoció la verdad en sus palabras. Estaba emergiendo de un largo y solitario invierno. Pero el camino que tenía por delante estaba lleno de peligros. No habría primavera alegre si no conseguía mantener a Elayne y a sus hijos con vida.

Su hermana apretó su mano.

—Está en la pequeña habitación junto a la de los niños.

PUEDO PROTEGERTE

FAOL SE LEVANTÓ DE UN SALTO cuando Alex se acercó a la puerta. El perro debió haber sentido que Henry estaba a salvo y que era Elayne quien estaba sola. Rápidamente se acostó de nuevo en el umbral al ver que no había peligro.

—Buen perro —susurró Alex, inclinándose para rascarle la barriga a Faol. El perro gruñó, estirando sus largas patas delanteras.

Alex se enderezó, tiró de los bordes de su túnica y golpeó la puerta. Se sentía como un nervioso joven galante cortejando a su primera chica. Aunque en realidad nunca había cortejado a nadie.

No hubo sonido desde dentro. Tal vez ya se había retirado. Una sensación de decepción lo llenó, pero extrañamente se sintió aliviado.

Se agachó nuevamente para darle al perro un tirón de despedida en las orejas. La puerta se abrió con una grieta.

Se levantó rápidamente, tomado por el impulso de llenar de besos los ojos verdes que asomaban por la puerta.

Ella se aferró al familiar chal alrededor de sus hombros.

—¿Qué hace aquí, milord?

¿Estaba tan atrapada en el papel de sirvienta, o simplemente decidida a desanimarlo?

—No quería asustarte, Elayne. ¿Puedo entrar?

Faol se levantó torpemente, empujando su nariz hacia la abertura.

Ambos se rieron nerviosamente.

—Él también piensa que está invitado —dijo Elayne con una sonrisa que le dio esperanzas.

—¿Eso significa que estoy invitado?

Como si estuviera resignado a pasar la noche en el pasillo, Faol se desplomó sobre el suelo con un gruñido, bloqueando la puerta. Elayne la abrió un poco más.

Alex aprovechó el momento, pasó sobre el perro y empujó la puerta completamente.

—Lo empujaré hacia atrás.

Entró en la habitación y luego cerró la puerta, apartando al perro con dificultad.

—Bien hecho, milord —dijo Elayne con una sonrisa—. Puede que nunca se lo perdone.

***

ELAYNE BENDIJO A LOS SANTOS por la distracción del perro. Supo en cuanto oyó los golpecitos en la puerta que Alexandre estaba a pocos centímetros. Su corazón se elevó mientras un pulso latía en su garganta. Su determinación de permanecer en silencio hasta que él se fuera no duró más que unos pocos segundos. Quería verlo, quería encontrar consuelo en sus brazos.

Ahora él estaba allí, luciendo incierto pero decidido, con las fosas nasales dilatadas. Inhaló profundamente, llenando sus sentidos con el limpio y masculino aroma de él.

La cama, situada en una esquina de la habitación, era pequeña, pero parecía gigantesca mientras se enfrentaban el uno al otro. ¿De dónde había venido el impulso de derraparlo sobre el colchón? ¿La tensión del plan traicionero le había nublado el juicio?

Él era un conde, uno de los hombres más poderosos de Normandía, y aliado de Maud. Su padre político contaba con ella para convencer a la que sería reina de Inglaterra de que él había entregado a sus nietos en apoyo a su causa.

Pero Alexandre no había traicionado su identidad, y el destello en sus ojos azules oscuros le indicó que estaba en presencia de un hombre hambriento que la deseaba.

La situación bordeaba lo ridículo. El rey Dabíd atacaría a Esteban pase lo que pase, por su lealtad a la memoria de otro rey que lo había acogido en su juventud.

La idea desesperada de que su padre político honraría su compromiso con Maud aunque ella asesinara a sus nietos cruzó su mente. Estaba segura de que su vida no significaba nada para él. ¿Acaso había cuidado de su hijo bastardo, Dugald? Él parecía indiferente, casi aliviado al saber de su muerte.

Tomada por un impulso insano de reír, en su lugar lloró, un torrente de lágrimas brotó de su rostro.

Alexandre se acercó rápidamente, envolviendo su cuerpo tembloroso en sus brazos. El grito que había atrapado en su garganta se liberó al abrazar su cuello cálido. Escapó, pero fue capturado y calmado por la húmeda caricia de sus labios al cubrir su boca con la suya.

Los besos de Dugald habían sido demandantes, feos, ásperos. La caricia de Alexandre no pedía nada, pero prometía todo. Ella estaba intensamente consciente del calor de su cuerpo presionado contra el suyo, pero su beso era suave, reconfortante, hasta que persuadió su boca a abrirse con su lengua, despertando un deseo en un lugar muy íntimo.

Se arqueó contra él, rodeando su cuello con los brazos, y sus sollozos se transformaron en un gemido de anhelo que surgió espontáneamente desde lo más profundo de su ser.

Su lengua se unió a la de ella, succionando, provocando. Mordió su labio inferior y luego apretó su sujeción, lanzándose nuevamente con su lengua, llevando la de ella a su boca.

El deseo calentó sus muslos, escalando hasta lo más profundo de su ser. Esta era la pasión arrebatadora que un hombre y una mujer debían compartir. Lo había ansiado, y deseaba con todo su corazón rendirse a ella ahora. Pero no podía. Se apoyó en su pecho y se apartó suavemente.

—No te dejaré ir esta vez —susurró él, rozando su cuello—. Tenemos que hablar.

Una punzada insistente pero placentera recorrió su espalda y acarició sus pezones.

—No hay nada que discutir.

Gritó sorprendida cuando él la levantó y la llevó hacia la cama. La acostó con suavidad, luego se arrodilló sobre una rodilla, apoyando sus manos sobre el colchón a ambos lados de su cabeza. Ella desvió la mirada de su penetrante mirada mientras él se cernía sobre ella.

Su cercanía era abrumadora. Si tan solo fuera una simple sirvienta, podría alcanzar su rostro y borrar el ceño fruncido de su frente.

—Mírame, Elayne. Dime la verdad. ¿Estás casada?

Miró en sus ojos y se vio reflejada en esas profundidades azules. No podía mentirle a este hombre.

—Soy viuda —confesó—. Dugald está muerto.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Entonces hay esperanza para nosotros?

Luchó por sentarse derecha.

—¿Cómo podría haber un futuro para nosotros, Alexandre? Las vidas de mis hijos pueden depender de que cumpla con mi rol. Maud debe estar convencida de que Henry y Claricia son los legítimos nietos del rey.

—Pero yo puedo protegerlos, a todos.

Ella negó vehemente con la cabeza.

—No puedes protegernos de Maud. Tu padre le juró lealtad.

Él se levantó abruptamente, pasando las manos por su cabello negro.

—Muchos de los que se comprometieron con ella han roto el juramento, alegando que lo hicieron bajo coacción. Los Montbryce en Inglaterra están con Esteban. No me gusta la idea de ir a la guerra contra mi familia, y cada vez estoy más convencido de que Esteban es el mejor monarca.

Elayne apretó los puños contra los bordes de su bliaut.

—Pero el abuelo de Henry y Claricia está a favor de Maud. Si cambiamos de bando, nunca podremos regresar a nuestra tierra natal. Mis hijos llevan sangre real en las venas, aunque su padre era ilegítimo. ¿Puedo negarles su derecho de nacimiento?

—Eres un aliado poderoso para Maud. Ella no te dejará ir sin vengarse. Podrías perder el castillo de Montbryce.

Él regresó a la cama, extendiendo las manos hacia ella.

—Y mucho más. Pero tú me has enseñado a escuchar mi corazón, y me dice que eres mi futuro. Tú y tus hijos.

Elayne había pasado suficiente tiempo con Dugald como para reconocer el deseo masculino, y no tenía duda de que Alexandre de Montbryce la deseaba. Ella lo deseaba también, así que lo entendía. Pero, ¿la amaba él como ella lo amaba a él?

¿Importaba eso mientras pudiera pasar su vida con él, aunque esa vida fuera breve? Estaba agotada de intentar hacer todo por sí misma.

Puso sus manos en las suyas, reconociendo el calor de su piel.

—Debes hacer lo que creas que es correcto. Yo soy una simple mujer, sin poder. Me encomiendo a mí misma y a mis hijos a tu cuidado.

***

Un TORBELLINO DE PENSAMIENTOS CONFUSOS recorría la cabeza de Alex, sus sentidos ya estaban intoxicados por el aroma de la excitación femenina. Elayne lo quería, de eso estaba seguro. En cuestión de momentos podrían estar ambos desnudos, dándose placer el uno al otro. Su miembro endurecido aprobaba la idea.

Pero, ¿lo amaba ella? Ella se había apartado de él una vez, pensando que quería hacerle daño. Maldijo a su difunto marido por el daño que aparentemente había causado. Si la tomaba demasiado rápido, podría ser que ella nunca llegara a amarlo.

Ansiaba su cuerpo, pero también anhelaba su amor.

Se le ocurrió que Henry y Claricia podrían ser sus aliados en la campaña para ganarse su afecto. La posibilidad de una familia ya formada lo llenaba de entusiasmo.

El juramento a Maud debía ser resuelto. Su propia familia apoyaría su decisión de alinearse con Esteban, pero Maud y Geoffrey se enfurecerían. Elayne tenía razón en que habría represalias.

A pesar del peligro, su mente estaba más clara que nunca sobre el tema. Era como si Elayne hubiera liberado su cerebro del fango de años de resentir el manto que su padre le había transmitido.

Nació para ser conde. ¿Qué había dicho Marguerite? El tan esperado heredero de Montbryce. Su madre le había dado el nombre de un rey griego legendario.

El orgullo se expandió en su corazón. Miró a los ojos de la mujer que había cambiado su vida, lleno de pesar por el hecho de que esa no sería la noche de su primera unión.

—Duerme un poco, Elayne. Debemos regresar a Montbryce tan pronto como sea posible.

Un destello de decepción cruzó brevemente sus ojos, aliviando el dolor. Ella lo deseaba tanto como él la deseaba a ella. Su momento llegaría. La besó en la frente, apretó sus manos y se fue.

Un Juramento Quebrado

ALEX MIRÓ ALREDEDOR DE LA PEQUEÑA SALA DE MAPAS del Castillo Montbryce, la idea de que algún futuro conde tal vez tuviera que considerar expandirla cruzó su mente.

El desagradable olor a demasiados hombres de acción apiñados en un espacio confinado alrededor de una mesa excesivamente grande no era propicio para pensar con claridad, y los guerreros reunidos allí necesitaban pensar con claridad, especialmente él.

Ninguno de ellos—sus hermanos, sus primos MacLaichlainn, Bonhomme, Brodeur, el capitán de la guardia y sus tenientes—había expresado sorpresa cuando hizo su anuncio. Habían sabido, quizá lo esperaban, que rompería el juramento que unía a los Montbryce de Normandía con Maud.

Lo único que quedaba por discutir era la defensa del castillo, y quedó claro, mientras Brodeur explicaba sus planes, que ya había puesto a sus hombres y máquinas en pie de guerra. La armería se había repuesto y las armas afiladas. Se estaban haciendo preparativos para alojar dentro de las murallas a los campesinos desplazados de las cabañas alrededor del castillo, junto con su ganado.

Bonhomme explicó con detalle los víveres, madera y agua que había reunido en previsión de un asedio.

—Montbryce nunca ha caído en manos enemigas —declaró—, y no va a ocurrir bajo mi vigilancia.

A Alex no le gustaba mencionar que el castillo nunca había sido atacado, gracias en gran parte a la sorprendente habilidad de sus ancestros para mantenerse en las buenas gracias de los poderosos—no era tarea fácil en las arenas movedizas de la política normanda. Pero su corazón se hinchó de orgullo.

—Les agradezco a todos por su lealtad —les dijo, reconociendo que habían logrado todo lo que tenían sin su liderazgo.

—Es la decisión correcta —dijo Romain—. Todo hombre aquí lo sabe. Somos afortunados de que Maud y Geoffrey no nos visitaron como temíamos que lo harían, o podrían haberse enterado de nuestros preparativos.

Bradick Ronan se acarició la barba.

—Se dice desde Alensonne que tomaron el camino en dirección contraria cuando salieron de nuestro castillo.

Alex negó con la cabeza.

—Sospecho que los Plantagenet se mantuvieron alejados precisamente porque anticipaban nuestra defección. He enviado jinetes para informar oficialmente a Maud de mi decisión, dondequiera que haya ido, pero tienen espías en todas partes y probablemente ya estaban planeando un ataque.

—Discutiremos el tipo de acción que esperamos. Laurent, enviarás un ave a Gallien en Inglaterra. Esperemos que no lleguemos al punto en que necesitemos su ayuda, pero tiene la confianza de Esteban.

Puso una mano en el hombro de su hermano menor.

—Quiero que tomes un contingente de hombres y viajes a Westminster para ver al Rey Esteban como mi emisario. Él te conoce y confiará en nuestro cambio de lealtad.

Laurent frunció el ceño.

—No lo haré.

Alex se quedó desconcertado.

—Pero...

—Non, me malinterpretas. Iré con gusto como el emisario, pero solo con dos hombres que me acompañen.

—Eso es imposible. Estarías vulnerable.

Bradick Ronan se rio.

—Mi hijo y yo seremos los compañeros escogidos de Laurent. Tres hombres pueden viajar rápido. De otro modo...

Alex reconoció el obstinado levantamiento de la barbilla de su primo.

—Está bien.

Se volvió para dirigirse al grupo.

—La vigilancia es la clave, y debemos conocer nuestra estrategia y la de nuestro enemigo —declaró, sintiéndose mucho más confiado que cuando entró en la sala de mapas después del apresurado viaje desde la casa de su hermana—. Pero quiero escucharlos jurar ahora, por el Rey Esteban y Montbryce.

—¡Por el Rey Esteban y Montbryce! —gritaron al unísono, con los puños levantados al aire.

***

ELAYNE HIZO SEÑAS A SUS HIJOS para que se sentaran a su lado en la cama, aunque en ese último momento no estaba segura de cómo explicarles las nuevas realidades. Abrió los brazos para rodear sus hombros, deseando en vano que eso fuera todo lo necesario para protegerlos. ¿Cómo podían unos niños tan pequeños entender los peligrosos juegos que juegan los adultos?

Hasta ese momento, había logrado calmar sus miedos tratando a su situación como un juego, una farsa. Desempeñar el papel de nietos del Rey Dabíd no era difícil—eso era lo que eran. La ilegitimidad y sus implicaciones no significaban nada para ellos.

Miró a Faol, que estaba acostado a través del umbral de la puerta, roncando contento. El perro había logrado entrar en la habitación, pero había aceptado que se esperaba que permaneciera en la puerta. Se preguntó distraída cuánto tiempo tardaría en ver al animal dormir en la cama de los niños.

Bostezando, Claricia se recostó sobre ella.

—Estás triste, mamá.

Elayne le besó la cabeza.

—Una parte de mí está triste, pero otra parte está feliz también.

La niña la miró.

—Lo entiendo. Parte de mí está triste porque no puedo estar más con Rosetta, pero parte de mí está feliz de que ella sea mi amiga.

Elayne tragó la bola que se le había formado en la garganta. Tal vez esto no fuera tan difícil después de todo.

—Quiero que me escuchen muy bien.

Se levantó, acercó a los niños para juntarlos, luego se arrodilló ante ellos, tomándoles las manos.

—El conde ha decidido cambiar su lealtad.

La confusión de Henry y Claricia era evidente. ¿Por qué no lograba ordenar sus pensamientos dispersos?

—Alexandre ha roto su juramento con Maud.

Henry frunció el ceño.

—¿Por qué?

Claricia extrajo su mano de la de su madre y puso ambas manos sobre sus caderas mientras miraba a su hermano.

—Porque está enfadado de que Maud nos haya encadenado —declaró, como si le estuviera hablando a un idiota.

Henry apretó la mandíbula.

—Pero eso no es razón para...

Mientras la pelea continuaba, Elayne luchaba por mantenerse tranquila.

—Escuchen. Alexandre cree que Esteban es una mejor persona para ser Rey de los Ingleses.

Henry asintió.

—Nunca conocí a Maud, pero no me gustó que nos encadenara, y ella pidió rehenes. Eso enfureció a abuelo.

Las comisuras de los labios de Claricia se cayeron.

—¿Qué hará ahora abuelo?

Elayne inhaló profundamente.

—No lo sé, pero no podemos preocuparnos por eso. Lo que sabemos es que Maud y Geoffrey pueden atacar el Castillo Montbryce.

—¿Porque estamos aquí? —preguntó Henry, con los ojos muy abiertos.

El labio de Claricia tembló.

—Tengo miedo, mamá. ¿Nos matará Maud si nos captura?

Elayne no podía mentir, pero sí podía hacer que sus hijos se sintieran más esperanzados. Subió de nuevo a la cama, reuniendo a sus hijos cerca de ella.

—Maud y Geoffrey querrán este castillo como venganza. Alexandre protegerá sus tierras a toda costa. Maud nunca lo tomará. Estamos a salvo aquí.

Mientras sus hijos, aterrados, se aferraban a ella, solo esperaba que estuviera en lo cierto.

Henry miró a su hermana.

—No te preocupes, Claricia, tenemos a Faol. Él nos protegerá.

***

ALEX RETRASÓ SU VISITA A LA CRIPTA bajo la capilla de Montbryce todo lo que pudo, pero finalmente sus pies lo llevaron allí.

Ante él se extendían las tumbas de sus abuelos. Ram y Mabelle de Montbryce habían vivido la mayor parte de sus vidas en Inglaterra, pero Normandía era su lugar de descanso final legítimo.

Más allá, estaban las tumbas de sus bisabuelos Bernard y Antoinette, y las de su tío Baudoin y su tía Carys.

Asintió reverentemente a todos esos ancestros mientras colocaba su antorcha en el soporte. Pero fue ante las tumbas de sus padres donde se arrodilló en súplica, con la cabeza baja.

—Estoy seguro de que aprueban mi decisión, Papá, Mamá.

No hubo ninguna señal externa, solo silencio bajo la luz titilante, pero la prueba de que Robert de Montbryce estaba en paz con la decisión de su hijo floreció como una rosa fragante en el corazón de Alex.

Siempre había compartido pensamientos personales con su madre; ella estaría contenta de que había conocido a una mujer que podía sanar su corazón congelado. Pero ahora se sentía en paz hablando abiertamente con su padre.

—Elayne me ha ayudado a entenderte mejor. Perdóname por los años perdidos.

Posó una mano sobre el sarcófago mientras se levantaba del suelo de piedra, sorprendido al sentir calor en la piedra caliza.

Casi al borde de las lágrimas, hizo la señal de la cruz sobre su cuerpo.

—Echo de menos tu buen consejo —dijo con voz rasposa—. Pero sé que ambos nos están vigilando.

Tomó la antorcha y subió lentamente las escaleras hacia la capilla.

DISCURSO

UNA SEMANA DESPUÉS, los siervos apostados como centinelas en los límites de los huertos de manzanas dieron la primera alarma tras divisar una gran fuerza de hombres montados y carros aproximándose a lo lejos. Esta advertencia temprana dio tiempo a los aldeanos, que estaban preparados para moverse en cualquier momento, para recoger sus pertenencias y meter a su ganado dentro de las robustas murallas de Montbryce.

—Todo ha salido según lo planeado, Bonhomme —declaró Alex desde lo alto de las murallas, mientras los primeros soldados del ejército no deseado aparecían en los límites del prado—. Menos de media hora.

Romain le dio unas palmaditas en la espalda a Bonhomme.

—¿Por qué no nos sorprende, si era tu plan?

Los hombres de armas de Montbryce, que estaban lo suficientemente cerca como para escuchar, expresaron su acuerdo sincero. Un susurro de aprobación recorrió el círculo de hombres armados reunidos en lo alto de las murallas a medida que se difundía la noticia.

El rostro del Mayordomo se sonrojó ligeramente.

—Se necesitó mucha práctica —fue lo único que dijo.

—Es por eso exactamente por lo que no hubo pánico —añadió Alex, agradecido una vez más por la eficiencia de Bonhomme.

—¿Cuántos? —preguntó Romain, mirando hacia fuera.

—Al menos doscientos —respondió Alex—, y más entrando por los huertos.

—Podemos suponer que es Geoffrey, entonces.

—Sí, aunque no lo veo. Supongo que planean montar un campamento en el borde exterior de los huertos de manzanas.

Los gritos y el sonido de mazos golpeando estacas en el suelo resonaron por el prado mientras los soldados enemigos en el campo lejano trabajaban para erigir tiendas y pabellones. Alex y Romain observaron durante más de una hora hasta que una espesa niebla se desplomó, oscureciendo su vista.

—Merde —exclamó Romain—. Va a ser imposible saber cuántos son.

Alex compartía la frustración de su hermano.

—Por el número de tiendas, parece que planea quedarse un buen tiempo. Podríamos atacar, pero no puedo mandar a los hombres a una trampa. Podría tener cientos más de los que hemos visto hasta ahora. Algunos informes dicen que él y Maud han levantado un ejército de miles, aunque otros lo niegan.

Bonhomme carraspeó.

—Mes seigneurs, tal vez deberíamos decir unas palabras de aliento.

Alex se giró para mirar hacia el patio de armas, donde una multitud de siervos, campesinos, sirvientes y soldados se había congregado, con la preocupación y la incertidumbre claramente visibles en sus rostros.

—Por supuesto. Gracias, Bonhomme.

Era importante disipar los temores de su gente, que podría enfrentarse a meses de encierro en el castillo mientras Geoffrey y Maud montaban un asedio. Aunque todos sabían el motivo de la presencia del ejército de Geoffrey, algunos podrían no aprobar sus acciones, y la disensión

eventualmente podría causar problemas de descontento.

—Aldeanos de Montbryce, aplaudo la valiente manera en que han llegado aquí, con su ganado.

Un cabrito baló. Risas contenidas surgieron entre la multitud.

—Elogio a los sirvientes de este castillo, hombres y mujeres, que han hecho espacio para quienes han sido desplazados. Puede que algunos de ustedes estén viviendo en lugares más estrechos, pero no estarán a la intemperie.

Murmullos de acuerdo.

—Su siempre fiel mayordomo se ha asegurado de que tengamos suficiente comida, madera y agua, y habrá lo necesario para resistir mucho tiempo si todos toman su parte justa.

Asentimientos, gruñidos, incluso algunas sonrisas ahora.

—Sin embargo, no anticipo que estaremos encerrados así por mucho tiempo. Son bien conscientes del ejército que tenemos en esta fortaleza. Montbryce está protegido por los soldados mejor entrenados y más valientes de toda Normandía.

Así había sido desde el terrible momento del secuestro de sus padres.

—El capitán Brodeur ha equipado una armería digna de un ejército real. Llegará el día en que Geoffrey de Anjou lamente profundamente haberse enfrentado a nosotros.

Se oyeron vítores.

—Nada bueno sale de Anjou —gritó alguien.

—¿En qué estaba pensando el rey Enrique, casando a su hija con un angevino? —exclamó otro.

Alex se alegró de la determinación que ahora veía en sus rostros, pero alzó la mano. La multitud calló.

—Es cierto que los normandos y los angevinos han sido enemigos durante mucho tiempo, y Geoffrey está sitiando este castillo por una sola razón: quiere gobernar Normandía, así como ansía gobernar Inglaterra.

—Pero creo que Esteban de Blois, nieto de nuestro gran Conquistador, es una mejor persona y un mejor rey, y protegeré este castillo y a quienes están dentro de él contra aquellos que desafíen su reinado. Váyanse ahora, y tengan confianza en estos soldados.

—Y en nuestro conde —declaró una voz.

—¡Viva el conde Alexandre! —gritaron muchos al dispersarse.

Romain le dio una palmada en la espalda mientras Alex exhalaba lentamente.

—Bien hecho, mon frère, el mejor discurso que has dado.

Alex rió.

—Es el único discurso que he dado.

***

ELAYNE, HENRY Y FAOL permanecían en las sombras dentro de las puertas del torreón, fuera de la vista pero no del alcance de la voz de Alexandre.

El orgullo hinchó su corazón. Henry se volvió hacia ella con una amplia sonrisa.

—No permitirá que tomen este castillo —declaró su hijo.

Faol ladró en señal de acuerdo.

Elayne tenía que creer que era verdad. Si caían en manos de Maud, serían descubiertos como impostores. El castillo de Alexandre era su santuario.

Respiró hondo, intentando calmar su corazón inquieto. Un pensamiento preocupante le asaltó: si Alexandre la tomaba como esposa, jamás se esperaría que los entregara a Maud, y tendría que aceptar eso. Estarían seguros para siempre.

¿Pero quería él casarse? ¿O se conformaría con tenerla como su amante ahora que sabía que era de noble cuna? Había una razón por la que nunca se había casado. Aunque la deseaba—de eso estaba segura—un noble normando no querría cargar con los hijos de otro hombre, aunque era evidente que cuidaba de Henry y Claricia.

Si mencionaba el tema, podría pensar que solo le preocupaba el futuro de sus hijos, lo cual era cierto, pero ¿cómo convencerlo de que lo amaba?

***

ALEX ESCUCHÓ EL LADRIDO DE FAOL. El perro no estaba lejos, lo que significaba que Henry estaba cerca, y probablemente también su madre. Su cuerpo se calentó ante la posibilidad de que Elayne lo hubiera escuchado dirigirse a la multitud.

No tenía dudas de que si Elayne ya fuera su condesa, habría estado allá arriba con él, alentando a su gente.

Fue como un rayo. ¿Qué estaba esperando? ¿Por qué no le había pedido que fuera su esposa? Era la forma más segura de asegurarse de que permaneciera fuera del alcance de Maud. Y además, era viuda, sus hijos estaban sin padre.

Vio a Elayne y Henry entrando al patio de armas. Henry saludó con la mano.

Dudó. Podría pensar que se lo estaba pidiendo solo para salvarla a ella y a los niños, o porque había rechazado ser su amante, cuando la verdad era que la deseaba a cada minuto de cada día.

¿Sentiría ella lo mismo?

Su cuerpo ardía por ella, pero también ansiaba la paz que le traía a su alma. Se veía a sí mismo bajo una luz completamente distinta cuando estaba con ella. Era el Alexandre en quien sus padres creían: Alejandro el Grande.

Jurando Lealtad

LA NIEBLA SE AFERRÓ AL PRADO durante una semana, amortiguando los sonidos y haciendo imposible determinar el número de tropas enemigas acampadas en las tierras de Montbryce.

El futuro parecía envuelto en incertidumbre, pero Alex tenía cada vez más claro que Elayne era su destino.

Pidió verla en su solar una tarde, decidido a salir de allí como un hombre comprometido. Mientras esperaba, recordó el día en que había planeado pedirle que fuera su amante. Aquello había sido una prueba de nervios. Esto era tortura. Si ella decía que no...

Pero ¿por qué lo haría?

Ella llamó suavemente a la puerta abierta, y él le indicó que pasara. Su sonrisa le calentó el corazón y endureció su cuerpo.

—¿Me mandó llamar, mi señor?

Él tomó su mano.

—Por favor, llámame Alex. No soy tu señor...

Ella lo miró de reojo, dándole esperanzas.

—... aunque me gustaría serlo.

Ella bajó la vista al suelo, dispersando sus incipientes esperanzas como gorriones asustados por un halcón.

Aún sosteniendo su mano, se sentó en su silla favorita y la atrajo a su regazo, acunándola contra su pecho. Besó su cuello. Era viuda, una mujer que había compartido lecho con un hombre y dado a luz a sus hijos. No tenía sentido fingir que era una virgen coqueta y él un joven inexperto. Movió sus caderas suavemente para que su excitación se presionara contra su trasero.

—No luches contra esto, Elayne. Puedes sentir lo que me haces. Estoy ardiendo por ti.

Ella se relajó un poco.

—Los hombres se excitan fácilmente con el cuerpo de una mujer. Entiendo eso. Para nosotras es diferente.

Le quedó más claro cómo había sido el matrimonio de ella, pero el aroma de su deseo llenaba sus fosas nasales. Ella lo deseaba. Trazó con la punta de un dedo el dorso de su mano.

—¿Es que no te atraigo?

Ella intentó levantarse de su regazo, pero él la sostuvo con firmeza.

—No seré como tu primer esposo, Elayne. Te amaré, te cuidaré y haré todo lo que esté en mi poder para hacerte feliz.

Ella lo miró fijamente.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

Él se echó a reír ante su torpeza.

—Sí, me adelanté. Planeaba darte un discurso elegante, pero estoy tan ansioso por hacerte mi esposa que se me escapó. —Acercó su rostro a su cálido cuello—. Por favor, di que sí.

—¿Pero qué pasará con Henry y Claricia?

—Los amaré como a mis propios hijos. Ya lo hago, lo sabes.

—¿Y qué dirá tu gente al casarte con una escocesa?

—Todos en Montbryce te aprecian a ti y a tus hijos. Reconocen a una buena comtesse cuando la ven. Han sido testigos de tu valentía.

Tomó su mano.

—¿Por qué dudas? Sabes que te amo. ¿Aceptarás ser mi esposa, sí o no?

***

EL INCONFUNDIBLE ANHELO MASCULINO bajo su trasero enviaba ríos de deseo fluyendo por su cuerpo. Casarse con un hombre al que amaba, un hombre al que deseaba. Era demasiado bueno para ser verdad. Trazo sus dedos por el dorso de su mano: fuerte, masculino, tan diferente de los suyos. Qué bien se sentiría tener esos dedos tocando lugares íntimos que jamás habían conocido la dulce caricia de un amante.

Pero la duda se insinuó en sus pensamientos.

—¿Me estás pidiendo matrimonio solo porque piensas que es la única manera de salvarnos de Maud?

—Sabes que no es cierto. Tú eres quien va a salvarme… de mí mismo. Te necesito.

—Pero Claricia y Henry nunca ocuparán su lugar legítimo...

Sus propias palabras vacías resonaron en su mente. Qué necio era pensar que el rey Dabíd alguna vez les daría a sus hijos el reconocimiento que merecían. En la corte escocesa siempre serían bastardos, objetos de burla y chismes. Alexandre les daría amor, un lugar de honor, aunque nunca serían sus herederos.

—Soy una tonta —murmuró.

Él la estrechó contra sí.

—¿Una tonta porque vas a decir que sí?

Aunque bromeaba con ella, percibió el matiz de duda en su voz.

Ella tomó su amado rostro entre las manos.

—Seré tu esposa, Alexandre de Montbryce, y eso me convierte en una mujer muy sabia.

Él exhaló un largo suspiro, sonrió y luego besó sus labios, apartándolos suavemente con la lengua. Sabía a vino dulce del almuerzo y su cálida piel olía limpia, reconfortante. Ella deslizó sus dedos por su sedoso cabello, sintiéndose invadida por una paz que no había sentido en años.

Él mordisqueó su labio inferior, sonriendo mientras ella lo tentaba con su lengua.

—Solo hay un problema —susurró.

Un escalofrío de aprensión recorrió su espalda.

—¿Problema?

—No podemos casarnos...

El miedo hizo que sus piernas se sintieran como plomo mientras intentaba levantarse de su regazo. Él la retuvo.

—Escucha. Pareces una gata enfadada. Déjame terminar. No podemos casarnos hasta que Laurent regrese.

Ella se desplomó contra él, lamentando de inmediato su malentendido.

—Claro, ambos hermanos deben estar aquí, y tus hermanas.

Él gimió.

—Pero podrían pasar meses antes de que podamos reunir a todos en Montbryce de forma segura.

Desear a Alexandre y no poder tenerlo sería intolerable, especialmente en un castillo abarrotado de gente y animales. Tal vez había una solución.

—En las Highlands escocesas tienen una antigua tradición de promesas de mano. La novia y el novio se comprometen ante el Señor como marido y mujer. Originalmente, esto le daba al hombre la oportunidad de determinar si la mujer era adecuada o no. Si, después de un año, no lo creía así, se le permitía terminar el contrato. Podríamos hacer una promesa de mano hasta que podamos casarnos.

Él sonrió, enviando diminutas criaturas aladas revoloteando en su vientre.

—Entonces, si nos comprometemos de esa forma, ¿serás mi esposa y podré hacerte mía?

Ella asintió, temerosa de que si hablaba, podría romper a llorar de felicidad.

Él se acarició la barbilla.

—Creo que mi madre me contó que ella y mi padre hicieron algo parecido poco después de conocerse.

La puso de pie mientras él se levantaba abruptamente y avanzó hacia la puerta con su mano firmemente asida.

—¿Adónde vamos?

—A la capilla.

* * *

DOS VELAS TEMBLOROSAS sobre el altar proyectaban su escasa luz. Alex y Elayne permanecían inmóviles en silencio durante varios minutos, con las cabezas inclinadas, arrodillados sobre los mullidos cojines rojos de los reclinatorios.

—Siento que estoy en medio de una experiencia mística —susurró él—. Soy consciente de la distancia que nos separa, pero nada de eso importa en este momento.

Aunque sus padres se habían jurado amor en una capilla muy diferente a aquella en la que ahora se arrodillaba, Alex sintió una profunda satisfacción al pensar que el pasado se repetía. Apretó la mano de Elayne.

—Mírame.

Un rayo de deseo lo atravesó cuando ella giró hacia él, sus ojos verdes llenos de amor y anhelo. Un tenue rastro de incienso le cosquilleó las fosas nasales. Él sonrió.

—Soy tuyo para siempre, Elayne. Nunca he sentido algo tan intenso como lo que siento por ti. Me entrego a ti.

—Por siempre, Alexandre, seré tuya para siempre. Te doy mi juramento —repitió ella con voz temblorosa.

Se miraron fijamente durante largos minutos. Él apretó su mano de nuevo.

—Es derecho de un hombre besar a su esposa —murmuró, sintiéndose de repente tímido e inseguro.

Se inclinó para besar sus labios, que se entreabrieron. Ella alzó la mano para tocar su rostro, y él colocó la suya sobre la de ella. Fue un momento de profunda satisfacción como nunca antes había conocido, mientras sus lenguas se entrelazaban.

Se separaron, y él la ayudó a levantarse del reclinatorio.

—Ven a mi alcoba —susurró con voz ronca, presionando su mano contra su erección—. Tengo un regalo de bodas para ti.

Agachó la cabeza y pasó su lengua sobre uno de los pezones que sobresalía contra la tela del bliaut, saboreando el agudo suspiro de ella mientras presionaba su cabeza contra su pecho.

Pero sus esperanzas se desvanecieron cuando ella se apartó, negando con la cabeza.

—No deseo nada más que apresurarme a tu alcoba, pero mis hijos se preocuparán si no los acompaño al comedor esta noche.

Contuvo el aliento hasta que ella agregó:

—Iré esta noche, cuando estén dormidos.

PASIÓN COMPARTIDA

EL CRIADO QUE HABÍA ENCENDIDO las docenas de velas extra de cera de abeja salió de la habitación de Alex con una expresión en su rostro que indicaba que pensaba que su amo había perdido la razón.

Alex nunca había prestado mucha atención a los muebles de su habitación, pero ahora examinó todo con cuidado. Había ordenado encender las velas para hacer que la habitación estuviera más iluminada. Un fuego intenso rugía en la chimenea. Después de una búsqueda intensiva, se había encontrado una botella de hidromiel en algún sótano oscuro y ahora estaba sobre una pequeña mesa junto a dos copas.

Era su noche de bodas, pero su esposa estaba negando las celebraciones tradicionales. Era su responsabilidad asegurarse de que no se sintiera la falta.

Debatió si quitarse la ropa, pero Elayne llegaría completamente vestida. Tendría la oportunidad de desvestirla -lentamente- y la idea de que ella se quitara su ropa era más que atractiva.

La ropa permanecería en su persona por el momento, aunque sus calzas se estaban volviendo cada vez más incómodas con la erección placentera que la anticipación había traído. Ya se había quitado su jubón en el Gran Salón durante la cena de la noche.

Se rio, recordando la confusión en el rostro de Romain por el comportamiento inusual, pero se había vuelto sofocantemente caliente esperando que la interminable comida terminara mientras veía a su esposa comer con los sirvientes.

Él y Elayne habían acordado no revelar su unión secreta hasta que se hicieran arreglos para una boda formal.

Se sentó a esperar a su esposa en su silla favorita junto al fuego, con su tobillo descansando sobre su rodilla en un esfuerzo por detener el temblor de su pierna. En su juventud, había imaginado que, si se casaba, su esposa sería una virgen. Lamentaba no ser el primer amante de Elayne y lo llenaba de ira que su esposo hubiera sido un bruto. Pero se alegraba de ser el que le mostraría los placeres que se encontraban en la cama matrimonial con un esposo que apreciaba a su esposa. Sentía una gran pasión en Elayne, una pasión que anhelaba liberar y satisfacer.

No esperó a que él respondiera después de tocar suavemente en la puerta. Para su desmayo, se había cubierto el cabello con el playd. Pero vino a él rápidamente, besándolo con un beso tímido en los labios.

—Pensé que disfrutarías quitándomelo —, susurró.

El roce de sus labios envió más sangre a su ingle. Sus palabras eran un bálsamo para su alma. Alargó la mano y suavemente deslizó la lana de su cabeza, revelando la belleza flameante de su cabello espeso. Presionó sus manos sobre sus hombros mientras recogía la tela y la levantaba de su cuerpo. Besó reverentemente antes de colocarla en la cama.

Ella fijó su mirada en su rostro mientras él pasaba sus dedos por sus trenzas.

—Me encanta tu cabello. He soñado con tocarlo de esta manera. Debes cortar un mechón o dos y los llevaré conmigo, junto a mi corazón, cuando estemos separados.

Ella alcanzó para tocar el cabello en su sien.

—Buena idea. Tomaré este pequeño rizo como recuerdo.

Puso sus brazos alrededor de su cintura, luego cubrió su trasero, acercándola a su erección.

—Mi necesidad de ti es grande, Elayne.

Sus caderas respondieron.

—Nunca supe qué era desear a un hombre hasta que te conocí, Alexandre —, jadeó.

Puso su dedo índice en sus labios.

—Eres mi esposa. Por favor, llámame Alex.

—Alex —, susurró. —Alex.

Su nombre en sus labios, susurrado con anhelo sensual, lo exaltó.

La separó de él y la llevó a la mesa con el hidromiel. Ella lo miró curiosamente mientras vertía un poco en cada copa, entregándole una a ella.

—Tenemos una tradición de que un hombre y su nueva esposa beban hidromiel en su noche de bodas. Se supone que debemos hacerlo después de meternos entre las sábanas, pero temo que no podré parar para beber hidromiel una vez que te tenga en la cama.

Elayne se rio.

—Tenemos la misma tradición en Escocia —, dijo, tomando un sorbo. —La hidromiel es bien conocida allí. Esto sabe muy bien.

El destello de travesura en sus ojos lo atrajo. Pasó su lengua ligeramente sobre sus labios húmedos, saboreando el vino de miel.

—Tú sabes muy bien —, canturreó. —Quiero lamer todo de ti.

Dejó su copa y se inclinó para levantar el dobladillo de su bliaut, recogiéndolo para facilitar el movimiento de la prenda sobre su cabeza y brazos extendidos.

Ella se paró ante él en su camisón de lino, sonrojándose como una doncella, con los brazos cruzados sobre sus senos.

—Ya no soy una joven doncella, Alex. He tenido hijos.

Tomó sus manos, separando sus brazos para revelar pezones que empujaban la delgada tela, pidiendo ser succionados.

—Eres más hermosa que cualquier mujer que haya conocido. No escondas tu cuerpo de mí. Quiero ver todo de ti. Quítate el camisón

***

LAS PALABRAS DE ALEX calentaron su cuerpo. Dugald nunca había pronunciado palabras de alabanza, solo había gruñido con lujuria mal disfrazada y un breve movimiento de cabeza cuando quería que se desnudara. Su torpe llenado de su cuerpo siempre la dejaba sintiéndose degradada, vacía, fría y a menudo magullada.

Incluso durante su difícil embarazo, la había tratado como una mercancía.

Alex sería diferente. Su toque prometía amor, calor, una pasión compartida.

Se levantó el camisón de su cuerpo, resistiendo la tentación de cubrir sus senos desnudos. Su sonrisa y la dilatación de sus fosas nasales mientras inhalaba profundamente le dijeron que le gustaba lo que veía. Cubrió un seno con su mano, alcanzando la copa con la otra. Tomó un sorbo de hidromiel, luego cubrió su otro seno.

Ella jadeó cuando pasó su lengua sobre un pezón, luego succionó con fuerza. Sensaciones indescriptiblemente deliciosas viajaron rápidamente a través de su cuerpo desde su pezón hasta la parte posterior de sus muslos y de allí a su lugar más íntimo, donde un pulso latía.

—Alex — murmuró.

Presionó sus senos juntos, luego miró hacia arriba y sonrió.

—Eres aún más hermosa de lo que imaginé.

Ella agarró su cuero cabelludo, con el deseo ondulando a través de su cuerpo mientras repetía su adoración tierna en el otro pezón.

Cuando pensó que podría volverse loca con el placer de ello, retiró su boca, luego enrolló ambos pezones al mismo tiempo entre su pulgar y dedo índice.

—Mmm, la hidromiel nunca supo tan bien — dijo rasposamente.

Una necesidad se estaba construyendo dentro de ella, una necesidad que no podía nombrar.

—Alex — gruñó.

—Pronto, mi amor, pronto — la tranquilizó mientras se quitaba la camisa, aunque no estaba segura de lo que significaba.

Al ver su pecho desnudo por primera vez le faltó el aliento. Era todo lo que una mujer podía desear. Bien musculado pero delgado, su cuello fuerte, pero no grueso, un torso que no se estremecería si lo golpearas con un palo de sopas mil veces. Y hermosos, pezones de cobre marrón que quería lamer.

Tenía el pelo oscuro y rizado en su pecho, lo que ella suponía que muchos hombres tenían, pero su suavidad la tomó por sorpresa cuando lo tocó.

—Quizás aquí es donde reclamaré mi rizo — susurró.

Murmuró un poco de sorpresa cuando se puso de rodillas, acariciando su nariz en sus labios, con sus manos en sus caderas.

—También tienes rizos en otros lugares. Hueles maravilloso.

Tan rápido como se arrodilló, se enderezó, y la reunió en sus fuertes brazos.

—Hora de acostarse, esposa.

Él echó sus ojos hambrientos sobre su cuerpo después de acostarla en la cama. Nunca se había sentido tan hermosa, tan amada. Ella pensó que el hambre no podía ser más insistente, pero entonces él le abrió los labios con sus pulgares y los chupó. Arqueó la espalda, clavando los talones en el colchón.

Ella gritó su nombre mientras la necesidad implacable se construía y se construía. Algo venía. No sabía qué hasta que él le metió un dedo. Una ola de euforia se extendió por su vientre, robándole el aliento a sus pulmones. Caía en cascada a través de su cuerpo como mil estrellas esparcidas por los cielos por una mano divina.

Alex movió suavemente su dedo dentro y fuera de su vaina palpitante, prolongando el éxtasis. Sintió sus músculos internos apretarse sobre él.

Pero algo faltaba. Su cuerpo ansiaba más.

—Te necesito dentro de mí — murmuró sin aliento.

* * *

ALEX TEMÍA QUE SU CORAZÓN PUDIERA ESTALLAR en su pecho mientras Elayne convulsionaba con el placer de lo que sospechaba que era la primera liberación que había experimentado. El exquisito sabor de ella casi había sido suficiente para hacer que abandonara su determinación de llevarla al éxtasis y simplemente hundiera su dolor en su interior. Pero ahora estaba contento. Quería golpearse el pecho con los puños.

Sin embargo, había necesidades más apremiantes, que se hicieron más insistentes cuando Elayne le ondeó sus pestañas perezosas y gruñó:

—Quiero verte.

Nunca se había sacado sus botas y calzas tan rápido en su vida. Respirando pesadamente, se arrodilló entre sus piernas abiertas, con su eje hinchado rebotando ante la vista de su lugar íntimo, cubierto de jugos, listo para él.

Sus ojos se abrieron y ella se sentó, alcanzándolo

—Eres magnífico — dijo ella. —Verdaderamente Alejandro el Grande.

Su arrogante polla se hizo cargo, ahora demasiado grande para sus calzones en más de una

forma. Aparentemente encontrando su abertura por sí misma, se sumergió en el dulce y húmedo calor de su paso. Esto era correcto. Era bueno. Había vuelto a casa.

Ella entrelazó sus piernas alrededor de él, metiendo sus pies debajo de sus pantorrillas.

—Ahora te tengo — declaró mientras empujó más y más profundo.

Ella estaba más apretada de lo que él esperaba, pero si dejaba que sus pensamientos se desviaran en esa dirección, se vendría demasiado rápido. Quería que las sensaciones increíbles continuaran.

La calidez de su sonrisa sensual llamó la atención de sus ocupados cojones, y el amor en sus ojos confirmó lo que ya sabía. Estaba más completo de lo que había estado nunca.

Su esencia se precipitó de su cuerpo a la suya mientras el intenso placer le corría por la espalda y explotaba en su cerebro.

Quizás había dicho algo. ¿O tal vez ella lo había hecho? No estaba seguro, pero saboreaba la certeza de que ella se había soltado otra vez con él. Se desplomó sobre ella, incapaz de reunir la fuerza para sostener su cuerpo saciado.

Ella giró sus dedos en su cabello. Cuando la cordura volvió, se dio cuenta de que estaba respirando pesadamente y le babeaba en el cuello. Levantó la cabeza, tratando de alejarse de ella.

—Soy demasiado pesado.

Ella lo sostuvo rápido.

—Me encanta la sensación de tu peso en mí.

Lentamente, su polla contenta se deslizó de su vaina. Él se enrolló sobre su lado, tirando de las sábanas sobre sus cuerpos cubiertos de sudor. La atrajo contra él para que estuvieran nariz con nariz, con su mano sobre su trasero.

—Nunca te dejaré ir, Elayne. Encajamos perfectamente.

Su rubor le encantó, pero lo que dijo después resucitó su anterior deseo de golpearse el pecho.

— Lo que hiciste, Alex, el maravilloso placer que me diste... nunca...

Le puso su dedo índice en los labios.

—Eres una mujer apasionada, Elayne. Todo lo que necesitabas era un hombre que te amara para hacer cantar tu cuerpo.

Con un suspiro satisfecho, se acostó en él, tarareando una nana.

Se durmieron a la deriva. Se preguntó si ella esperaba, como él, que hubieran hecho un niño esta noche.

Atrocidad

DOS DÍAS DESPUÉS, cuando los primeros rayos del amanecer empezaron a asomar en el cielo, Alex subió rápidamente por la escalera hasta las murallas, intercambiando saludos con sus soldados. Cada uno se inclinaba en señal de respeto.

—¿Algún cambio? —preguntó a Brodeur al ponerse junto a su capitán, mirando hacia los campamentos de Geoffrey de Anjou, donde se encontraban sus fuerzas sitiadoras en la distancia, en el borde de los huertos de manzanas.

—Nada. Ningún movimiento. Solo el humo de los fuegos de cocina subiendo lentamente hacia el cielo. Allí siguen, como lo han hecho durante una quincena.

—Está intentando ponernos nerviosos —respondió Alex, pero no añadió que el plan de Geoffrey podría estar surtiendo efecto.

El cotilleo diario entre los sirvientes se centraba cada vez más en cuándo Anjou atacaría. Se hacían apuestas. Surgían disputas. La tensión y la incertidumbre llenaban el aire, sumándose a la agitación de Alex.

Era un hombre recién casado que anhelaba compartir la noticia de su felicidad con sus hermanos. Quería más que unas pocas horas robadas en medio de la noche. Despertarse cada mañana sin Elayne entorpecía su satisfacción.

Le molestaba no ser libre de ir y venir por sus propias tierras. Incluso los antiguos huertos de los que Montbryce dependía para su famoso brandy de manzana estaban fuera de su alcance. La cosecha se perdería si los siervos no recogían las manzanas maduras pronto. No solo no habría brandy destilado, sino que la fruta era una fuente importante de alimento que podrían necesitar.

Anhelaba pasear por los árboles familiares con Elayne y sus hijos. Alcanzaría una manzana sonrosada, se la daría a ella, un símbolo de su corazón.

Podrían caminar hasta el lago donde sus abuelos se habían conocido. Apostaba a que a ella le encantaría la historia de su abuela recogiendo campanillas, aunque la historia de su abuelo encontrando a su futura esposa casi desnuda en la hierba tendría que esperar hasta estar fuera del alcance de oído de Henry y Claricia. Su cuerpo se calentó mientras imaginaba su reacción.

Tenía un vago recuerdo de su abuela, Mabelle, pero lamentaba no haber conocido al gran Ram de Montbryce.

—El frío del otoño ya está en el aire —declaró Brodeur, sacándolo de su ensoñación—. Debemos tener cuidado con el suministro de leña.

Alex asintió.

—Bonhomme lo tiene controlado. La gente está murmurando por algunas de las raciones, pero entienden por qué es necesario.

Brodeur apretó la empuñadura de su espada.

—Espero que eso se mantenga cuando el invierno apriete con sus frías manos sobre sus cuerpos y congele los dedos y los pies de sus hijos. Odio esta espera. Preferiría estar luchando.

Habían discutido lanzar un ataque contra los hombres de Anjou, pero la incertidumbre sobre el número del enemigo había llevado a la decisión de esperar. Podría haber más fuerzas suyas acampadas fuera de la vista. Geoffrey podía venir y salir a su antojo. Era poco probable que estuviera sentado en una de esas tiendas distantes, en medio del frío.

Romain subió saltando por la escalera.

—Bonjour, mon frère. Brodeur.

Alex agradecía al buen Señor cada día del estancamiento por la capacidad de su hermano para mantener su buen humor. Lamentaba haber ocultado su matrimonio al miembro más

cercano de su familia, y sospechaba que el perceptivo Romain sabía muy bien lo que estaba sucediendo. Parecía estar en todas partes donde surgían el malhumor, la incertidumbre y el miedo, repartiendo su risa y jovialidad, calmando los nervios desgarrados.

Organizaba juegos de soule en la muralla y los gritos de los niños felices rebotaban en los muros de piedra del castillo, sacando una sonrisa a muchas caras a pesar de la grave situación. Intentaba implementar nuevas reglas para evitar los improvisados corrales de animales llenos de ganado, pero los chicos parecían deleitarse más al sacar la pelota de debajo de los pies de los cerdos que chillaban, las gallinas que cacareaban y las cabras que balaban. Las mujeres campesinas se quejaban de lo imposible que era quitar la suciedad de los animales de la ropa cuando el agua estaba racionada.

Faol era generalmente considerado el mejor jugador de todos. Todos los chicos querían estar en su equipo, incluso cuando su pelaje gris y desaliñado estaba cubierto de estiércol.

—¿Cuánto tiempo seguirán sentados ahí? —preguntó Romain, con un tono inusual de preocupación.

—Solo Dieu y Geoffrey lo saben —respondió Alex, rodeando con un brazo el cuello de su hermano, disfrutando de la nueva familiaridad que compartían—. Vamos a desayunar.

* * *

ELAYNE HABÍA CEDIDO EVENTUALMENTE a la insistencia de Alexandre de que se sentara en la mesa principal con sus hijos, pero solo porque los sirvientes estaban incómodos una vez que les habían revelado su verdadera identidad.

Aún se sentía incómoda con la nueva ropa que las costureras habían creado en unos pocos días. Parecía inapropiado en un tiempo de escasez y restricción, pero Micheline, recién nombrada como su doncella, la tranquilizó.

—Perdóneme, milady, pero siempre supimos que esos adorables niños eran suyos, y cualquiera puede ver que usted y el conde se miran con cariño. Todos quisiéramos ver al conde felizmente casado...y siendo padre de los pequeños Henry y Claricia.

¿Había adivinado la criada la verdad? Sus hijos necesitaban un padre como Alexandre—valiente, honesto, noble. Y cuanto más tiempo pasaba en su abrazo, más lo deseaba con un anhelo que crecía en intensidad cada día.

Aún llevaba su playd, en parte por costumbre, en su mayoría para defenderse del frío, pero ahora lo colgaba sobre su hombro y lo cruzaba por su cuerpo, sujetado con el broche del clan Douenald que su padre le había dado en su boda, un broche que ya no estaba oculto en su baúl, sino que lo llevaba con orgullo. Esperaba algún día dárselo a su hija.

Se preocupaba por Claricia, que llevaba unos días decaída y había perdido su apetito habitual. Estaba tentando a la niña a comer pequeños trozos de jamón ahumado cuando Alexandre y Romain entraron al salón.

Nunca podía mirar al hombre que amaba sin sentir cómo el calor recorría su cuerpo.

Él se inclinó para darle un beso en la frente a Claricia.

—Tiene calor.

Elayne puso su mano donde él había posado sus labios.

—No estoy segura de qué le pasa.

—Quiero dormir, mamá—se quejó su hija, añadiendo a su preocupación.

—Solo come un poco más, por mí—le pidió.

Claricia cedió, masticando con dificultad los trozos, pero de repente agarró la mano de Elayne, se dio vuelta y vomitó. Faol se levantó rápidamente con inusual agilidad justo a tiempo para evitar que le salpicara.

La niña se desvaneció. Alexandre se movió rápidamente para atraparla antes de que cayera del banco. La levantó y la abrazó contra su pecho, aparentemente sin importarle su fina vestimenta. Los sirvientes se apresuraron, sus rostros preocupados tocando el corazón frenético de Elayne.

—¡Traigan al sanador! —gritó Alexandre mientras llevaba a Claricia fuera del salón.

Henry salió disparado de su sitio para seguirlos, con su rostro juvenil apretado por la consternación, pero Elayne tocó su hombro.

—Quédate aquí, Henry. No quiero que tú también te enfermes.

No le gustó la idea, pero Romain se acercó rápidamente para llevarlo a otra mesa mientras un sirviente limpiaba.

—Estará bien. Ve.

Con el estómago en un nudo, corrió fuera del salón, rezando para que el sanador tuviera una solución para la enfermedad de su hija.

***

POR OTRA SEMANA Alex recorrió el castillo, tranquilizando a los aldeanos cansados, animando a sus soldados, revisando las armas en la armería, las provisiones restantes, el suministro de agua. Henry era su sombra constante, caminando resueltamente a su lado, como un pequeño teniente acompañado por su perro, rechazando educadamente las sugerencias de jugar al soule con los demás niños. Alex se preguntaba si el muchacho sentía que él extrañaba a Elayne en su cama y quería compensarlo.

Sin embargo, el ejército de Geoffrey no hacía ningún movimiento.

Después de la cena, Alex se unió a Elayne en su vigilia al lado de Claricia, angustiado porque no sabía cómo consolarla mientras la enfermedad de la niña empeoraba. El sanador del castillo no tenía solución para la fiebre alta y los dolores de cabeza que aquejaban a la niña. Nada de lo que comiera o bebiera permanecía en su cuerpo. Estaba consumiéndose ante sus ojos.

Alex sentía que una parte de él moría; no podía imaginar lo que sentía la madre de la niña. Aun así, ella permanecía fuerte, negándose a admitir que su hija no se recuperaría.

Por lo general, permanecía al lado de Elayne hasta la medianoche, luego se retiraba a su propia habitación para ofrecer el consuelo que pudiera a Henry, que había sido trasladado allí para evitar el contagio. Micheline había preparado una habitación para el niño, pero Alex lo quería cerca, quería ser un padre para él.

Estaba a punto de regañar a Elayne, sabiendo que no serviría de nada, por permanecer despierta otra noche más, cuando un fuerte golpeteo los sobresaltó.

—Milord, milord. ¡Rápido! ¡Los huertos!

Bonhomme.

Abrió la puerta de golpe. La angustia en el rostro de su mayordomo era evidente.

—Los malditos han incendiado los huertos de manzanas—gruñó.

Alex pasó corriendo a su lado, casi chocando con Romain. Se unieron a un grupo de hombres armados que subían las escaleras hacia las murallas.

—Estén alerta—gritó Alex a los soldados—. Esto puede ser una táctica para distraernos.

Respirando con dificultad, se quedó junto a su hermano y miró hacia afuera. Romain maldijo en voz alta. El estómago de Alex dio un salto en su garganta. Acres de huertos, conocidos por generaciones por producir el mejor brandy de manzana de todo Calvados, estaban ardiendo, las llamas tocando el cielo nocturno.

El castillo estaba en una punta de tierra, rodeado por los huertos. El fuego corría rápidamente por los árboles hasta que Montbryce quedó rodeado por un círculo de fuego.

El espeso humo de madera se disipaba, gran parte de él hacia el castillo, aumentando el temor a un ataque. ¿Era esto parte del plan de Geoffrey u otro intento por desmoralizar a los habitantes de Montbryce?

A su alrededor, los hombres tosían, frotándose los ojos, pero permanecían en sus puestos, vigilantes.

El castillo estaba lo suficientemente alejado de las llamas como para no oír el fuego; el silencio extraño hacía que la escena horrorosa pareciera aún más irreal. Pero era una bendición. Un ejército no podría moverse sin hacer ruido.

De repente, hubo movimiento y gritos en el campamento angevino. Alex entrecerró los ojos hacia la oscuridad llena de humo, sin creer del todo lo que veía.

—Están desmantelando las tiendas.

Romain estalló en carcajadas, dándose una palmada en el muslo.

—Idiotas. Han calculado mal el viento, poniendo su propio campamento en riesgo por las llamas.

A pesar de su angustia, Alex sonrió. Tal vez Geoffrey de Anjou no era tan inteligente como pensaba. Pero los angevinos pagarían por esta atrocidad.

El Hombre Indicado

ELAYNE CAMINABA AL PIE DE LA CAMA de su hija, retorciéndose las manos. Seguramente Bonhomme se había equivocado sobre el fuego en los huertos, pero el aire estaba impregnado del penetrante olor a humo.

Miró a Claricia, que dormía ahora, aunque no tranquilamente. La única vela junto a la cama proyectaba un resplandor sombrío sobre el brillo de sudor en su piel. Su hija no podía morir. ¿Era esto un castigo por haber dormido con un hombre sin la bendición de un sacerdote? No había mejorado la salud de su hija, a pesar de las súplicas orantes de Elayne.

Se desplomó en una silla, mirando al oscuro y desolado hogar, tocando los bordes deshilachados de su playd. Ya no podía rezar más.

Sus pestañas se cerraron lentamente.

No estaba segura de cuánto tiempo había estado dormida cuando sintió que la levantaban. Abrió los ojos y vio el rostro borroso de Alex y supo con certeza que los huertos se habían perdido. Recostó su cabeza en su pecho. El olor a humo se pegaba a su ropa.

—Lo siento tanto, Alex. Tus hermosos árboles, el orgullo de tu familia.

Él aclaró su garganta.

—Podemos replantar. Mi tío y mis primos tienen un huerto exitoso en Domfort, plantado por mi gran tío Hugh hace muchos años. Nos ayudarán. Y algunos de los árboles pueden haber sobrevivido. Lo curioso es que casi pierden su propio campamento a causa del fuego.

Elayne quiso reír, pero se transformó en un sollozo sofocado.

Micheline asomó la cabeza por la puerta tras un suave toque. Alex la invitó a entrar.

—Micheline se quedará con Claricia. Te llevaré a mi cuarto.

Ella protestó con las pocas fuerzas que le quedaban, pero sabía en su corazón que él tenía razón.

—Debo quedarme con...

—Micheline vendrá si hay algún cambio. Ve a tu cama. Henry te necesita tanto como Claricia.

Él la llevó a su cuarto y la acostó en su cama junto a su hijo. Henry también olía a humo y sabía que debía haber estado en los muros de la fortaleza con Alexandre. Sus mejillas mostraban el rastro de lágrimas secas. Se dio la vuelta para acurrucarse a ella y se durmieron juntos.

Alex observaba a Elayne y su hijo dormir.

A pesar de la agitación que rugía en su vientre, su corazón se sentía extrañamente en paz. Esa mujer pertenecía a su cama. Ella y sus hijos habían tallado un lugar en su vida y él haría todo lo posible por protegerlos y mantenerlos a su lado.

Desprendió el broche que sujetaba su chal y lo retiró, cubriéndolos con las sábanas.

Envolvió el chal con patrones en sus hombros, inhalando el aroma inalcanzable de Elayne. No importaba que ella hubiera pasado semanas dentro, aún olía a aire fresco. Se quitó las botas con cuidado, colocó su daga, espada y vaina sobre la cómoda y se tumbó sobre la alfombra de piel de lobo frente al hogar frío.

No estaba seguro de cuánto tiempo había dormitado cuando un fuerte golpeteo lo despertó. Se apresuró a ponerse de pie, dirigiéndose hacia la puerta antes de que el ruido despertara a Elayne.

Probablemente Bonhomme no había dormido en días, pero estaba allí con las piernas firmemente plantadas y armado hasta los dientes, una vista inusual en sí misma.

—Un emisario se acerca, milord—susurró, frunciendo ligeramente el ceño.

Alex se dio cuenta de que él también debía dar una extraña imagen, envuelto en el playd de

Elayne. Lo dobló y lo puso junto al fuego, tomó sus armas y se unió a su mayordomo, agradecido de que Elayne aún durmiera.

—¿Has alertado a mi hermano?

—Sí, milord. Ya está en los muros de la fortaleza.

Rápidamente caminaron y pronto se unieron a un Romain de rostro sombrío. El humo aún flotaba en el aire, casi cubriendo las rayas rosas en el cielo del amanecer que prometían un clima ventoso más tarde ese día. No soplaba ni una pizca de viento para disipar el hedor de la madera quemada.

No lejos de la puerta, un jinete solitario se encontraba sobre su caballo, su cola se movía de un lado a otro en la poca luz. Era imposible ver el rostro sombreado del emisario que sujetaba las riendas de su caballo con fuerza. Un extraño temor se apoderó de su estómago al ver una prenda con patrones colgada del hombro ancho del hombre. Era aterradoramente familiar.

Con un gesto de Alex, Bonhomme lo saludó.

—¿Quién eres y qué deseas?

—Soy un emisario de Maud, la legítima Reina de los Ingleses. Vengo con términos de rendición.

Romain resopló.

—Arrogante. Cree que porque ha quemado nuestros árboles vamos a capitular.

Pero algo en las palabras del hombre captó la atención de Alex. No era normando, pero tampoco era angevino. Su acento apuntaba a una herencia celta. Por alguna razón, eso lo incomodó. Cubrió su boca con las manos y gritó su respuesta.

—No habrá rendición.

El emisario no movió un músculo. Quien fuera, tenía nervios de acero.

—Es costumbre al menos escuchar los términos de la rendición. Pido el favor de una audiencia.

¿Qué había que perder? Si enviaba al jinete de regreso sin oírlo, Geoffrey podría recompensar su fracaso con una decapitación. Asintió al centinela de la puerta. El portón rechinó, abriéndose lentamente, una pulgada por vez. El jinete esperó lo que pareció una interminable cantidad de tiempo, luego empujó a su caballo hacia adelante, entrando en el patio como si fuera un visitante bienvenido.

Alex y Romain bajaron rápidamente por la escalera. Los soldados de Montbryce se apresuraron a rodear al mensajero, pero él desmontó lentamente como si regresara de un paseo vespertino en el campo. Ajustó la prenda de patrón sobre su hombro y adoptó una postura firme, mirando a Alex. Ejecutó una reverencia ostentosa.

—Milord, Comte de Montbryce.

Alex había aprendido sobre los playds de lana de Elayne. Este era similar al de ella, pero muy usado y descolorido, con los bordes deshilachados. También estaba sujeto en el hombro con un gran broche. ¿Quién era este hombre bajo, seguro de sí mismo, con acento extranjero?

—Habla.

El extraño apartó su largo y enmarañado cabello de su rostro, y sacó un pergamino de su jubón.

—Milord.

Alex supuso que por el color de la piel del hombre había sido de un tono claro, pero ahora era marrón sucio y estaba veteado de gris. Momentáneamente se sorprendió cuando apareció una cicatriz lívida. Se extendía desde la esquina del ojo derecho del hombre hasta su mentón con

hoyuelo, señal de batalla y dolor. Aceptó el mensaje, pero se detuvo antes de abrirlo.

—Eres un celta.

El hombre soltó una risa.

—Soy un escocés, milord.

Pensó brevemente que a Elayne le podría gustar hablar con este compatriota, pero reprimió rápidamente la idea y desplegó el documento.

Examinó el pergamino.

—Según esto, ¿Maud solo quiere garantías de que los rehenes reales están a salvo?

El escocés tosió en su mano cerrada.

—La Reina Maud desea garantizar el bienestar de los nietos del Rey David de Escocia, ahora que has cambiado de lealtad. Ella sabe que soy el único hombre capaz de identificarlos y asegurarme de su continua buena salud, y me ha autorizado a partir con ellos, ya que ya no es necesario que permanezcan aquí. Una vez estén a salvo, retirará sus fuerzas.

¿El único hombre?

—¿Y si me niego?

El escocés lo miró con abierto desdén.

—Eso significaría que los está reteniendo como rehenes por su propia cuenta. El pueblo sería el siguiente en ser quemado.

La indignación rugió. ¿Quién era ese hombre para amenazarlo, y cómo podía estar familiarizado con los nietos de un rey? ¿Sabía acaso de inmediato que los rehenes en Montbryce no eran los legítimos nietos del rey David? ¿O era todo una artimaña? Solo había una forma de averiguarlo.

***

ELAYNE DESPERTÓ CON EL AROMA DE ALEX EN SUS FOSAS NASALES. Sus ojos se abrieron de golpe al ser tomada por el pánico. ¿Cómo había llegado a su cama?

Su corazón desbocado se calmó al escuchar los suaves ronquidos de Henry a su lado. Respiró profundamente y se giró de espaldas, estirándose y llevando las sábanas hasta su nariz.

Durante sus furtivos encuentros, apenas había tenido oportunidad de observar la cámara del Maestro. Era amplia y lujosamente decorada con ricos tapices, cálidas alfombras y pesados armarios con elaboradas tallas. Aunque un hombre la habitaba ahora, conservaba el toque de una mujer. ¿O quizás de más de una? ¿Habría bordado Dorianne, la madre de Alex, los estandartes que ondeaban en las vigas? ¿O tal vez su abuela, Mabelle? Anhelaba añadir sus propios detalles.

La cámara estaba cálida a pesar de no haber fuego en la chimenea. Los castillos normandos eran más cómodos que las torres escocesas. Qué maravilloso sería despertar en esa cámara cada mañana, junto a Alexandre. Una oleada de excitación le recorrió.

Miró de nuevo a Henry. El niño necesitaba un padre, y ¿quién mejor que Alex? Su hijo ya lo amaba, y si...

Se incorporó de golpe, luchando por salir de las sábanas, abrumada por la culpa. Demasiado ocupada con pensamientos lujuriosos, no había pensado en su hija, que yacía moribunda en la habitación contigua. Localizó su playd junto a la chimenea, lo recogió rápidamente y se dirigió a la puerta, inhalando el aroma reconfortante de Alex que permanecía en la lana, a pesar del leve olor a humo.

—Maman —murmuró Henry con voz ronca.

Regresó a la cama y abrazó a su hijo.

—Quédate aquí, Henry. Vuelve a dormir. Voy a ver a Claricia. Estoy segura de que estará mucho mejor esta mañana.

El niño intentó salir de la cama.

—Quiero ir también.

—No —insistió con más firmeza de la que había planeado—. Vendré por ti en un rato.

Le besó la frente mientras él se hundía nuevamente en el cabezal, y luego dejó la cámara.

Su ansioso corazón dio un vuelco al entrar en la habitación de Claricia. La niña estaba sentada en la cama, sorbiendo algo de una cuchara que Micheline sostenía para ella.

—¡Claricia! —exclamó, presa de un impulso por saltar sobre la cama y abrazar a su hija.

Micheline se apartó.

—Despertó hace una hora, pidió agua. Creo que lo peor ya pasó.

Elayne se debatía entre el impulso de abrazar a la doncella y un feroz deseo de reprenderla por no haberla avisado cuando Claricia despertó. Abrió la boca, pero lo único que salió fue un sollozo ahogado.

—Me duele la garganta, maman —se quejó Claricia.

Elayne tomó la barbilla de la niña con su mano, aliviada de que el fuego febril ya no quemara su cuerpo.

—Abre bien la boca. Déjame ver.

El fondo de la garganta de su hija estaba cubierto de pequeños puntos amarillos. El alivio la inundó. Había visto esto antes. Los niños rara vez morían de ello, aunque algunos, como Claricia, se enfermaban gravemente. Pero ahora la enfermedad había salido, y estaba segura de que en unos días todo estaría bien, si el humo y las cenizas en el aire no empeoraban el cuadro.

Claricia debió percibir su alivio.

—¿Pronto estaré mejor, maman?

Elayne sonrió, aliviada al escuchar a Alex entrar silenciosamente detrás de ella. Sabía que era él sin girarse. Pero entonces un olor acre y sucio de un hombre sin lavar asaltó sus sentidos.

Los ojos de Claricia se agrandaron.

—¡Dadaidh! —chilló, extendiendo los brazos.

Elayne sintió alegría en su corazón al saber que Claricia ya veía a Alex como su padre, pero entonces escuchó otra voz—una que le heló la sangre.

—Mo nighean.

Se volvió abruptamente.

Un hombre alto estaba de pie en el umbral.

Un hombre que había muerto hace más de un año en Northumbria.

La habitación se inclinó mientras Dugald Dunkeld avanzaba hacia su hija con un andar jactancioso y un rostro lleno de ira que ella conocía demasiado bien.

La mirada de desprecio e incredulidad de Alex le desgarró el corazón mientras sus piernas temblorosas fallaban, sus pulmones dejaban de funcionar y caía en la oscuridad.

Desconcertado

EL ESCOCÉS LEVANTÓ A CLARICIA DE LA CAMA. Ella rodeó su cuello con los brazos mientras él la abrazaba. Murmuraba palabras cariñosas en gaélico, pareciendo más un idiota balbuceante que un curtido guerrero.

Micheline se arrodilló junto a Elayne, dándole palmaditas en las mejillas e instándola frenéticamente a despertar.

Alex observó la escena, con el corazón destrozado. Ella había mentido.

Estaba de pie en una cámara de su propio castillo, pero sus piernas se sentían como si estuvieran al borde de un abismo sin fondo.

Una mano cálida tomó la suya, tirando de él lejos del precipicio. Bajó la mirada, aturdido. Henry estaba a su lado, observando los acontecimientos que se desarrollaban ante ellos. No hizo ningún movimiento hacia el hombre que evidentemente era su padre, aferrándose a la mano de Alex como si fuera un salvavidas, mientras que con la otra sujetaba el collar de Faol. Un gruñido bajo resonaba en la garganta del lebrel.

Alex se dio cuenta de que el escocés se les había acercado, llevando a Claricia en brazos.

—¿Qué hacen mis hijos aquí? —tronó.

Henry se encogió contra el muslo de Alex. El perro se colocó en posición para protegerlo.

Romain apareció de la nada para situarse hombro a hombro con Alex, con una mano en la empuñadura de su espada. ¿Había estado allí todo el tiempo, presenciándolo todo? Alex no lo sabía, pero agradecía la presencia de su hermano.

De algún modo encontró una voz que sonó razonablemente autoritaria.

—Su padre los envió. Fue él quien instigó el engaño.

Dunkeld parecía sorprendido.

—¿Sabe quién soy?

—Ahora sí —respondió Alex, esperando que sus palabras transmitieran el sarcasmo que bullía en su interior.

El escocés bajó la mirada y pareció notar a su hijo por primera vez.

—Henry —dijo sin calidez.

—Dadaidh —respondió el niño con frialdad.

—Papá ha vuelto de las Cruzadas —explicó Claricia a Alex, con los ojos abiertos de par en par por la emoción.

Esta niña, a quien amaba como si fuera suya, había regresado de las puertas de la muerte solo para ser reclamada por un hombre que se suponía muerto. Nunca sería suya para criarla.

Dunkeld frunció el ceño y luego soltó una carcajada ronca.

—Sí, se podría decir. Las Cruzadas.

Se alejó para volver a poner a Claricia en la cama.

Henry tiró de la mano de Alex.

—Nunca estuvo en las Cruzadas. Mamá nos dio esa excusa porque no sabía cómo decirnos que había muerto. El abuelo me contó la verdad.

Henry parecía haber asumido el papel del hombre maduro, dejando a Alex como el niño desconcertado.

—Pero no está muerto.

—No. No lo está.

La profunda tristeza en la voz del niño conmovió a Alex mientras lo veía caminar hacia su madre. Se arrodilló y puso su cabeza en el pecho de Elayne.

Romain empujó suavemente a Alex.

—Ve con ella.

Alex negó con la cabeza, incapaz de contener la amargura en su corazón.

—Me mintió. Me dijo que era viuda.

Su hermano lo empujó de nuevo.

—Oíste al niño. Su abuelo le dijo que su padre estaba muerto. Elayne no es una mentirosa.

Alex vaciló hasta que Dunkeld se acercó a Elayne. Henry se puso de pie, firmemente plantado, con una mirada desafiante en sus ojos jóvenes mientras se interponía entre su padre y su madre, con su perro a su lado.

Alex no podía soportar la idea de que este rufián tocara a Elayne. Tampoco podía permitir que el niño y su perro fueran sus únicos defensores. Caminó con decisión, recogió a Elayne en brazos y salió rápidamente de la habitación, con Henry y Faol protegiendo su retaguardia.

***

ELAYNE SE DESPERTÓ SOBRESALTADA.

Estaba acostada en una cama, la cama de Alex.

Tal vez todo había sido una horrible pesadilla.

Dugald estaba muerto, no había más que decir. Sus compañeros lo habían visto caer, herido de muerte.

Parpadeó, abriendo los ojos. Alex estaba junto a la cama, mirándola fijamente, dejando claro que la repentina aparición de Dugald no había sido un sueño.

—Maman, estás despierta.

Giró la cabeza dolorida lentamente, con la esperanza de que la pesada carga en su pecho no se le subiera a la garganta.

Henry subió a la cama para abrazarla.

—Papá está aquí.

El dolor en la voz de su hijo la sorprendió.

—Lo sé —susurró.

Volvió la mirada hacia Alex.

—Creí que estaba muerto —dijo, esperando que él pudiera ver la verdad en sus ojos.

—Ojalá estuviera muerto —soltó Henry.

Cerró los ojos. Tal vez su hijo había intuido la verdadera naturaleza de su padre, pero un niño nunca debería desear la muerte de su progenitor.

—No debes decir eso, Henry. Él es tu padre.

Henry se apartó de sus brazos y bajó de la cama. Miró a Alex, con el rostro lleno de lágrimas y enfado.

—Ojalá tú fueras mi papá. Tú nos amas.

Antes de que Alex pudiera responder, salió corriendo de la habitación. Faol lo siguió de un salto.

—Lo siento, mi señor —murmuró Elayne, mirando hacia arriba a través de la niebla de lágrimas.

Alex se inclinó abruptamente hacia ella, apoyando las manos en la cama.

—Me llamo Alex —le recordó lentamente, sus ojos azules como el hielo ardiendo de furia —. No tienes nada de lo que disculparte conmigo.

—Estás enojado.

—Oui. Pero no contigo. Estoy enojado porque el destino nos unió, y ahora parece empeñado en separarnos. Estoy enojado porque tuviste que pasar siquiera un día de tu vida con un bruto como Dugald Dunkeld, y estoy completamente desconcertado en cuanto a cómo un

hombre como él pudo engendrar a Henry y Claricia.

Tragó el nudo que parecía alojado en su garganta.

—Mi desconcierto viene del hecho de que está vivo. ¿Y cómo llegó a estar aquí, en Normandía?

—No lo sé, pero pienso averiguarlo. —Le tendió la mano—. ¿Tienes valor para enfrentarlo?

Ella aceptó su mano.

—Contigo a mi lado, sí.

* * *

ESPERARON.

Alex había enviado a un sirviente con un mensaje para que Romain escoltara al escocés hasta la Sala de Mapas, por las buenas o por las malas.

Elayne estaba inquieta.

—Me preocupa Henry.

Alex también estaba preocupado, pero deseaba mantener a Elayne lo más tranquila posible.

—Faol está con él, estará bien.

El escocés irrumpió por la puerta abierta, acompañado por Romain y dos soldados de Montbryce. Metió los pulgares en su cinturón de cuero.

— ¿Dónde está mi hijo?

Elayne arrugó la nariz.

Alex se preguntó nuevamente cómo había soportado ella años de vida con aquel bárbaro. La posibilidad real de que ahora tuviera que volver a esa misma vida de degradación lo corroía.

—Le recuerdo que es un huésped en este castillo. Yo haré las preguntas. No debe preocuparse por Henry. Está a salvo.

Agradeció que Romain entendiera el breve gesto con la cabeza que le dirigió. Su hermano se retiró rápidamente.

Alex señaló una silla a Dugald.

El escocés se acarició la barba.

—Me quedaré de pie.

Aunque su postura seguía siendo beligerante, Alex notó un matiz más suave en su voz.

—Como quiera. Me intriga cómo ha llegado usted a Normandía, cuando según todos los informes murió en Northumbria hace tiempo. —Señaló hacia Elayne.— A su esposa le dijeron que usted había muerto.

Ella lo miró con el ceño fruncido desde donde estaba, con una mano sobre la repisa de la chimenea, y Alex se sintió aliviado al no ver miedo en su mirada.

—Sí, bueno, como ve, no estoy muerto. Así que me llevaré a mi esposa y a mis hijos.

Elayne miró rápidamente a Alex, pero no mostró otra señal de reacción ante la amenaza.

Alex paseó durante largos momentos, con las manos detrás de la espalda, ensordecido por el latido que retumbaba en sus oídos, luchando por controlar su corazón desbocado.

—Ha estado aquí horas, y aún no se ha interesado por su esposa, y su hijo parece menos que encantado de verlo. Creo que le debe una explicación a su esposa.

Elayne levantó el mentón, pero mantuvo la vista fija en su marido. Alex admiró su valentía y determinación de no mostrar temor. Incluso en su propio castillo, rodeado de cientos de soldados leales a él, sentía un poco de intimidación por el corpulento escocés.

Dugald la miró y resopló.

—No le debo nada. Es sólo una mujer. Nunca fue gran cosa como esposa.

Alex deseó tener el aliento ardiente de un dragón para incinerar a ese montón de estiércol de hombre que había tenido la fortuna de llamarse esposo de Elayne, de acostarse con ella, de tocarla en los lugares más íntimos.

Un veneno le hirvió en las entrañas, como si una víbora le mordiera por dentro.

—Sin embargo, ofrecerá un relato de su resurrección o languidecerá en las mazmorras.

Sus propias palabras lo horrorizaron. Había jurado no encarcelar a nadie injustamente. ¿Estaba dejando que sus sentimientos por Elayne dictaran cómo tratar a este hombre?

Dugald lo miró con suspicacia, luego se echó a reír al dar un paso hacia Alex.

—La quiere para usted.

Los guardias de Montbryce desenvainaron sus espadas y lo empujaron hacia atrás.

Elayne había soltado la repisa de la chimenea, pero permanecía frente al hogar con las manos entrelazadas. No se inmutó cuando Dugald se acercó a ella.

—¿Ahora eres una adúltera? —la acusó, agitando el dedo hacia ella.

—Llévenselo —ordenó Alex a los guardias, incapaz de soportar un minuto más en la presencia de aquel hombre y temeroso de que Elayne estuviera a punto de quebrarse.

Dugald levantó las manos en señal de rendición.

—No hace falta eso —dijo—. Contaré la historia. ¿Por qué no? Es interesante, de valentía y audacia. Y me encanta hablar de mí mismo.

—Eso es cierto. Siempre has sido un fanfarrón.

La mirada sombría de Dugald se dirigió hacia Elayne. Alex sospechó que pensaba en formas de castigarla más tarde por el insolente comentario.

Sorprendentemente, el gigante moreno se desplomó en la silla que Alex había señalado antes.

—Escuché que los barones normandos son famosos por su hospitalidad, pero no me han ofrecido ni siquiera una jarra de cerveza.

Alex ignoró el insulto, pero hizo un gesto hacia uno de los guardias, que salió rápidamente. Fue a ponerse junto a Elayne, con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando que ella pudiera sentir su apoyo, aunque no pudiera tocarla.

—Es cierto que sufrí heridas terribles durante la incursión —comenzó Dugald, trazando su dedo índice por la cicatriz en su rostro—, heridas que habrían matado a un hombre inferior.

Elayne puso los ojos en blanco.

Dugald frunció el ceño, moviendo sus amplias caderas más atrás en la silla, frotándose las muñecas manchadas como si eso pudiera eliminar la mugre de los años.

—Algunos de mis compañeros murieron a manos de esos sucios Lowlanders. Todos los que sobrevivieron resultaron gravemente heridos.

—Tu padre te advirtió que no fueras.

Alex suspiró de nuevo cuando una doncella entró con jarras de cerveza, distrayendo a Dugald de la explosión de Elayne.

Él tomó una jarra, tragó varios sorbos largos, se limpió la boca con la manga, eructó y luego continuó.

—Malcolm Murtagh y otro hombre cuyo nombre olvido, más o menos me llevaron hasta Berwick, y luego los bastardos me dejaron morir.

Elayne soltó un suspiro.

—Fue Malcolm quien me dijo que habías muerto.

—Tal vez pensó que había muerto. El maldito estaba casi muerto también. Me sorprende escuchar que logró regresar.

Tomó otro buen sorbo.

Alex y Elayne se quedaron en silencio. Él podía sentir su agitación aunque estuvieran separados por pocos centímetros.

Dugald eructó ruidosamente, dándose un golpe en el pecho con el puño.

Elayne se inclinó ligeramente hacia Alex.

—Como ves, el eructo es una orgullosa tradición escocesa —susurró con los labios apretados.

La capacidad de ella para ver humor en una situación tan grave hacía que la pérdida inminente de él fuera aún más aguda.

—¿Qué estás susurrando ahí, muchacha?

Alex movió la mano.

—Sigue.

Polvo De Hada

—FUE EN VERDAD MI SUERTE que Malcolm me dejara al cuidado de una vieja que sabía un par de cosas sobre sanación. Sorprendente, porque le pagó para que me enterrara —dijo Dugald.

—Increíble —susurró Elayne entre dientes sin volverse a mirar a Alex.

Él gruñó en acuerdo.

Ella agradecía su cercanía, el calor que emanaba de él y que era lo único que mantenía su corazón de congelarse completamente.

Dugald extendió su jarra. La sirvienta se la rellenó. Bebió medio trago de un solo tirón y luego tiró un eructo.

—Esta narración me da mucha sed.

—Con un poco de suerte, beberá hasta morir —susurró Alex, entre dientes.

—No cuentes con ello —murmuró ella en respuesta. Dugald no aguanta bien el licor, pero puede beber mucho.

Dugald guiñó un ojo.

—Por los huesos de nuestra bendita Santa Margarita, la vieja tenía una nieta bellísima. Con solo ver a esa delicada criatura y el toque suave de su mano en mi frente ardiente, logré sanar.

El pie de Elayne empezó a golpear el suelo por sí solo. Conociendo a Dugald, eso no auguraba nada bueno para la vieja y su nieta.

—Sí. Me escondieron de mis enemigos. Me alimentaron. —Movió sus gruesas cejas, sonriendo ampliamente—. Hasta me bañaron.

—¿Él estuvo limpio una vez en su maldita vida? —susurró Alex, balanceándose sobre sus talones—. Difícil de creer.

Ella amaba eso de él, que podía encontrar humor hasta en la peor de las situaciones.

—Entonces, te cuidaron hasta que te recuperaste, pero no regresaste a casa —dijo Elayne con voz plana.

Dugald pareció avergonzado por primera vez.

—Sí, bueno, eh, hubo un pequeño malentendido.

Ella lo supo antes de que él lo explicara.

—Estaba mostrando mi agradecimiento a la joven muchacha de la mejor manera que puede un hombre, sobre todo si no tiene dinero para darle, cuando la vieja nos sorprendió en la granja porcina.

Ay, había violado a la chica en un corral de cerdos.

Los dedos de Alex tocaron los de ella sobre la repisa, si no, se habría lanzado a su marido y le habría sacado los ojos.

—Nada podía convencer a la anciana de que no tenía malas intenciones, así que ¿qué otra opción tenía sino robarle su burro y huir?

Ella dio un respiro, creyendo de repente los crueles rumores que había oído en ocasiones, que Dugald no podía ser el padre de sus hijos. Tal vez fuera un mito que los bebés se concebían en la cama matrimonial. Quizás algún hada bondadosa la había rociado con polvo de hadas para que pudiera tener dos niños perfectos.

Si cerraba los ojos y deseaba con todas sus fuerzas, ¿la misma hada la libraría de este hombre detestable?

—En otras palabras, ¿agradeciste a la vieja por salvarte la vida violando a su nieta y robándole su burro?

Dugald se encogió de hombros.

—Tuve que escapar, así que monté hacia el sur a buscar refugio con los buenos monjes de la Isla Santa.

Y con el destino, siendo lo que es, sin duda los hombres del Señor cobijaron a este violador y ladrón.

—Montaste hacia el sur, en lugar de hacerlo hacia el norte, a casa, hacia tu familia.

—Bueno, no podía viajar todo ese camino en un burro, y no lo creerías, pero los monjes saben mucho, a pesar de estar siempre encerrados en sus celdas y todo eso.

Alex tosió.

—Había rumores sobre un desacuerdo entre Esteban y la hija de Henry, Maud. Decían que, si Maud invadía Inglaterra, mi padre atacaría Northumbria nuevamente para distraer a Esteban. Le tiene gran respeto a Henry, mi padre. Yo no quería volver a casa para enfrentar la ira del viejo sólo para volver a Northumbria a luchar.

¿Cómo no había matado a este tonto antes?

—Decían que Maud estaba formando un ejército en Normandía para invadir Inglaterra, buscando mercenarios y pagando bien. Decidí ir a ofrecer mis servicios, y luego mi padre estaría orgulloso de mí cuando descubriera que ayudé a Maud a invadir Inglaterra.

—¿Cómo conseguiste un barco para ir a Normandía? —preguntó Alex, su voz cargada de suspicacia.

—Los monjes llevan su hidromiel para venderlo en el mercado de Beal. ¿Para qué necesitan dinero los monjes? Yo lo necesitaba más.

—¿Robaste a los monjes? —preguntó Elayne, incrédula.

—Tuve que comprar pasaje en un barco hacia Normandía. No fue barato, te lo puedo decir, pero valió la pena cuando encontré a Maud y a ese astuto marido suyo. Reconocieron al instante lo que tenían cuando les dije que era de la realeza escocesa.

Elayne estaba segura de que Dugald había cometido otros crímenes y ofensas durante su viaje por Normandía, pero se tapó los oídos, incapaz de escuchar otra palabra. El Dugald que había conocido antes ya era lo bastante malo. Este hombre era un mercenario en todos los sentidos de la palabra.

Alex dio un paso adelante.

—Maud y Geoffrey asumieron correctamente que podría identificar a los rehenes reales. Pero ahora que sabe que son sus hijos, ¿qué va a hacer al respecto?

AGONÍA

LOS OJOS DE DOUGAL SE MOVIERON rápidamente de Alex a Elayne y de vuelta a Alex.

—Es una suerte que Maud y Geoffrey no estén con el ejército que acampa afuera de sus puertas. Andan en una maldita misión para conseguir apoyo. Maud sabría en cuanto pusiera los ojos en Henry y Claricia que no son quienes se supone que deben ser. Ya empezaba a sospechar de todos modos.

Alex respiró con algo de alivio. Era poco probable que Geoffrey permitiera que un subordinado liderara un ataque contra un castillo como Montbryce, pero ¿qué tendría en mente el escocés?

El color se había ido del rostro de Elayne.

Dugald se levantó pesadamente.

—Es solo cuestión de tiempo antes de que descubra el subterfugio. ¿Qué estaba pensando mi padre?

—Estaba enojado porque Maud pidió rehenes, aparentemente no satisfecha con su juramento de apoyo —explicó Elayne con voz fatigada.

La desesperación en su voz golpeó a Alex en el estómago.

—Entonces, aquí está mi plan. Mi familia me acompañará hasta nuestro campamento. Todos me felicitarán por haber extraído a los rehenes a salvo, y en menos de un día. Cuando todos estén bien embriagados y vea que es el momento adecuado, los llevaré lejos.

—¿Cómo puedes estar seguro de que los mercenarios se emborracharán hasta quedar inconscientes?

—Porque tú proporcionarás la cerveza, y tal vez un barril o dos de tu famoso licor de manzana.

Alex se puso tenso. ¿Acaso no era suficiente que hubieran destruido los huertos? Pero vio la sabiduría del plan de Dugald.

—Muy bien. Bonhomme se encargará de eso. ¿A dónde los llevarás?

—A Caen.

Un ser alado con garras afiladas revoloteó dentro de Alex. Caen era donde habían encarcelado a su padre, donde él había nacido. Había jurado no poner un pie en esa ciudad.

—¿Caen? —exclamó.

—Sí —respondió Dugald como si hablara con un idiota—. La ciudad es leal a Esteban. No estarán a salvo en ningún lugar donde Maud pueda alcanzarlos. Tú te has declarado por Esteban. ¿Puedes mandar un mensaje a Caen? ¿Arreglar nuestro pasaje de regreso a Escocia?

Alex nunca volvería a ver a Elayne ni a sus hijos. La luz que había penetrado en la oscuridad de su existencia solitaria se apagaría.

¿Pero qué otra opción había? Tenía que dejarlos ir. Era el derecho de Dugald llevárselos.

—No iré con ustedes.

Todas las miradas se dirigieron hacia la puerta, donde Henry estaba de pie, mirando a su padre, con su perro a su lado.

Elayne soltó un suspiro.

Frunciendo el ceño, Dugald intentó acercarse a su hijo, pero Alex levantó una mano para

detenerlo. Se agachó frente al niño y le tomó la mano.

—Sé que quieres quedarte aquí, Henry —dijo, tragando con dificultad, con el corazón roto por la desesperación en los ojos del niño—. A mí también me gustaría. Pero no debe ser. Es tu deber acompañar a tu madre, protegerla a ella y a tu hermana. — Esperaba que el niño entendiera el mensaje oculto detrás de sus palabras.

Henry miró la mano de Alex.

—¿Puedo llevarme a Faol? —susurró.

Alex le acarició la cabeza al perro.

—Claro —respondió, enderezándose—. Ve con tu madre ahora. Claricia se siente mucho mejor y estará feliz de verte. Yo hablaré más con tu padre.

El niño tomó la mano de su madre y la llevó fuera de la Sala de Mapas. Ella caminaba como si hubiera caído bajo un hechizo maligno. Alex los vio irse, preguntándose cómo era posible que él siguiera en pie cuando Elayne se marchaba con su corazón.

***

PARA CUANDO LLEGÓ LA TARDE, todo estaba preparado. Elayne se sintió aliviada de que Alex no hubiera intentado verla a solas. Sería lo suficientemente difícil decir adiós en el patio de armas. Solo había empacado las pertenencias que habían traído con ellos, sin querer recordatorios de lo que podría haber sido.

Claricia había tenido una recuperación milagrosa y estaba ansiosa por acompañar a su Dadaidh. Iba sobre sus hombros mientras todos se reunían en el patio para comenzar el viaje.

Henry estaba gruñón.

Faol lucía tan triste como un galgo.

Elayne temía lo que les esperaría en el campamento de Anjou, no por ella misma, sino por sus hijos, aunque no dudaba de que Dugald los defendería hasta la muerte.

Se despidió de un Bonhomme de rostro impasible y de una Micheline llorosa. Romain solo asintió. Se había despedido antes, con los ojos llenos de lágrimas. Nunca lo había visto tan desconsolado.

—Alex te ama, lo sabes —le había susurrado—. Mi hermano...

—Yo también lo amo, pero no debe ser.

Alex entró en el patio justo cuando una nube oscura le robaba el calor del sol de la tarde. ¿Cómo separarse de este hombre vulnerable y cauteloso que había capturado su corazón y le permitió entrar en el suyo? Le cerró la garganta y temió que sus rodillas se doblaran.

Aunque Dugald era algo tonto, sospechaba que sabía de los sentimientos que Elayne y Alex compartían. No le daría la satisfacción de verla llorar. Luego se burlaría de ella con eso.

Alex extendió sus manos hacia Claricia. Ella se inclinó desde los hombros de su padre y cayó felizmente en sus brazos. Él la abrazó.

—Adiós, pequeña. Cuídate. Te extrañaré.

—Te quiero, Lix —murmuró, abrazando su cuello.

Elayne titubeó, deseando tener algo a lo que aferrarse.

Él se la devolvió a Dugald, su rostro no reflejaba ninguna emoción. Pero ella reconoció la firmeza en su mandíbula, su determinación de atravesar esta prueba.

Se inclinó para susurrar algo al oído de Henry. El niño asintió, luego arrojó sus brazos alrededor del cuello de Alex. Alex lo levantó y lo abrazó contra su pecho. Faol gimió. La agonía de Elayne amenazaba con asfixiarla.

Poco a poco, Alex despejó los brazos de Henry de su cuello y lo puso de nuevo sobre sus pies.

Dugald cogió las riendas de su caballo del joven mozo de cuadra y montó, poniendo a Claricia sobre su regazo. Extendió la mano a Henry.

—Móntate atrás de mí, muchacho.

Henry miró a Alex, asintió, luego aceptó la mano de su padre y fue subido al caballo.

—Despídete, mujer, y súbete al carro. El tiempo pasa —gruñó Dugald, poniendo en marcha su caballo. Montado con dos niños y un pequeño cofre de hierro atado al lado de su silla, parecía más un mercader errante que un príncipe de sangre real.

Ella miró el carro. No dejaría Montbryce, atestada entre barriles de cerveza y toneles de brandy.

—Caminaré.

Dugald puso los ojos en blanco.

Ella pasó la correa de su bolso de viaje sobre su hombro y cruzó su cuerpo, y de alguna manera logró dar un paso tras otro. Alex tomó su mano, como ella había esperado.

—Quiero besarte para despedirme, Elayne, como un hombre besa a la mujer que ama, pero sospecho que él te haría pagar por ello más tarde.

Besó sus nudillos, robándole el último respiro a sus pulmones agotados.

—No diré adiós, solo au revoir —dijo suavemente, con los ojos azules entrecerrados, la boca en una línea tensa. —Si alguna vez hay una forma de hacerte mía, la encontraré e iré por ti... y por tus hijos.

Ella asintió rígida, sabiendo lo que esa promesa había costado a este hombre que sospechaba nunca había mostrado su corazón a nadie.

Incapaz de hablar, presionó el amuleto que le había hecho en su cálida palma, aliviada cuando su mano se cerró sobre él.

Decidida a no mirar atrás, caminó fuera del castillo de Montbryce detrás del caballo de su marido. Faol trotaba a su lado. Alzó los ojos hacia los hombros rígidos de su hijo, luego más allá, hacia los restos ennegrecidos y retorcidos de los huertos de manzanas humeando. Iban directo al infierno.

Amuleto

TEMIENDO QUE SUS EMOCIONES se apoderaran de él si abría la mano, Alex apretó los dedos con fuerza alrededor del amuleto que Elayne le había dado. Se giró para pedirle a su hermano que subiera a los muros de la fortaleza, pero Romain ya estaba a medio camino de las escaleras. La noticia llegaría en cuanto los rehenes entraran en el campamento enemigo. Si observaba el triste desfile, podría sentirse tentado a lanzarse al suelo desde lo alto, intentando acabar con el dolor que atravesaba su corazón.

Había trabajo por hacer. Dugald podría haber mentido. Era capaz de cosas peores. No había garantía de que Geoffrey no estuviera en el campamento, preparado para atacar en cuanto los rehenes estuvieran asegurados.

Apretó los puños, casi esperando que el Angevino lanzara un ataque. Estaban listos, más que listos, y el recién llegado lamentaría el día en que se había metido con los Montbryce.

Su corazón roto lo empujaba hacia su habitación. Quería desplomarse sobre su cama, abrir su mano y llorar. Pero por allí lo esperaba la locura, y Elayne aún estaría fuera cuando él saliera.

En su lugar, convocó a Brodeur a la Sala de Mapas para repasar cada aspecto de sus defensas y capacidades. Antes de que llegara su Capitán, se apoyó en las piernas, sosteniéndose de la mesa del mapa con una mano, y abrió los dedos agarrotados.

La enormidad de su pérdida lo golpeó al ver el amuleto trenzado que reposaba como una cinta roja en su palma. Elayne había usado su propio cabello para dejarle un pedazo de sí misma. Cada extremo de la delicada trenza estaba sujeto con un pequeño lazo hecho de un hilo de cabello rojo. Apretando los dientes, lo metió en su gambesón, junto a su corazón que latía de manera errática.

Pensaba en su siguiente movimiento. Dugald había dejado escapar de su charlatana lengua que los números en el campamento enemigo no eran significativos, y que la mayoría eran mercenarios. Se había burlado de su ineptitud al casi destruir sus propias tiendas. Tal vez hubiera una posibilidad de atacar en vez de esperar a que Geoffrey actuara. Pero ¿cómo hacerlo sin poner en peligro las vidas de tres personas que él amaba?

***

ELAYNE TUVO QUE RECONOCER A REGAÑADIENTES que Dugald tenía algo de influencia en el campamento enemigo. De hecho, no parecía haber un líder aparente entre los soldados reunidos fuera del castillo de Montbryce. Su marido había dicho la verdad sobre la ausencia de Geoffrey. Desearía poder hacerle saber a Alex cuántos hombres había realmente en el asedio. Muchas de las tiendas parecían desocupadas.

Los soldados desaliñados estaban jubilosos por los nuevos suministros de cerveza, se abalanzaban sobre la carreta como abejas en una colmena. Estaban concentrados en su tarea y nadie discutió con Dugald cuando les informó que él vigilaría a los rehenes en su propia tienda, que resultó ser un amplio pabellón, aunque apestaba a humo.

—Estarán a salvo de los hombres aquí —les aseguró—. A veces se les ocurren ideas cuando han bebido demasiado.

El nudo en sus entrañas se apretó, pero reconoció que su escape dependía de que Dugald embriagara a sus camaradas, o los embriagara más de lo que ya parecían estar.

A ella y a los niños les dieron pan negro tosco, queso duro y manzanas verdes, aparentemente recogidas antes del incendio. Su garganta se cerró de rabia ante la crueldad de la pérdida de Alex.

—Duerme un poco ahora —ordenó Dugald después de que comieran, amontonados sobre el suelo de tierra apisonada.

—Aún no está oscuro —respondió Henry.

Dugald puso cara de disgusto a Elayne.

—El muchacho tiene tu lengua afilada. Con suerte, esta noche nos alejaremos mucho de aquí, así que duerme ahora.

—Me duele la garganta. Quiero una cama —se quejó Claricia, haciendo pucheros.

Dugald se agachó a su lado, moviendo el dedo.

—No te quejes, hija. Dormirás en el suelo y te gustará.

Ella se encogió contra Elayne, una lágrima recorriéndole la mejilla.

—Sí, papá —murmuró.

Se enderezó.

—Y nada de esa charla normanda. Habla como una escocesa —gritó en gaélico.

Elayne rodeó a ambos niños con los brazos, acercándolos a ella.

—No hace falta gritar. Están cansados y asustados.

Dugald resopló, pero los dejó tranquilos. Un alivio la invadió. Temía que insistiera en sus derechos conyugales.

Henry y Claricia se acurrucaron junto a ella, quedándose dormidos. Faol se estiró junto a Henry. Ella dormía de manera intermitente, perturbada por las voces ruidosas de los hombres cuyo alarde y bravata aumentaban conforme bebían más cerveza. Después de una hora, o quizás dos, las voces se fueron apagando y luego cesaron.

La oscuridad cayó. Ella esperó, tensando sus oídos en la oscuridad total para escuchar cualquier sonido. ¿Consideraría Dugald que ese era el momento adecuado para huir?

Después de lo que pareció una eternidad, entró en la tienda, llevando una antorcha. Faol se levantó rápidamente, gruñendo.

—Cállale la boca al perro —susurró con voz áspera, con la mano sobre el pomo de un cuchillo en una vaina de cuero que llevaba a su cintura—. Le cortaré la garganta si nos delata.

Elayne luchó por ponerse de pie con las piernas entumecidas. Apartó a Faol de su marido. Henry colocó la mano sobre la mandíbula del perro.

Claricia seguía durmiendo. Dugald la levantó.

—La llevaré en mi montura. Henry puede montar contigo.

—No tengo caballo —protestó ella.

Sonrió.

—Ahora lo tienes.

El prospecto de montar un caballo extraño en la oscuridad la llenaba de miedo.

—Pero no soy buena jinete.

Ya estaba a medio salir de la tienda.

—Entonces es hora de aprender.

No tuvo más remedio que tomar su bolsa y hacer que Henry y Faol la siguieran hacia la noche.

Para su alivio, no había nadie a la vista.

—¿No hay centinelas? —preguntó.

Él se rio.

—Sí. Caídos en sus puestos. Mañana habrá una cuenta que rendir.

Apagó la antorcha, sumiéndolos en la oscuridad, y montó con Claricia. Señaló con la mano que aún sostenía las riendas de otro caballo.

—Usa ese tocón de allá y no te demores. Henry, ayuda a tu madre.

Cerca, alguien vomitó. Se quedaron completamente quietos, hasta que Dugald les hizo

señas para que se apresuraran una vez que todo quedó en silencio. Para cuando ella y su hijo consiguieron subir al nervioso animal, su corazón latía demasiado rápido y estaba sudando y sin aliento, a pesar del frío en el aire. Dio gracias a los santos de que Faol se mantuviera en silencio durante el fiasco, como si supiera que su vida dependía de ello.

—Agárrate bien —susurró a Henry, montado detrás de ella—. No soy buena en esto.

Él estiró los brazos todo lo que pudo alrededor de su cintura.

—Confío en ti, Maman. Todo saldrá bien.

Deseaba tener la confianza de su hijo mientras se alejaban del campamento en dirección a Caen.

Júbilo

ALEX DABA VUELTAS en su habitación, burlado por la fragancia persistente de Elayne.

Resignado a una noche en vela, se levantó de la cama, se vistió rápidamente y se fue donde sus pies lo llevaran, subiendo hasta las murallas del castillo, haciendo una mueca ante la fina ceniza gris que parecía haberse asentado por todas partes, cubriendo el castillo.

Nubes pesadas ocultaban la media luna y apenas había una brisa que moviera el aire. Entrecerró los ojos, tratando de distinguir las tiendas enemigas. Le extrañaba que no hubiera movimiento en el campamento. Esperaba escuchar ruido de festejo.

Al principio pensó que el leve sonido a lo lejos era el croar de las ranas, pero luego decidió que era un chotacabras, lamentándose por la falta de ratones tras la desaparición de los huertos.

A medida que sus ojos se ajustaban a la oscuridad, escaneó los delgados hilos de humo que flotaban en el aire sobre el campamento.

Contó, luego volvió a contar.

Seis.

Llamó a un centinela desde su puesto cercano.

—¿Has estado vigilando desde el anochecer, Gaston?

—Sí, milord Conde.

—¿Ha estado tan tranquilo toda la noche?

—No, milord Conde. Antes hubo gritos y lo que a mí me pareció mucho ruido de bebida. Luego, todo se calmó.

Alex se frotó la barbilla. Quizás el plan de Dugald había funcionado.

—¿Y antes, cuando bebían, hubo más fogatas?

El centinela miró al horizonte durante un minuto o dos.

—No, milord. Igual que ahora.

—Dime, Gaston, cuando has estado en un campamento con otros soldados, ¿cuántos hombres suelen reunirse alrededor de una fogata?

Gaston se puso pensativo.

—Bueno, milord, en una noche fría como esta, diría seis, tal vez siete.

Alex miró al frente nuevamente, la emoción burbujeando en su pecho. Su sospecha anterior había sido correcta. Había cerca de cien tiendas, lo que uno podría suponer significaba alrededor de seiscientos hombres. Pero solo había seis fogatas. No tenía sentido.

Inhaló el aire fresco de la noche. Aún quedaba el problema de proteger a Elayne y a sus hijos si lanzaba un ataque. Tendría que hacerse sigilosamente, sin dejar tiempo para que los soldados enemigos atacaran a los rehenes.

Levantó el mentón y miró al cielo. ¿Se había levantado un poco el viento? Mientras observaba, las nubes se apartaron brevemente. La luz de la luna bañó el campamento enemigo y los huertos devastados al fondo. Era una visión espeluznante.

De repente, percibió el movimiento más que verlo.

—Allí —dijo a Gaston, señalando—. En el borde de los huertos. ¿Qué ves?

El centinela miró al frente. Las nubes volvieron a cubrir la luna.

Gaston se rascó la barba.

—No estoy seguro, milord. Tal vez un caballo o un lobo.

—Sea lo que sea, está siguiendo la línea de los huertos hacia el camino del norte. Mantén los ojos bien abiertos por si las nubes se despejan de nuevo.

Miraron en la oscuridad tanto tiempo que a Alex le empezaron a doler los ojos. Luego, la luna se asomó brevemente detrás de una nube. Golpeó a Gaston en la espalda mientras la alegría

llenaba su corazón.

—No es un lobo, amigo mío. Es Faol. Dugald los ha sacado.

Miró rápidamente hacia el campamento. No había gritos de alarma, ni persecución. Apretó los dientes mientras el alivio se transformaba en determinación. Ya no había necesidad de retrasar el ataque.

—Despierta a Brodeur —ordenó—. Dile que se reúna conmigo en la Sala de Mapas. Ya hemos esperado suficiente para echar a estos perros.

Gaston se apresuró a marcharse, silbando.

Alex miró nuevamente hacia la oscuridad que había tragado a los que amaba. Puso su mano sobre la trenza oculta.

—Au revoir —susurró al cielo nocturno—. Hasta que nos volvamos a encontrar.

***

ALEX PONÍA UNA MUECA MEDIO APÁTICA ante sus soldados eufóricos. Si su risa se hacía más fuerte, despertarían a los veintitantos borrachos que seguían roncando mientras los hombres de Montbryce habían desmontado la mayoría de las tiendas vacías del campamento enemigo.

Habían considerado aconsejable que Romain permaneciera al mando de los soldados que se habían quedado en el castillo. No tenía sentido que dos Montbryce arriesgaran sus vidas. Pero su hermano se irritaría cuando descubriera lo que se había perdido.

Entendía su regocijo, y apenas podía contener el impulso de reírse. Un hombre que se embarca en una acción militar nunca sabe si al final estará muerto o vivo. No se había perdido ni una sola vida en esta absurda incursión, ni de un lado ni del otro.

Justo antes del amanecer, se habían acercado sigilosamente al campamento enemigo, en guardia, con las armas listas, sin saber qué esperar. No solo no habían encontrado oposición, sino que había incluso menos hombres en el “ejército” sitiador de los que había imaginado.

Eso le molestaba. Geoffrey lo había dejado atrapado en su propio castillo con una colección de hombres desorganizados que habían demostrado ser unos idiotas con la casi destrucción de su bien planeada farsa.

Esto le hacía preguntarse cuánto apoyo real había reunido Geoffrey junto con Maud en sus frenéticos viajes a través de Normandía. Por lo que podía ver, no había un líder obvio entre los mercenarios dormidos.

De repente, un hombre se volteó sobre su espalda, doblando las rodillas. Se sentó rápidamente y cogió el casco a su lado. Al ponerse de pie torpemente, se puso el casco en la cabeza con un gruñido.

Se oyó una fuerte carcajada de las filas de Montbryce alineadas para observar.

El mercenario miró a su alrededor confundido, con los ojos entrecerrados. Su boca se abrió cuando vio a sus enemigos rodeándolo. Sacó su espada, pero esa acción lo desequilibró. Se tambaleó hacia un lado y cayó al suelo.

Risas a raudales siguieron, despertando a los otros mercenarios, la mayoría de los cuales ni siquiera pudo levantarse, aparentemente atónitos.

Brodeur rio junto a Alex.

—Con esta luz tenue, tal vez piensen que es el ejército del diablo el que los rodea.

Alex se giró hacia él.

—Confío en que puedes desarmar a esta gente y escoltarlos hasta las celdas.

Brodeur sonrió.

—Oui, milord. Organizaré un contingente para desmontar el resto de las tiendas. Creo que

Montbryce ha ganado un centenar de buenas tiendas de guerra y pabellones. Apuesto a que los angevinos no estarán felices.

Alex asintió hacia los prisioneros.

—¿Por qué no hacer que desmonten las tiendas? Parece lo justo.

La sonrisa de Brodeur se amplió.

—Tiene razón, como siempre, milord.

Alex caminó con determinación entre los montones de lona. Era un verdadero tesoro. Sería difícil encontrar un lugar de almacenamiento con todas las provisiones adicionales que Bonhomme había recogido, y cada tienda tendría que ser reabierta y dejada secar.

Mientras estos pensamientos daban vueltas en su cabeza, sus ojos permanecían fijos en la desolación más allá. Su paso se desaceleró cuando entró en el huerto arruinado, herido en el alma al ver los tocones ennegrecidos. La tierra, que antes era de un rico color marrón, ahora se reducía a un polvo gris y polvoriento. El silencio inquietante era ensordecedor. No se movía ninguna criatura en esta tierra desierta.

Generaciones de Montbryce habían paseado entre estos árboles, recogido las manzanas, escuchado el canto de los pájaros, observado cómo las hojas se volvían doradas y caían, luego saboreaban las fragantes flores de la primavera. De niño había corrido con sus hermanos y hermanas, levantando montones de hojas secas. Cerró los ojos, recordando el susurro de las hojas, la risa. ¿Había estado su padre con ellos?

La tarea por delante era desalentadora. Haría falta años para restaurar el huerto a su antigua gloria. Tendrían que hacerse otros cambios. Montbryce nunca había sido atacado antes; nadie se había atrevido a desafiar a una de las familias más poderosas de Normandía. Pero habían confiado en la posición elevada del castillo para disuadir a los posibles enemigos. Esto había dejado los huertos vulnerables. El perímetro defensivo de Montbryce tendría que ampliarse, construir un terraplén.

A pesar de los desafíos que enfrentaba, un peso se levantó de sus hombros. Estaba seguro de que podía manejar todo con éxito. Ser el conde era su destino.

Si tan solo tuviera a Elayne como su condesa. Con ella a su lado podría mover montañas.

LINCE

CADA PARTE DEL CUERPO DE ELAYNE DOLÍA. Finalmente consiguió controlar el caballo asustado, pero no antes de varias horas de viaje que sacudían los huesos sobre terreno irregular en la oscuridad. Henry no pronunció ni una palabra de queja y sospechaba que se había quedado dormido encorvado sobre su espalda. Ella presionó sus brazos contra los de él para asegurarse de que no se cayera. Apenas podía mover los hombros rígidos y sus manos estaban entumecidas por agarrar las riendas, con la mandíbula permanentemente apretada.

Era media mañana cuando Dugald ordenó detenerse en lo profundo de un bosque de coníferas.

—Acamparemos aquí y continuaremos hacia Caen al anochecer. Es demasiado peligroso viajar de día. Iré a buscar agua para los caballos. No saquen la carne de cerdo salada hasta que regrese. Puede que haya lobos en estos bosques.

Se bajó torpemente del caballo, pero sus pies no le respondieron y cayó. Henry saltó de la bestia como si no hubiera estado cabalgando durante horas en la oscuridad y la ayudó a levantarse.

Dugald llevó el baúl de hierro al centro del claro, luego ató los caballos a un árbol y amarró las riendas a una rama baja. Ella se sorprendió cuando desabrochó la vaina de su daga y se la entregó tras quitarse el gambesón acolchonado.

—Aquí tienes, por si acaso. Y tienes al perro.

Por primera vez en su vida casada, se sintió molesta al ver a Dugald alejarse, pavoneándose con una bolsa de agua colgada al hombro. A pesar del frío de la mañana, la empuñadura del arma se deslizó en su palma sudorosa mientras ella y sus hijos se acurrucaban bajo un árbol, lo más lejos posible del mal olor de los caballos. Claricia trazaba con la yema del dedo el patrón grabado en la funda de cuero.

Faol caminaba de un lado a otro, inusualmente alerta.

Los caballos se movían, olfateando el aire, moviendo las colas.

Los pájaros cantaban y trinaban, saludando el día. Ella apoyó la cabeza contra el árbol y cerró los ojos.

—Canta para nosotros, Maman —susurró Henry.

Ella apretó los dientes. Cantar para sus hijos le había salido naturalmente siempre que sus vidas se veían empañadas por la incertidumbre. Aclaró la garganta, esperando que su voz produjera sonidos que se asemejaran a la música.

Gu robh neart na cruinne leat, 'S neart na grèine.

—Que tengan la fuerza del universo, y la fuerza del sol, mis ángeles —cantó suavemente.

Henry sonrió, esforzándose por esconder su miedo.

—Es mi favorita.

Faol hizo una pausa para estudiarlos por un momento mientras ella cantaba, luego reanudó su marcha de un lado a otro, con las orejas alerta.

Claricia se acurrucó contra ella.

—Hasta los pájaros se detuvieron a escucharte, Maman.

Elayne sonrió, pero un frío miedo se le instaló en el estómago al darse cuenta de que los pájaros realmente habían dejado de cantar. Faol se quedó completamente quieto, con la cola

rígida, las orejas erguidas, mirando en la dirección en que se había ido Dugald.

Todo estaba extrañamente silencioso, salvo por el ruido de los cascos de los caballos, con los ojos desorbitados, mientras luchaban por soltarse.

Ni la más mínima brisa movía los árboles.

Un lamento estridente rompió el silencio. Los pelos de su nuca se erizaron. Ningún ser humano podría emitir tal ruido.

Luego se escucharon gruñidos, el ruido de un forcejeo, gritos de angustia... Dugald.

Claricia gritó.

Elayne tapó la boca de su hija mientras se apresuraban a ponerse de pie.

—Silencio.

Faol dio un paso adelante, con una pata levantada.

Los caballos se empujaban unos a otros, claramente aterrados.

Henry extendió una mano.

—Dame la daga, Maman.

Ella negó con la cabeza, pero él insistió, sus ojos jóvenes entrecerrados.

—Tú y Faol cuiden de Claricia. Yo estaré listo para el lobo.

El perro lobo la miró por un momento, como si entendiera. Temblorosa, le entregó la daga a su valiente hijo justo cuando el lamento cesó. Nadie respiró.

Los hombros de Henry se tensaron cuando el ruido comenzó de nuevo. Sacó la daga. El pensamiento ridículo cruzó por su mente de que los niños pequeños no deberían jugar con objetos afilados.

Frunció el ceño, intentando identificar los sonidos estridentes. Había escuchado algo similar antes.

—No creo que sea un lobo, Henry. Es más parecido a los gatos peleando en el castillo de Grandpapa, por la noche.

Él asintió, con el rostro pálido.

—Sí, pero esto suena más fuerte. Debe ser un gato grande.

La mente de Elayne giró a través de un montón de recuerdos sobre los cuentos que su padre le había contado de las criaturas del bosque en las colinas y valles de Escocia. ¿Qué tipo de gato...?

La imagen apareció ante sus ojos. Tenía diez años. Una gran criatura de pelaje marrón, con sus enormes patas atadas a los postes que los cazadores de su padre llevaban sobre los hombros, con la cabeza colgando hacia atrás. Nunca había visto bigotes tan largos y negros. Estaba muerta, pero sus orejas puntiagudas parecían estar escuchando aún.

Sus pulmones se detuvieron.

—Es un lince.

En ese momento, Dugald tambaleó entrando en el claro, su rostro desfigurado y ensangrentado, casi irreconocible. Un ojo colgaba de su cuenca. Extendió una mano destrozada hacia Henry.

—Dame la daga —gruñó.

Henry empujó el arma en la mano de su padre cuando una franja de marrón y gris saltó de los árboles, aterrizando sobre la espalda de su marido. Faol ladró furiosamente, mordiendo los flancos del gran gato. Dugald luchaba por desalojar a la criatura. Las enormes patas le sujetaban los hombros mientras él agitaba la daga, golpeando aire. Cayó de rodillas, soltando el arma. Miró hacia arriba, con una mano extendida hacia ella, con los labios moviéndose en silencio mientras el gato hundía sus colmillos en su cuello.

La certeza de que iban a morir la envolvía en su abrazo.

Con un grito desgarrador que desmentía su corta edad, Henry corrió hacia adelante.

—No —gritó ella, enterrando la cabeza de su hija en su pecho, pero sin poder apartar la mirada.

Henry tomó la daga y, sin vacilar, la clavó en el cuello del gato. El animal se sacudió y le lanzó un silbido, mostrando sus largos y ensangrentados colmillos.

Faol se lanzó sobre la espalda del lince y le mordió la cabeza.

Dugald cayó al suelo mientras el gato dirigía su furia contra Faol. Elayne no sabía de dónde había sacado su hijo la fuerza, pero él sacó la daga del cuerpo de la criatura furiosa y la clavó de nuevo. El lince le dio un zarpazo en el hombro, enviándolo hacia atrás, pero sangre brotó de la profunda herida en el cuello que claramente lo había debilitado.

Giró sobre sí mismo, catapultando al lebrel contra un árbol, pero el perro recuperó rápidamente el equilibrio. Los dos animales se enfrentaron, Faol gruñendo fuertemente, mostrando los dientes, el perro del infierno. El gato se puso de pie sobre sus poderosas patas traseras, siseando y escupiendo, con las patas delanteras levantadas como un siervo borracho buscando pelea.

Todavía sujetando a Claricia contra su cuerpo con un apretón mortal, los ojos de Elayne saltaron de Dugald, postrado en el suelo, a su hijo sujetándose el hombro ensangrentado, al valiente perro, al desesperado lince. Rezó para que el gato no tuviera una pareja cerca.

El hedor de la sangre llenó el aire. Henry seguía aferrado a la daga. ¿Tendría ella el coraje de lanzarse y atacar al lince?

Mientras dudaba, esforzándose por hacer mover sus piernas de madera, un silbido llamó su atención.

El lince chilló, saltó al aire y cayó muerto a sus pies, atravesado por una flecha.

***

UNA DOCENA DE HOMBRES armados con arcos, flechas y espadas salió del bosque, gritando en voz alta. Faol olfateó al gato muerto y luego se deslizaba hacia los árboles mientras los recién llegados se reunían alrededor del cadáver. Uno apoyó el pie sobre el hombro del animal y arrancó la flecha de su cuello, levantándola triunfante ante los vítores de los demás. La sangre fluía de la herida.

Elayne no sabía quiénes eran esos hombres, pero les debía la vida de sus hijos. Llevaban cascos y sayos con una divisa vagamente familiar. Soldados, no bandidos.

Corrió hacia Henry, aun aferrando a Claricia a su lado. Cayó de rodillas junto a su hijo y colocó a su hija en el suelo, pero la niña inmediatamente se arrastró hacia su padre.

Henry frunció el ceño de incomodidad, apretando los dientes. Para su alivio, los rasguños no eran profundos y no había perdido mucha sangre. Pero las heridas tendrían que ser limpiadas y vendadas.

—Tu jubón está arruinado, joven —bromeó ella, con la voz temblorosa.

Henry sonrió débilmente, mirando a su alrededor.

—¿Dónde está Faol?

—No lo sé, pero tú y ese valiente perro nos acaban de salvar la vida.

Satisfecha de que su hijo no estaba en peligro, miró a su marido. Varios hombres se habían reunido alrededor, mirando con asombro a la niña que lloraba.

Elayne se levantó y corrió hacia su hija, gimiendo al ver las heridas espantosas de Dugald. Se arrodilló junto a su marido y, con cuidado, levantó a Claricia en sus brazos.

—Dadaidh, dadaidh —sollozaba la niña en el pecho de Elayne, sin preocuparse por la

sangre que manchaba el frente de su vestido.

Los hombres voltearon a Dugald con cuidado. Si era posible, las terribles heridas en su rostro y cuello eran peores que su espalda destrozada y perforada. Elayne presionó suavemente la mano en la parte posterior de la cabeza de su hija para que no mirara hacia arriba y viera el rostro de su padre.

—Jésu —susurraron varios hombres, haciendo el signo de la cruz sobre sus cuerpos. Discutían sobre cuál podría ser el mejor curso de acción hasta que ella ya no lo pudo soportar más.

—¡Basta! Yo lo atenderé. Traigan agua.

Ellos se burlaron, pareciendo a punto de ignorarla, cuando un hombre alto con el cabello rojo salió del bosque. Todos se pusieron firmes inmediatamente, bajando la cabeza.

—Hagan lo que pide la demoiselle. Traigan agua para el infeliz. Envíen a busca al sanador del campamento. —Miró a Dugald. —Parbleu, es el Príncipe de los Escoceses. ¿Cómo ha llegado aquí?— Volvió a mirar a Elayne, clavando sus ojos penetrantes en ella. —¿Y quién eres tú?

Un pulso comenzó a latir, latir, latir en la base de su garganta al ver la ramita de brezo en el frente del sombrero que él llevaba. Era una planta que conocía bien de las colinas y valles de Escocia. Una sospecha sobre la identidad de este hombre se filtró en su corazón. Manteniendo los ojos en el suelo, como correspondía a una sirvienta, rezó para que los sollozos de Claricia no los delataran.

—Soy Elayne, niñera de Sus Altezas —dijo, señalando a Henry.

El hombre levantó las cejas y se acercó a Henry, que había logrado sentarse.

—¿Eres Henry, nieto del rey David de Escocia?

Henry miró a su madre y luego sacó el mentón, haciéndose el adolescente que se suponía debía ser.

—Lo soy.

El hombre se arrodilló de un solo gesto, quitándose el sombrero.

—Su Alteza, soy Geoffrey Plantagenet, conde de Anjou.

PIRA

LAS SIGUIENTES HORAS pasaron en un suspiro. Geoffrey insistió en llevar a Henry y Claricia de regreso a su campamento principal, que Elayne asumió no estaría lejos. Aunque había querido discutir, hacerlo despertaría sospechas, y su lugar estaba con su marido.

Si estaban tan cerca de Caen como Dugald había indicado, se preguntó qué hacía el angevino en las cercanías de la fortaleza de Esteban.

Pero no tuvo tiempo de darle muchas vueltas a la cuestión, ya que ella y el sanador del campamento angevino trabajaron para salvar la vida de su esposo. El hombre era un monje que no dudó en dejarle claro lo que pensaba sobre las mujeres, especialmente cuando ella se negó rotundamente a dejarlo cortar los dedos destrozados de Dugald.

Aunque él deliraba de dolor y comenzaba a sudar, el asentimiento de aprobación de Dugald y la expresión desesperada en su único ojo bueno le indicaron que aprobaba su decisión.

Él sabe que está muriendo.

Estaba agradecida por la ayuda del clérigo, sin embargo, cuando se trató de lidiar con el ojo destrozado. Él llamó a cuatro soldados fornidos que se habían quedado con ellos, y los hombres sujetaron a Dugald mientras el monje le metía el ojo de nuevo en su cuenca y le vendaron la cabeza con una venda de lino.

Los gritos de su esposo la perseguirían por el resto de su vida. Ella apretó su antebrazo velludo, con la esperanza de que él comprendiera su angustia por él.

—Parece que le importa mucho este hombre —observó el monje.

El pánico se apoderó de su pecho.

—Es difícil ver a un hombre orgulloso tan mutilado —murmuró.

Desprendió suavemente el broche del clan de su marido y aflojó su playd desgarrado. El monje se ocupó de cortar la ropa destrozada. Estaba segura de que no notó cómo ella deslizó el broche en el profundo bolsillo de su bliaut ensangrentado.

Dugald tembló mientras su cuerpo gigante quedaba expuesto al aire frío, aunque estaba empapado en sudor. Mientras limpiaba con una esponja las horribles heridas que no dejaban de sangrar, ofreció una oración silenciosa de agradecimiento de que sus hijos no estuvieran presenciando esa espantosa visión.

Miró hacia arriba y vio a los cuatro soldados arrastrando el cadáver del gato hacia el bosque.

—¿Qué harán con él? —le preguntó al monje.

Él se encogió de hombros, continuando con la venda de las manos de Dugald.

—Lo dejarán en el bosque. La naturaleza se encargará pronto de ello.

Ella se estremeció, mirando nuevamente a su esposo condenado. ¿Sería él también dejado en el bosque para que lo devoraran los animales y las alimañas? No había sido un buen esposo, pero era el padre de sus hijos y el hijo de un rey. Insistiría en que se le dieran los ritos correspondientes, y seguro el monje la apoyaría.

El clérigo le entregó una pomada.

—Úntela solo en los desgarros más profundos. No vale la pena desperdiciarla. No podemos hacer nada con las heridas punzantes en su cuello, excepto rellenarlas con compresas y esperar que dejen de sangrar.

Un frío terror la invadió. El monje también dudaba de que Dugald sobreviviera.

Sumergió los dedos en el frasco de ungüento, sin estar segura de su aroma, pero sus propiedades refrescantes parecían aliviar el dolor momentáneamente mientras deslizaba cuidadosamente los dedos sobre su cuerpo.

Era un hombre bien hecho, pero nunca se había sentido atraída por él, nunca había experimentado la misma oleada de deseo que sentía cuando estaba con Alex.

La culpa se arrastró por su espalda. Solo una prostituta permitiría que sus pensamientos errantes vagaran hacia otro hombre mientras atendía a su marido moribundo.

Pero el Comte de Montbryce era un normando honorable que había estado dispuesto a darle cada parte de sí mismo.

Si Dugald muriera...

Su garganta se cerró y las lágrimas inundaron sus ojos. Extendió la mano para acariciar el cabello enmarañado y ensangrentado de su marido, horrorizada por las profundas heridas en su cuello que seguían desbordando sangre. Lo poco de comida que tenía en el estómago amenazaba con subirle por la garganta. Se inclinó y le dio un suave beso en la mejilla marcada de su esposo.

Él abrió el buen ojo y habló con los labios secos.

—¿Puedes imaginarlo? —roncó—. Yo, un guerrero, vencido por una maldita gata. Me pilló por sorpresa en el río.

Un espasmo de tos lo sacudió. Apretó los dientes mientras una risa ahogada salía de su garganta.

—Si hubiera tenido mi daga...

Su ojo se cerró y respiró por última vez.

Si ella esperaba palabras de arrepentimiento por los años de indiferencia y brutalidad, por sus hijos perdiendo a su padre... —dos veces— no las recibiría ahora.

Dugald no volvería a levantarse de entre los muertos.

***

EN EL EVENTO, no hubo discusión sobre el funeral. Mientras se desenrollaban los vendajes ensangrentados de las manos de Dugald, el monje ordenó rápidamente a los soldados que construyeran una pira. Su vientre se retorció, pero era lo que la sangre vikinga de Dugald hubiera querido.

Se le ocurrió que su playd destrozado aún yacía a sus pies.

Ignorando el sonido de las hachas cortando ramas de los árboles, lo recogió, sumergió la mano en el agua del río con la que lo habían limpiado y frotó. Tenía poco tiempo para dejar el playd lo más limpio posible. Era todo lo que tenía para ofrecérselo como mortaja, y ningún escocés quería encontrarse con su Creador sin su playd.

Satisfecha de que había hecho todo lo posible, se limpió las manos ensangrentadas en su propio playd y se acercó a la pira.

Habían colocado el cuerpo de Dugald sobre una gran pila de ramas resistentes, debajo de la cual había una gruesa capa de leña. El monje recitaba algo en latín, con los brazos levantados como si fuera una súplica, mientras los bordes de los vendajes ensangrentados asomaban del profundo bolsillo de su túnica. Los soldados estaban listos con racimos humeantes de ramas.

—Esperen —gritó.

El monje giró los ojos con desdén hacia ella, pero ella lo ignoró y se inclinó para cubrir el cuerpo de su esposo con el playd. Para su sorpresa, uno de los soldados le pasó la antorcha a su compañero, se inclinó hacia adelante y la ayudó a meter la lana alrededor de Dugald. Le puso la mano brevemente en el pecho, dijo un adiós silencioso y luego se echó atrás.

—¿Podemos proceder ahora? —preguntó el monje con arrogancia, claramente despreciando sus acciones como una costumbre pagana escocesa.

—Sí —asintió.

Mientras las llamas de las antorchas devoraban la leña, comenzó su lamento en gaélico, fijando la mirada en la luna aguada apenas visible mientras las sombras se alargaban, incapaz de mirar cómo el fuego chisporroteante comenzaba a apoderarse de su esposo, mientras el humo llevaba su alma hacia el cielo.

Oh, pálida órbita que brillas en silencio
Mientras los mortales, libres de preocupaciones, duermen.
Tú ves a un desdichado que se consume en su interior,
Y vaga aquí para lamentarse y llorar.
Con dolor, en vigilia permanezco,
Bajo tu pálido y no calefactor rayo;
Y lamento, en profunda lamentación,
Cómo la vida y el amor son solo un sueño.

El olor a carne quemada llenó el aire, haciéndola sentirse asqueada. Nunca se había sentido tan completamente sola. Aunque no había amado a Dugald, lo lloraría, esperando fervientemente que el amor no fuera solo un sueño.

Las llamas ardieron intensamente durante un rato, luego disminuyeron. Los hombres parecían listos para irse.

—Apresúrese, tenemos tiempo de regresar al campamento antes de que oscurezca por completo —la instó el monje—. El fuego se apagará solo.

¿Eso es todo lo que hay en la vida de un hombre—y en su muerte?

Un destello de movimiento entre los árboles llamó su atención, el último parpadeo de las llamas brillando en los ojos de alguna criatura. Se estremeció, temiendo que otro lince se escondiera en las sombras.

El animal se acercó, todavía apenas visible.

—Faol —susurró.

—¿Qué? —dijo el monje.

Aclaró su garganta ruidosamente.

—Nada, solo el humo que me hace toser.

El perro inclinó su cabeza hacia un lado. Había supuesto que el lebrel había seguido a Henry, pero allí estaba.

—Debo atender una llamada de la naturaleza antes de que nos vayamos —dijo, acercándose al perro.

El monje se encogió de hombros y siguió reuniendo sus suministros.

En las sombras, ella maniobró para poner el broche de Dugald en el collar de Faol. El gato había arañado al animal, pero no había señales de sangrado. Esperaba que él estuviera a la altura de la tarea que estaba a punto de confiarle.

—Alexandre —susurró en el oído del perro—. Encuentra a Alexandre.

El lebrel olfateó el aire y saltó hacia la oscuridad.

A CAEN

—DEBES IR A CAEN —insistió Romain.

Alex cambió de postura en su silla favorita junto al fuego en su solar, sin sentir el calor de las intensas llamas. La idea de viajar a Caen le helaba hasta los huesos.

—¿Con qué propósito? —preguntó, sonando incluso petulante para su propio gusto. El mensaje de Gallien había dejado claro por qué debía ir al pueblo al que había jurado nunca entrar.

Romain se levantó para enfrentarse a él.

—Laurent y Gallien están de camino a Caen con el rey Esteban. Es nuestro deber estar allí para rendir homenaje personalmente. También enviará un mensaje claro a otros barones normandos que puedan estar dudando.

—Defraudarás a nuestro primo y a nuestro hermano si te niegas, y Esteban dudará de tu lealtad.

Alex cogió la barra del fuego, inclinándose para mover las llamas.

—¿Qué le pasa a esta chimenea? No está tirando bien.

Romain lo miró como si hubiera perdido la razón, mientras las llamas rugían hacia la chimenea. Le quitó la barra de las manos.

—Escucha. ¿Por qué discutimos? Irás a Caen, aunque quieras evitar ver a Elayne.

Alex se irritó, molesto porque podía haber algo de verdad en lo que su hermano había dicho, más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Hay más que eso.

Romain metió la barra en su lugar.

—Pero naciste allí.

—Exactamente.

Cualquier respuesta de Romain quedó cortada con la aparición repentina de Fernand Bonhomme, el hijo del mayordomo, que irrumpió jadeando.

—Mis señores, perdonadme —señaló el pasillo—. El perro.

El corazón de Alex dejó de latir por un momento mientras saltaba de un brinco de pie.

—¿Faol?

Estaba en el pasillo corriendo hacia el patio antes de que Fernand pudiera contestar. Bonhomme se arrodilló junto al perro lobo. El animal yacía de lado, con la lengua afuera, jadeando pesadamente.

—Casi se mata corriendo, milord —dijo Bonhomme, acariciando el pelaje del perro—. Y ha estado en una pelea con un animal, un gato diría yo.

Alex no podía imaginar ningún gato que pudiera derrotar a Faol, hasta que vio los arañazos en su piel. Los tocó con delicadeza.

—Un gato salvaje, creo.

Bonhomme le tendió un broche.

—Esto estaba sujeto a su collar.

La sangre se le subió a la cabeza a Alex, luego descendió rápidamente. ¿Era el broche de Elayne? Lo cogió, aliviado al reconocerlo como el de Dugald. Pero luego le dio el verdadero significado.

—Algo les ha ocurrido —susurró a su hermano, ahora respirando agitado a su lado—. El escocés nunca habría dejado esto voluntariamente. Elayne envió al perro. Necesita nuestra ayuda.

Romain asintió, acariciando la cabeza del perro lobo.

—Buen chico, Faol.

Alex se giró hacia Bonhomme, pero el mayordomo levantó la mano.

—Lo sé, milord, prepárese para su partida hacia Caen.

Sacudió la cabeza.

—Partida, oui, pero dudo que llegaran a Caen.

***

ELAYNE SE SINTIÓ ALIVIADA DE PODER UNIRSE A Henry y Claricia en la tienda que les habían asignado, pero se desconcertó al ver la gran cantidad de tiendas y pabellones que se extendían hasta donde la vista alcanzaba, con soldados por todas partes. ¿Por qué Geoffrey estaba reuniendo un ejército allí?

Claricia corrió a abrazarla cuando entró. Se arrodilló para abrazar a Henry, notando con alivio que sus rasguños habían sido limpiados y curados.

—Fuiste muy valiente, hijo mío. Un verdadero guerrero —susurró.

El rostro de él se sonrojó al sonreír.

Les recordó en gaélico.

—Ahora, más que nunca, debemos tener cuidado.

Henry asintió.

—Geoffrey cree que soy mi primo. Ha estado presumiendo de mi valentía y destreza. Aproveché la ocasión e insistí en que nuestra niñera nos sirviera en nuestra tienda. Ahora, si mi hermana dejara de lamentarse por su dadaidh…

Su hijo parecía haber madurado años en unas pocas horas. Incluso parecía más alto. Llevaba el cuchillo de su padre sujeto a la vaina en la cintura. El extremo del cinturón había sido cortado. El enorme cuchillo se veía desproporcionado en un niño pequeño, pero Henry lo acarició orgulloso. Se había ganado el derecho de llevarlo.

—Tu dadaidh no sobrevivió a sus heridas —susurró.

Para su alivio, ambos niños solo asintieron. Probablemente esperaban la noticia.

—Ya me había acostumbrado a la idea de que él estaba muerto antes —dijo Henry—. El abuelo me lo dijo.

Así que hasta ahí llegó la falsedad sobre las Cruzadas.

Henry se iluminó.

—Les dije que trajeran comida y ropa también para ti.

Aunque no había comido todo el día, Elayne dudaba de que pudiera digerir algo, ¿y dónde encontrarían ropa de mujer?

—Gracias, Henry. Eso fue muy atento.

Un soldado entró llevando pan negro, un trozo de queso amarillo y una jarra de cerveza.

—Nada elegante —dijo tímidamente.

Elayne lo reconoció como el hombre que la había ayudado a colocar el playd sobre Dugald. Tomó la comida y la bebida de sus manos.

—Gracias —dijo, esperando que él lo entendiera. Él asintió, se inclinó ante Henry y llamó a alguien que estaba de pie en el umbral.

Una mujer sombría con el cabello largo y negro, que parecía no haberse lavado en meses, entró en la tienda, llevando un paquete de ropa. Elayne no pudo evitar mostrar su sorpresa.

—Supongo que se pregunta quién soy —dijo la mujer.

Su manera de hablar indicaba que no era normanda. Dejó caer la ropa en un montón.

—Bianca, de Génova. Cocinera.

—¿Te quedas en el campamento? —preguntó Elayne—. ¿No es peligroso?

Bianca se encogió de hombros, dándose una palmada en el muslo.

—Tengo un arma, y somos tres, así que nos mantenemos juntas. No hay ropas elegantes. No tenemos mucho para dar.

Elayne no estaba segura de querer tocar los desechos de la mujer descuidada, ni mucho menos ponérselos, pero la ropa que llevaba estaba manchada de sangre.

—Te agradezco. Las devolveré tan pronto como pueda.

El soldado tomó a Bianca por el codo.

—Vete. Vuelve a tus ollas.

Cuando se fueron, Elayne mordió el pan rancio.

Fue en ese momento cuando el conde de Angers eligió entrar a la tienda.

Masticaba con dificultad mientras Geoffrey saludaba a los niños, preguntando por Claricia y explicando a Henry su entendimiento sobre lo angustiante que podía ser para las mujeres delicadas el ver hechos tan espantosos. Su desdén por él aumentó y notó, con satisfacción, que el ramo de brezo en su sombrero se había marchitado.

—Señora Elayne, mis hombres me han hablado de la muerte de Dugald. Lamento la pérdida. ¿Lo conocía de antes? ¿En Escocia?

Casi se ahoga mientras intentaba tragar el pan.

—Lo había visto. Era el hijo bastardo de mi rey —rezó para que Henry y Claricia hubieran dicho lo mismo.

—¿Cómo es que usted y esos rehenes reales llegaron a estar cerca de Caen, cuando se suponía que debían estar en el castillo de Montbryce?

¿Le había hecho esa misma pregunta a los niños? ¿Qué habrán dicho? Miró brevemente a Henry y luego miró la alfombra de piel de lobo que cubría el césped. Al menos el hombre pomposo había hecho un esfuerzo por hacer que sus hijos estuvieran más cómodos.

—El Conde de Montbryce nos entregó a Dugald, quien nos llevó al campamento de su ejército fuera del castillo.

Esto era cierto. Ahora venía la mentira.

—Los Montbryce atacaron y arrollaron a tus hombres. Tuvimos suerte de que Dugald nos sacara a salvo.

Sintió sus ojos perforándola.

—¿El crío de los Montbryce destruyó mi campamento? ¿Derrotó a mi ejército?

Aplastó las palmas sudorosas sobre su falda ensangrentada, con la mirada baja, deseando rasgarle la cara arrogante con sus uñas por su comentario despectivo. Que crea que es cierto.

—Sí.

—¿Pero por qué el escocés la llevaba a Caen?

Adoptó la actitud de una campesina ignorante.

—No sé dónde está Caen, así que no puedo responder, milord. Él no me explicó nada.

Una media verdad. No tenía ni idea de la geografía de Normandía, y él seguramente creería que el guerrero Dugald no le había revelado sus planes a una mujer, y menos a una sirvienta.

Sin decir palabra más, abrió de un empujón la solapa de la carpa y salió furioso. Ella se desplomó de rodillas, mordiendo otro trozo de pan.

—Pásame la cerveza —le dijo a Henry, con la boca seca llena de comida—. Necesito beber algo.

ARMA SECRETA

ALEX Y ROMAIN VIAJARON A CAEN con un grupo de hombres de Montbryce, con las pezuñas de sus caballos removiendo el barro de la carretera, que se había vuelto fangosa tras la intensa lluvia de la mañana. Faol caminaba junto a ellos como un perrito, sin mostrar signos del sufrimiento por el que había pasado, salvo por las pausas de vez en cuando para lamer furiosamente sus heridas.

Cada vez que llegaban a un cruce o bifurcación, Faol elegía sin vacilar, y ellos lo seguían sin cuestionar.

Después de varias horas, el sabueso salió disparado hacia un bosque de coníferas. Los hombres desmontaron, ataron los caballos y fueron tras él, dándose cuenta al instante de un leve olor a descomposición en el aire.

—¡Cielos! —exclamó Romain—. ¡Eso es desagradable! Me hace llorar los ojos.

—Es el hedor de la muerte —convino Alex, con la voz ahogada por su mano tapando su nariz y su boca.

Llegaron a Faol, que estaba sentado junto al cadáver de un animal.

Romain observó el desorden.

—Las larvas y, tal vez, los roedores han comenzado su trabajo, pero no parece que ningún depredador grande se haya topado con él aún.

Alex se agachó, temiendo vomitar la bilis que subía en su garganta.

—Definitivamente es un lince —dijo, señalando las orejas de punta—. Un ejemplar magnífico. Por el aspecto del terreno, lo arrastraron hasta aquí. Eso requeriría fuerza.

Faol ladró.

—Valiente perro —comentó Romain—, enfrentarse a una bestia salvaje de ese tamaño.

Alex se puso de pie, levantó un palo y lo metió en un agujero en el cuello.

—Estaba defendiendo a las personas que quería, pero no mató al gato. Mira la herida que lo atraviesa. Una flecha, sospecho.

Faol volvió a ladrar.

—¿Qué más puedes mostrarnos, Faol?

El perro olfateó el aire y luego corrió más adentro del bosque. Los hombres lo siguieron hasta un claro donde encontraron las cenizas de un gran fuego. Una sensación ominosa recorrió la espalda de Alex.

—Demasiado grande para una fogata —observó Romain, rascándose la cabeza.

Ambos se agacharon junto a la tierra ennegrecida. Alex tocó las cenizas con el palo.

—Espera —exclamó, haciendo la señal de la crucifixión sobre su cuerpo. Empujó un hueso ennegrecido en las cenizas, y luego vio un cráneo marrón chamuscado junto a un tronco grueso que no se había quemado completamente—. Esto es una pira funeraria.

Buscó un trozo pequeño de tela chamuscada, soplando las cenizas que se aferraban a ella.

—De Dugald, si no me equivoco. Esto es un resto de su playd.

—¿Qué piensas que ocurrió aquí? —preguntó Romain—. ¿Y dónde están Elayne y los niños?

Un millar de posibilidades dieron vueltas en la cabeza de Alex, pero se aferró a la esperanza de que aún estuvieran vivos. Y con su marido muerto...

—Según recuerdo, Dugald no tenía arco, y me parecería improbable que hubiera uno en el campamento. Los escoceses no son conocidos por ser arqueros.

Romain asintió.

—No como los galeses.

—Dugald no mató al gato. No parece haber más tela en las cenizas, y solo un escocés se tomaría la molestia de envolver a un hombre en su playd para su funeral.

—¿Entonces, cómo murió?

Alex caminó lentamente alrededor del claro, sin querer considerar la posibilidad de que Elayne hubiera acabado con su marido. Dugald era un pobre hombre, pero al menos ofrecía protección. Una mujer y dos niños por su cuenta no durarían mucho en estos bosques.

—Hubo un contingente de hombres. Mira cómo está pisoteada la hierba aquí. Probablemente uno de ellos mató al lince y sus compañeros lo ayudaron a arrastrarlo al bosque.

—¿Tal vez mataron a Dugald y se llevaron a Elayne y los niños? ¿Bandidos, crees?

—Tenían caballos, así que apostaría a que eran soldados. Los bandidos no se molestan con un funeral.

—Pero ¿qué ejército estaría tan cercano a Caen?

Alex observó el entorno, tratando de orientarse.

—Sobre todo porque las huellas van en dirección opuesta a Caen —respondió, una horrible sospecha creciendo en su corazón.

Romain entendió al instante.

—Debemos advertir al Rey Esteban.

Alex puso sus manos sobre los hombros de su hermano.

—Lleva a los hombres y monta hacia Caen.

Romain apartó sus manos.

—¡No! Debemos ir juntos. Es nuestro deber.

Alex se mantuvo firme.

—Hermano, Elayne y sus hijos son mi destino. Lo sabes tan bien como yo. Ahí está mi deber. Tal vez estén heridos. ¿Quién sabe qué ocurrió con el gato?

—Si Gallien y Laurent ya han llegado a Caen, consigue su ayuda para reunir una fuerza y sígueme. Vamos a mostrarle a Geoffrey de Anjou cómo es un verdadero ejército.

Alex pudo haber enviado a los hombres con Romain, pero no estaba solo. Tenía un arma secreta y sigilosa, y confiaba en que el perro lo conduciría hasta Elayne.

Siguió al lebrel fuera del pequeño bosque, a través de vastas llanuras de hierba plana y hacia colinas onduladas. Podría haber seguido él mismo el rastro de los hombres montados, pero la evidente certeza de Faol de que iban por el buen camino lo tranquilizaba.

Dejó rastros de su paso para que sus hermanos los siguieran, una ramita doblada aquí, una fila de piedras allá, una tira arrancada de su camisa atada a un árbol, cosas que les habían enseñado a hacer cuando eran niños jugando a los juegos de guerra.

Comenzó a preocuparse cuando el perro desapareció inesperadamente de su vista, pero luego respiró aliviado cuando lo vio, sentado en la base de un pequeño montículo, esperando. El animal inclinó la cabeza, escuchando. Alex hizo lo mismo.

Los débiles pero inconfundibles sonidos de hombres y caballos llegaron a sus oídos. Desmontó, ató a su caballo y se unió a su fiel compañero. El perro se deslizó por el costado del montículo, arrastrándose por su barriga. Alex lo siguió, gateando hasta la cima con los antebrazos y las espinillas.

Lo que vio lo sorprendió. A unos cinco kilómetros de distancia, metido en un valle,

decenas de tiendas militares estaban agrupadas.

—¿De dónde está sacando todas estas tiendas el angevino? —susurró a Faol.

El perro lo miró con curiosidad, su lengua rosada colgando de un lado de su boca.

Elayne y sus hijos estaban en una de esas tiendas de lona, pero, ¿cómo encontrarlos?

El perro podría hacerlo sin dificultad.

Era vital que ella supiera que él estaba cerca.

Se recostó sobre su espalda y sacó el amuleto trenzado de Elayne de su gambesón, inhalando su aroma. Lo besó, luego hizo una señal a Faol para que se acercara.

—Llévalo a Elayne —dijo firmemente. El perro olfateó la trenza y luego se sentó pacientemente mientras Alex la ataba cuidadosamente al collar de Faol con el trozo retorcido del playd de Dugald.

Frotó las orejas del perro.

—¡Allez!

Faol lamió su cara y luego salió disparado.

LIX TE AMA

ELAYNE ESTABA NERVIOSA e incómoda con la ropa prestada, que le quedaba mal y olía peor. Sospechaba que Geoffrey no creía su historia sobre la huida de Montbryce, y no tardaría mucho en descubrirse la mentira.

Pero su mayor preocupación provenía de los rumores que le había transmitido el soldado con quien se había hecho amiga, de que se esperaba que Maud llegara al campamento en cualquier momento.

La aspirante a reina reconocería al instante que Henry y Claricia eran demasiado jóvenes para ser quienes decían ser, ya que conocía a la familia real escocesa de antes de su segundo matrimonio con un marido mucho más joven.

Aunque Elayne y los niños no estaban bajo custodia, era consciente de que los observaban.

Geoffrey invitó a Henry a observar a los soldados entrenando con sus espadas y otras armas. Elayne y Claricia se quedaron solas, disfrutando del tiempo juntas. Ella se alegraba de poder tener a su hija afligida en brazos y consolarla.

—Tu padre murió valientemente —susurró— y te amaba.

—Lo sé —suspiró Claricia, jugando con el cabello de su madre—, pero él no te amaba. Te pegaba.

Elayne frotó la espalda de su hija.

—Es triste, mi querida, pero pocos hombres aman a sus esposas, y muchos las tratan no mejor que al ganado.

—Lix te ama —susurró Claricia, sonriendo—. Él nunca te trataría como una vaca.

Lágrimas le brotaron en los ojos y sintió el calor en su pecho y cuello.

—Y él también los ama a ti y a Henry.

Claricia se sentó, con una expresión indignada.

—¡No! Quiero decir, que él te ama a ti —insistió impacientemente.

Elayne cambió de posición, acomodándose mejor.

—¿Te gusta Alex? —preguntó con cautela.

—Sí —respondió su hija, mientras se estiraba—. Huele mejor que dadaidh.

Elayne no pudo evitar reírse mientras besaba la cabeza de Claricia, pero rápidamente puso a la niña de pie y se apresuró a levantarse cuando Faol entró trotando en la tienda.

—¡Faol! —gritó Claricia, abrazando el cuello del perro.

—Silencio —susurró Elayne, su corazón latiendo demasiado rápido—. Déjame ver su collar.

La hebilla había desaparecido. El miedo y la alegría luchaban en su interior. ¿Había el sabueso llevado la insignia a Alex, o se había caído?

Se sentó en sus talones, sin saber qué hacer. Faol empujó su nariz contra su mano. Miró más de cerca el collar del perro, sintiendo un salto en su garganta al ver el trozo retorcido de playd.

Con cuidado, lo deshizo, revelando la trenza.

Claricia lo miró con curiosidad.

—¿Es tu cabello, mamá?

—Sí, Claricia —murmuró ella—. Lo dejé como un símbolo para Alex.

Su hija sonrió, aplaudiendo.

—Tú lo amas también.

Elayne sonrió, con su dedo índice presionado sobre sus labios.

—Lo hago, pero ahora debemos salir de la tienda y solo mirar alrededor, como si estuviéramos admirando el paisaje. No saludes ni hagas nada que revele la presencia de Alex. ¿Puedes hacerlo?

Claricia asintió con entusiasmo.

Elayne la guio fuera de la tienda, donde, de la mano, comenzaron a caminar por el pequeño espacio abierto frente a ella, mirando alrededor. No podía estar segura de qué colina circundante ocultaba a Alex, aunque sospechaba que Faol estaba mirando en la dirección correcta, pero la certeza de que él estaba cerca avivó la esperanza en su pecho.

El destello de esperanza se apagó de inmediato cuando escuchó gritos emocionados del otro lado del campamento. Se puso de puntillas y alcanzó a ver jinetes con estandartes que ondeaban con fuerza al viento en largas varas. No estaba lo suficientemente cerca para distinguir qué bandera llevaban, pero la sensación de temor que se iba formando en su interior se confirmó cuando el soldado amistoso pasó corriendo junto a su tienda.

—La Emperatriz —gritó emocionado—. La Reina Maud ha llegado.

***

DESDE SU PUNTO DE VISTA EN LAS COLINAS, Alex escuchó primero la gran comitiva que se acercaba al campamento antes de verla. El terreno lodoso amortiguaba el polvo, pero hacía que el golpe de los cascos sonara como un trueno distante. Reconoció a la fuerza bien equipada, vestida con finas armaduras, como una escolta real, y a la alta mujer que montaba rígida en su medio como Maud.

Los gritos emocionados y la frenética actividad en el campamento lo confirmaron, especialmente cuando un jinete inconfundible salió al encuentro de su esposa.

—¡Geoffrey! —gruñó Alex.

La bilis de resentimiento subió por su garganta. Era sabido que el angevino y su esposa real apenas se toleraban entre sí, y sin embargo, ahí estaban, unidos en su codicia por el trono de Inglaterra y el control del ducado.

Casi los compadecía. El rey Enrique había casado a Maud a la edad de once años con el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, que tenía veintiocho años en ese entonces. La muerte de él la dejó viuda y sin hijos. No podía imaginar que hubiese habido amor alguno en su relación.

El trágico ahogamiento del príncipe heredero Guillermo en el desastre del White Ship obligó a Enrique a actuar. Para asegurar a su hija como sucesora, la volvió a casar, esta vez con un joven de la mitad de su edad, y además un odiado angevino. A pesar del desprecio mutuo, ya habían engendrado dos hijos y se rumoreaba que Maud estaba embarazada nuevamente.

Recorriendo las tiendas y pabellones con la mirada, vio un destello de rojo que desapareció rápidamente en una tienda al final del campamento.

¡Elayne!

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Maud centrara su atención en los prisioneros? A regañadientes, reconoció que como un solo hombre no podía hacer nada para rescatar a su amada y sus hijos. Se preocupaba por la capacidad de Romain para conseguir una audiencia con Esteban.

Estuvo en vigilia durante largas horas y luego decidió montar para advertir del peligro que enfrentaba Caen ahora que había confirmado la ubicación del enemigo. Probablemente estaba a

unos veinte kilómetros de la ciudad, pero el viaje en la oscuridad tomaría al menos tres horas una vez que trazara su camino de regreso a la carretera. Juró regresar con una fuerza lo suficientemente grande como para desafiar a Geoffrey.

ENFRENTANDO LO INEVITABLE

A MEDIDA QUE SE ACERCABA A CAEN, montado en su agotado caballo, Alex temía ser desafiado por la guardia que seguramente estaría apostada fuera de la ciudad. Un jinete solitario siempre era sospechoso, especialmente uno que galopaba al amanecer, y no tenía cómo probar su identidad.

De hecho, un grupo de hombres armados que custodiaban una barricada le pidieron que detuviera su caballo, pero le permitieron pasar tan pronto como declaró su nombre.

—Se lo espera, milord Conde —explicó uno de los soldados, abriendo la barrera—. Sus parientes lo esperan en la Abbaye aux Hommes. Un mozo de cuadra allí se ocupará de su caballo. Parece que ha cabalgado fuerte.

Sus esperanzas se alzaron. Gallien y Laurent estaban allí, con Romain. Acarició a su caballo en el último tramo hasta el magnífico monasterio construido por Guillermo el Conquistador, incapaz de apartar los ojos de la igualmente impresionante arquitectura de la cercana Abbaye aux Dames, el convento donde había nacido. Los suaves rayos rosados del sol temprano bañaban el lugar santo que parecía flotar sobre la niebla que se levantaba del rocío.

El clip-clop de los cascos de su caballo era el único sonido más fuerte que el latir de su corazón.

Desvió deliberadamente la mirada de las murallas de piedra del castillo de Caen, la fortaleza donde su padre había estado injustamente encarcelado, un lugar en el que había jurado no poner jamás los pies.

Parte de la aprensión que había sentido al entrar en Caen se desvaneció al darse cuenta de que la Abbaye aux Dames era un edificio histórico impresionante, que pocos podían reclamar como su lugar de nacimiento. Murmuró una oración silenciosa de agradecimiento porque su madre había encontrado refugio allí.

Bajó del caballo, con las piernas rígidas, el cuerpo cansado y embarrado, contento de entregar las riendas a un mozo de cuadra vestido con túnica.

—Mes seigneurs, el Conde de Ellesmere y sus hermanos lo esperan en el parlor del Prior —explicó el monje, señalando un camino que se alejaba de la imponente puerta principal de la Abbaye.

Alex siguió el sendero, el crujir de las piedras sueltas bajo sus botas, buscando otra entrada, cuando Gallien, Laurent y Romain salieron corriendo a su encuentro.

Los cuatro se abrazaron efusivamente.

Alex se sintió enormemente aliviado de que su hermano menor hubiera sobrevivido a su angustiosa misión.

—Estoy orgulloso de ti —le dijo a Laurent.

—Alabados sean los santos por estar vivo, mon frère —dijo Romain—. ¿Encontraste a Elayne?

Antes de que tuviera oportunidad de responder, Gallien lo interrumpió.

—Me alegra que hayas recapacitado y decidido renunciar al juramento con Maud. Sin embargo, tienes más barro en ti que un caballo. Te prepararemos un baño y algo para desayunar.

Alex lo desestimó con un gesto.

—No hay tiempo para preocuparnos por eso. Geoffrey está acampado a no más de veinte

millas de aquí y Maud ya ha llegado. Debemos movilizar nuestras fuerzas.

Laurent le puso una mano en el hombro.

—Paciencia, Alex, hemos reunido a todos nuestros hombres y los de Gallien. Están listos para partir en cuanto sea necesario. Pero Gallien tiene razón. Si vas a ver al rey, primero debes bañarte y comer. Has cabalgado toda la noche.

Alex se rascó la cabeza y descubrió que su cabello estaba lleno de barro seco.

—¿Rey?

—Esteban está aquí y ha ordenado que lo veas lo antes posible.

Una fría certeza se apoderó de Alex.

—¿Dónde debo encontrarlo?

Sus tres compañeros respondieron al unísono.

—En el castillo.

Ahora conocía el terror sin esperanza del jabalí acorralado por los cazadores. Atrapado. Sin escape. Al menos el jabalí pelearía hasta la muerte. Alex no podía negarse a asistir al rey. Era imperativo hacerlo, ya que tenía información vital que compartir.

Tragó su miedo.

—Guíenme hacia el agua caliente —bromeó.

***

OLIENDO A JABÓN, con un aroma distintivamente monástico, y vistiendo la ropa de Laurent, Alex caminó junto a su primo hacia el castillo de Caen, con el corazón palpitando violentamente, el estómago en un nudo. Se detuvo brevemente antes de pasar por la última puerta.

—Sé que esto es difícil para ti —dijo Gallien suavemente—. Es la primera vez que estás aquí, ¿verdad?

Alex asintió, sintiendo la garganta apretada.

Su primo le puso una mano suave en el hombro.

—A veces, cuanto más sabes, mejor estarás.

Alex frunció el ceño.

—No entiendo lo que quieres decir.

Gallien lo tomó del brazo.

—Camina conmigo, primo. ¿Recuerdas que fui yo quien te contó la experiencia de tu padre con el gato mientras estaba en prisión? Cómo el calor del animal le dio esperanza, y por eso lo llamó Espérance.

—Sí. Fue durante la campaña en Flandes que me lo dijiste.

—Me sorprendió que no supieras eso, ni que el maullido del gato luego ayudó a mi padre y a oncle Caedmon a encontrarlo en la oubliette.

Una indignación celosa tocó sus frías manos sobre el cuello de Alex, pero Gallien continuó.

—Pero luego me di cuenta de que yo sabía todas estas cosas porque mi padre y oncle Caedmon me las compartieron, mientras que tu padre quiso ahorrarte los horribles detalles de su encarcelamiento.

La culpa reemplazó a la indignación. Alex había dificultado que su padre resarciera el tiempo que habían perdido. ¿Había hecho su distancia imposible también para que su padre hablara sobre su encarcelamiento?

Gallien le puso un brazo sobre el hombro.

—¿Sabías, por ejemplo, que tu padre fue traído aquí atado a un caballo y con los ojos

vendados, vestido solo con una túnica de penitente?

Alex quiso cerrar los ojos, para apartar la brutal imagen, pero su primo de cabello plateado estaba decididamente decidido a que enfrentara sus demonios. Miró hacia abajo, recorriendo con la vista el camino empedrado que habían seguido, evocando la imagen de la llegada de su padre a Caen. Romain y Laurent se habían detenido un poco más atrás, observando.

Mis hermanos ya lo saben, y yo lo estoy descubriendo ahora.

—Probablemente no sabía dónde estaba —dijo, con la garganta reseca.

—No, no lo sabía. Tampoco tenía idea de dónde estaba tu madre, ni siquiera si seguía viva.

Las piernas de Alex temblaron mientras el intenso miedo e incertidumbre que su padre debe haber sentido en ese mismo lugar lo golpeaba en el estómago.

—Será mejor que me detenga ahora, o el rey Esteban pensará que mi noble primo es un inválido de rostro ceniciento. Sin embargo, antes de salir de aquí, vamos a buscar la oubliette.

* * *

EN EL DÍA Y MEDIO que había pasado desde la llegada de Maud, Elayne había dejado un camino notable en la alfombra que cubría el suelo de tierra de su tienda.

Estuvieron solas por ahora, salvo por la comida y bebida que les traían, y el agua para lavarse. Evidentemente, asuntos más urgentes ocupaban la atención de Maud y Geoffrey. ¿Cuánto duraría eso? Tarde o temprano, enviarían a buscar a los rehenes reales y su subterfugio sería descubierto. No había escape del campamento, salvo marcharse a pie. Solo podía esperar rogar misericordia a la exemperatriz, conocida por su despiadada fama.

De nuevo maldijo en silencio a su padre por matrimonio, que había puesto deliberadamente en riesgo sus vidas. Pero si no los hubieran enviado a Normandía, nunca habría conocido a Alex.

Se cruzó de brazos sobre el vientre, llena de una desesperanzada nostalgia. ¿Y si había concebido un hijo? Si sobrevivía a la ira de Maud, ¿qué esperanza quedaba para otro bastardo, un bebé nacido de una unión adúltera?

La echarían fuera, considerada incapaz de cuidar niños reales.

—Por favor, deja de caminar, Maman —suplicó Henry en un susurro, mientras tallaba un trozo de madera con la daga de su padre—. Estás alterando a Claricia. Canta para nosotros en su lugar.

Si cantaba, se ahogaría en un charco de lágrimas.

—No puedo, Henry.

Faol se levantó de repente y corrió hasta la abertura de la tienda, mirando afuera y gruñendo.

El soldado amistoso apareció con otros dos guardias.

—Sus Majestades solicitan la presencia del príncipe Henry y la princesa Claricia —anunció con una sonrisa.

Ella extendió la mano hacia su juego, pero él sacudió la cabeza.

—Non, solo los niños. No te pidieron a ti.

Claricia le lanzó una mirada aterrada. Henry se levantó rígido. Ella le quitó el polvo de los pantalones y alisó el cabello de su hija.

—Sé valiente —susurró, luchando por ignorar la serpiente que se enroscaba en su vientre —. Estoy con ustedes en el corazón. Que tengan en verdad la fuerza del universo, y la fuerza del sol, mis ángeles.

Henry sonrió valientemente, apretó el pomo de su daga, tomó la temblorosa mano de su hermana y salió de la tienda en compañía de los soldados.

DESCENSO AL INFIERNO

CUANDO EL REY ESTEBAN LO ABRAZÓ, Alex se sintió aliviado de que el fuerte olor a jabón se hubiera disipado. O eso o simplemente ya se había acostumbrado a él.

Esteban era, como Laurent había afirmado meses atrás, un hombre carismático y apuesto. Tras recibir la confirmación de Alex de que el enemigo se estaba reuniendo no lejos de Caen, ordenó inmediatamente preparar soldados para acompañar a las fuerzas de Montbryce.

— Estamos en deuda contigo, Comte Alexandre, por descubrir esta traición. Su familia tiene una larga historia de lealtad al monarca que porta la corona de los ingleses. Me complace tenerlo como apoyo.

Alex hizo una inclinación y el rey continuó hablando, pero ahora que el problema del ejército había sido resuelto, todo lo que podía pensar era en la determinación de Gallien por encontrar las mazmorras en las que su padre había estado encerrado. Se preguntaba si sus hermanos, que estaban de pie tras él, ya lo habían visitado.

Tenía que evitar ir allí a toda costa. O quizá su primo tenía razón. Si veía con sus propios ojos el maldito lugar...

—¿Qué opina, Alexandre?

—Eh... sí, un buen plan —improvisó.

Esteban lo miró con desconfianza.

—Parece distraído. Claro, este castillo guarda oscuros recuerdos para usted y su familia.

Esteban sabía, y entendía.

—Es cierto, Majesté —admitió—, pero mi preocupación ahora son los rehenes escoceses. Temo que Maud los ejecute cuando se descubra su verdadera identidad.

Esteban frotó su dedo sobre el labio superior.

—Gallien me ha informado sobre las maquinaciones del rey David, pero ¿qué significan estos rehenes para usted? El gobernante de Escocia es nuestro enemigo.

Alex tragó con dificultad.

—Elayne y sus hijos no son sus enemigos, Sire. Ella es mi esposa, y le garantizo su lealtad a usted y a su corona.

Desearía poder girarse para expresar su arrepentimiento a su familia, sorprendiéndose de no escuchar jadeos de indignación desde atrás.

—Entonces debemos hacer todo lo posible para liberar a estos leales súbditos de las garras de Maud y mandar a Geoffrey a casa al mismo tiempo. Partiremos al amanecer.

—¿Pretende acompañarnos, Sire?

—No me lo perdería por nada del mundo.

Tras salir de la audiencia con el rey, Alex se giró hacia sus hermanos y su primo. En lugar de la censura que esperaba, tres amplias sonrisas iluminaron sus rostros mientras lo abrazaban.

—Lo sospechaba —admitió Romain— y me alegro por ti.

—Se notaba lo que sentías por ella cada vez que mencionaba mi posible interés —añadió Laurent, dándole un codazo en las costillas.

Gallien le dio una palmada en la espalda.

—Aún no conozco a la mujer con la que te has casado, pero por lo que me han contado tus hermanos...

Alex apretó la empuñadura de su espada.

—Pero cometimos adulterio. Su marido está muerto ahora, pero cuando nosotros...

Gallien puso las manos sobre los hombros de Alex y lo miró a los ojos.

—¿Ella sabía que él seguía vivo?

Alex recordó, con un remordimiento intenso, que su primer pensamiento al enterarse de la resurrección de Dugald fue que Elayne había mentido.

—No, ella creía que estaba muerto.

—¿Él tenía alguna intención de volver con su familia en Escocia, o prefería ser considerado muerto para ellos?

Alex asintió.

—Bien —declaró Gallien, con la mandíbula tensa—. Ahora que hemos resuelto eso, vayamos a encontrar esa maldita oubliette.

Las amplias sonrisas desaparecieron de los rostros de Romain y Laurent.

Temen esto tanto como yo.

Podría negarse, salir del castillo hacia el cálido brillo del sol en vez de descender a las profundidades del infierno. Era el hijo mayor y heredero de Robert de Montbryce, pero no había hecho nada para merecer ni uno ni otro honor. Tenía que seguir a Gallien o nunca podría mirar a sus hermanos a los ojos de nuevo.

Se volvió hacia ellos.

—Si hacemos esto, la vida nunca será la misma. Nos cambiará a todos.

Estiró su puño cerrado.

—¿Estamos unidos en esto?

Romain y Laurent parecían dos niños pequeños, pálidos e inseguros, pero primero Romain y luego Laurent colocaron sus manos sobre el puño de Alex.

Gallien añadió la suya brevemente y luego hizo una señal a las sombras cercanas. Un guardia corpulento apareció, sosteniendo una antorcha apagada.

—Este hombre será nuestro guía.

Alex estudió al hombre.

—¿Ha estado antes en esta celda?

El soldado apretó la mandíbula.

—Sí, milord, muchas veces.

—¿Es usted carcelero?

El hombre asintió.

—¿Hay algún prisionero en esa oubliette ahora?

Para su alivio, el hombre negó con la cabeza.

—No desde hace muchos años, milord.

—Parece contento con ello.

—Lo estoy, milord —admitió el guardia—. No es un lugar apto para mantener a un perro, mucho menos a un hombre, sin importar lo que haya hecho. Mejor sería estar muerto.

Sería tan horroroso como había temido. Pero la suerte estaba echada.

—Guíe el camino —dijo con voz áspera.

Avanzaron en silencio por los cavernosos pasillos del castillo, descendiendo finalmente por un tramo serpenteante de diez escalones de piedra, desgastados por las botas de mil carceleros.

Apoyaron las manos en las frías y húmedas paredes de piedra para evitar resbalar. Sus pisadas resonaban en el oscuro espacio hueco debajo de ellos. Respirar se volvió más difícil en el aire fétido.

El guía se arrodilló para encender la antorcha que llevaba, levantándola en alto una vez prendida. Débiles ruidos y gruñidos llegaron hasta ellos.

—¿Ratas? —preguntó Alex al carcelero.

—Hombres —respondió.

Miraron a través de la penumbra. Delante de ellos había celdas, cinco a cada lado de un estrecho pasillo.

—Prisioneros en todas estas —explicó el guardia—, pero pueden mirar por las rejillas si lo desean.

Alex se sintió aliviado cuando Gallien tomó la delantera porque él no podía hacer que sus piernas se movieran. Su primo se asomó por la pequeña rejilla en la puerta de hierro macizo de una celda.

—Cinco aquí —informó.

Alex miró de reojo a Laurent y Romain. A la luz fantasmal de la antorcha, sus hermanos parecían estatuas de mármol blanco.

—Vamos, hermanos —dijo—. Tenemos que mirar.

Alex se asomó a una celda. Era similar a las de Montbryce, un espacio pequeño y claustrofóbico para los tres hombres mugrientos que yacían encadenados al suelo. Uno de ellos le hizo un gesto obsceno. Se preguntó cuánto tiempo llevaban encerrados allí.

—Por aquí, mes seigneurs —dijo el carcelero, entregándoles trozos de trapos sucios—. Los necesitarán. Aunque no hay prisioneros allí desde hace años, el hedor persiste. No se puede quitar.

El olor mohoso del trapo bastó para revolver el estómago de Alex, pero lo sostuvo sobre su nariz mientras el guardia los conducía por angostos y oscuros pasillos en pendiente. Después de caminar largos minutos por el resbaladizo suelo de piedra con los hombros encorvados mientras el techo se hacía más bajo, su guía anunció:

—Aquí está la escalera.

Alex no había pensado que podían descender más en las entrañas de la tierra, pero adelante vio una estrecha abertura negra apenas lo suficientemente amplia para un hombre. Sin un guía, probablemente nunca la habría notado.

Bajaron los empinados y resbaladizos escalones, el carcelero sosteniendo en alto la antorcha para iluminar las estrechas paredes.

En el fondo, encendió dos antorchas más fijadas a la pared y luego señaló. Alex entrecerró los ojos y miró en la oscuridad, distinguiendo poco a poco una pequeña puerta enrejada con una abertura en la parte inferior. Agarró los barrotes con manos temblorosas, abrió la puerta y dio un paso adentro.

Había entrado en el infierno que su padre había soportado durante meses. Romain y Laurent lo siguieron, aunque apenas había espacio para un hombre, mucho menos para tres.

El hedor le revolvía el estómago. Estaban en una diminuta celda sin ventanas. Un hombre podía acostarse, dos no. En una esquina había un agujero que, supuso, llevaba directamente a las alcantarillas. Ese era el origen del olor nauseabundo. Apenas podía mantenerse erguido sin que su cabeza tocara el techo. Paja húmeda cubría el suelo de piedra.

—Lo primero que hizo el tío Robert fue vomitar en ese agujero.

Alex frunció el ceño al mirar a Gallien, que seguía de pie junto a la puerta abierta. Parecía inapropiado hablar. No quería palabras. Quería ser su padre, sentir lo que él había sentido: la desesperación, el miedo, la angustia, la incertidumbre, la oscuridad. Todo aquello lo envolvió, y por primera vez comprendió de verdad la fortaleza de voluntad que había hecho falta para

sobrevivir en esa tumba apestosa durante meses.

Robert de Montbryce no solo había sobrevivido, había prosperado y se había convertido en un gran líder. También había tenido dos hijos más, los hermanos que ahora se aferraban a Alex en el oscuro silencio.

Sin decir una palabra, se abrazaron por los hombros y lloraron sin vergüenza.

UN HOMBRE CAMBIADO

ALEX SALIÓ DEL OUBLIETTE siendo un hombre cambiado, seguro en su corazón de que no era coincidencia que esta oportunidad de redención hubiera llegado justo cuando Elayne había llenado su vida de propósito.

¡Una verdadera epifanía!

Su relación con sus hermanos también había cambiado irrevocablemente. Fuera cual fuera el futuro, nunca olvidarían los largos minutos que habían pasado juntos reviviendo el tormento de su padre.

Tendió una mano a su primo al salir.

—Te agradezco que nos obligaras a venir.

Gallien aceptó el apretón de manos y atrajo a Alex a un abrazo.

—Esperaba que fuera lo correcto. He oído la historia muchas veces, pero nunca lo había visto por mí mismo. Tu padre fue un hombre increíble.

—Y ahora estoy listo para escuchar la historia.

—¿Aquí?

Alex miró a su alrededor.

—Si mi padre soportó esto durante tanto tiempo, nosotros podemos pasar aquí un poco más. Cuéntamela.

Gallien puso una mano en la puerta con barrotes.

—El tío Caedmon rompió el candado con la empuñadura de su espada.

Alex cerró los ojos, escuchando el clangor del metal contra el metal, imaginando la desesperación de sus tíos Caedmon y Baudoin mientras buscaban a Robert.

—Vieron a un hombre tendido sobre la paja, pero no supieron que era Robert hasta que lo oyeron susurrar el nombre de tu madre.

Dorianne, Dorianne.

—Un gato pasó corriendo y fue tragado por la oscuridad. La furia de mi padre se intensificó al ver que su hermano había sido azotado recientemente. Lo habían flagelado al darse cuenta de que el castillo estaba a punto de caer ante el rey Enrique.

Laurent sollozaba en silencio.

Alex rodeó los hombros de su hermano con un brazo.

—¿Fue entonces cuando mi padre preguntó por el gato—Espérance—y lo malinterpretaron porque no sabían del animal y de cómo mantenía viva su esperanza?

—Sí —murmuró Gallien—. Levantaron al tío Robert sobre el hombro de mi padre. Imagínate lo difícil que debió ser para ellos cargarlo por esas escaleras. Gritó cuando lo sacaron al exterior. La luz lo cegó. Papá rasgó una tira de la destrozada ropa de prisión y se la ató alrededor de la cabeza.

Gallien se detuvo, frotándose la frente.

—Preguntó inmediatamente por la tía Dorianne. Caedmon le dijo que tenía un hijo.

Un hijo que había nacido a salvo a solo una milla de distancia, gracias al enorme valor de su madre. Un hijo que había crecido hasta convertirse en el hombre que era, gracias al cuidado, orgullo y dedicación que su padre había derramado sobre él.

Alex entró de nuevo en el oubliette.

—Merci, Papa —susurró con voz ronca—, por todo.

***

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Romain y Laurent, junto con Étienne, el hermano de Gallien, se encargaron de reunir a los caballeros y soldados de Montbryce y Ellesmere mientras Alex y Gallien permanecían reunidos con el rey en la Sala de Mapas, planificando la estrategia. Los tres vestían armaduras completas.

—Quiero evitar una batalla campal —les recordó Esteban una vez que se decidieron por un curso de acción—. Maud es mi prima, y no quiero convertirla en mártir a ojos de sus seguidores.

Gallien estuvo de acuerdo.

—Lo que se necesita es una demostración de fuerza. No pueden imaginarse que sabemos de su cercanía a Caen. Debemos hacerles ver que un ataque sería insensato.

Alex relató la historia de las tiendas y el engaño que Geoffrey había ideado en Montbryce.

—No creo que tenga los hombres que dice tener, y no parecen muy listos. Casi incendian su propio campamento cuando prendieron fuego a los huertos.

Gallien se puso de pie, con el rostro contraído en una mueca.

—¿Quemaron los huertos?

Alex asintió.

—Sí, pero replantaremos.

—Espero que aún tengas una buena reserva de aguardiente de manzana —intervino Esteban—. Un sabor que nunca olvidaré.

Alex hizo una reverencia.

—Majestad, prometo que el primer barril de la próxima cosecha será suyo, pero tal vez deba esperar un tiempo.

—Excelente —exclamó Esteban, ajustándose los guanteletes de cuero—. Ahora, nuestro ejército debería estar reunido.

Alex y Gallien siguieron a su rey al patio, donde montaron sus caballos. Esteban los condujo a los campos, a una milla del castillo.

—¿No he dicho todo este tiempo que Esteban es la elección correcta? —dijo Gallien mientras seguían al monarca.

El corazón de Alex estaba en paz. Se sentía cómodo con Esteban. El hombre era inteligente, jovial y no temía exponerse a los peligros de la acción militar.

—Tenías razón. Solo soy terco.

—Como tu padre —bromeó Gallien.

Alex estaba a punto de responder, pero lo que vio delante de él le dejó sin palabras.

Esperaba un ejército decente de trescientos, tal vez cuatrocientos. Había más de mil hombres reunidos en los campos de Caen: caballería, arqueros e infantería.

—Espera a que Geoffrey vea esto —dijo Esteban por encima del hombro, sonriendo como un idiota.

—¿Cómo es posible...?

—Cada barón normando leal a Esteban ha guarnecido hombres aquí durante meses. Era evidente que Geoffrey intentaría tomar la ciudad tarde o temprano —explicó Gallien.

Alex notó a sus hermanos con los hombres de Montbryce.

—¿Pero por qué mis soldados están en la vanguardia?

—Esteban quiere recompensarte por tu lealtad. Además, eres el único que sabe adónde vamos.

***

LA CONVICCIÓN DE QUE ALEX LA AMABA sostenía a Elayne durante las largas horas de incertidumbre y miedo. No había oído nada ni visto a nadie desde que habían llevado a sus hijos a Maud.

Faol era su única compañía, aunque el perro no se había movido de su puesto de centinela junto a la entrada de la tienda. Henry debía de sentirse muy solo sin su fiel compañero.

¿Seguiría Alex observando desde algún lugar de las colinas o habría ido en busca de ayuda? ¿Qué ayuda podría haber para la situación en la que se encontraban?

Aunque su breve relación había sido adúltera, no se arrepentía ni un momento de ella. Si moría ese mismo día, al menos habría conocido el verdadero amor. Pero el temor de que sus hijos pudieran ser sacrificados la llenaba de indignación.

Acarició la trenza que había hecho para Alex y luego la guardó entre sus pechos. Era su único vínculo con él.

Faol gruñó. Su cuerpo se tensó mientras su larga cola golpeaba el suelo con un ritmo lento. Elayne se puso de pie al escuchar pasos: soldados. Si las noticias eran terribles, las aceptaría con dignidad.

—Debe venir conmigo al pabellón de Su Majestad —dijo su soldado amigo, sin un atisbo de calidez en la voz—. El perro se queda.

Elayne susurró al oído de Faol, cubrió su cabello con el playd y siguió a los hombres de armas hacia su destino.

Reina Del Montículo De Barro

EL SOLDADO CONDUJO A ELAYNE hacia un costado de la entrada, justo dentro del pabellón real.

—Debemos esperar aquí.

Temblando, levantó la vista hacia un estrecho pasillo que conducía desde donde se agazapaba hasta un estrado en el extremo opuesto del pabellón. No estaba segura de lo que esperaba ver, pero no era una multitud de personas que definitivamente no eran soldados. Ocupaban cada rincón del espacio, excepto el pasillo.

¿Quiénes eran esos hombres, vestidos con ropa fina, adulando a la mujer de rostro delgado que se sentaba sujetando los brazos tallados del único mueble? Llevaba capas de ropa de gran calidad, lo que hacía difícil decir si era gorda o delgada. Su ceño fruncido no auguraba nada bueno.

Su gran silla de madera se encontraba insegura sobre un estrado desigual. Elayne sospechaba que había sido formada con terrones de tierra. Un tapete enlodado descansaba sobre el montón.

Se encogió de nuevo hacia la protección de la solapa de la tienda, presumiendo que era Maud quien estaba llevando a cabo el juicio en los campos de Normandía, tal vez con personas importantes de las ciudades y pueblos cercanos.

Detrás de ella caminaba un Geoffrey con el ceño fruncido, quien evidentemente no había tenido el privilegio de una silla sobre el inestable estrado.

Se puso de puntillas, esperando ver a sus hijos. O tal vez los habían llevado con grilletes. Entonces, ¿por qué Maud la había llamado?

La multitud se quedó en silencio rápidamente cuando una mano esquelética y pálida apareció debajo de la capa roja de la supuesta reina. Ella carraspeó, mirando hacia abajo con la nariz estirada.

—Mi primo Esteban ha difundido que no soy apta para gobernar porque no sé cómo mostrar misericordia. Sin embargo, recientemente he descubierto que los niños que ven aquí...

Elayne estiró el cuello, sorda por el latir de su corazón. Maud solo podía referirse a...

—No son quienes dicen ser.

Oh.

La multitud inhaló una respiración colectiva de indignación sorprendida.

Finalmente, a través de un espacio entre dos anchas espaldas, Elayne logró ver a sus hijos parados bajo las alas extendidas de un Geoffrey que sonreía falsamente. Henry hacía todo lo posible por parecer seguro de sí mismo. Claricia parecía estar en trance.

Maud bajó la voz. Previsiblemente, la audiencia se esforzó por escuchar.

—Muchos de ustedes recordarán que fui enviada a Alemania a los once años para casarme con el Sacro Emperador Romano, un hombre de veintiocho. ¿Creen que conocí el miedo entonces?

Asentimientos y murmullos de aprobación y simpatía siguieron, pero cesaron cuando ella levantó la mano nuevamente.

—Yo misma soy madre ahora. ¿Me creen capaz de castigar a estos niños por las transgresiones de mi aliado, el rey David?

La pregunta fue recibida con gritos de "No", aunque era evidente por las expresiones perplejas que muchos no tenían idea de a qué se refería.

Maud hizo un gesto como ahuyentando moscas molestas.

—¿Qué me importa si David de Escocia ha enviado a sus nietos mayores o a los menores?

Ni un ápice.

En ese preciso momento, Elayne se encontró con la mirada de su hijo. Él sonrió imperceptiblemente.

Ha convencido a Maud de su valor. No se ha dado cuenta de que son ilegítimos.

Temía que su corazón pudiera estallar de orgullo.

—¿Han llamado a su niñera?

La voz de Geoffrey la devolvió a la realidad. Sus temblorosas piernas agradecieron la fuerza del soldado que la escoltó hacia adelante. Al arrodillarse, sus rodillas se hundieron en la tierra blanda al borde del montículo de lodo. La humedad fría se filtró a través de sus faldas y esperaba no verse obligada a pronunciar palabra alguna con el desierto que sentía en su garganta.

Maud la miró detenidamente.

—Lleva a estos niños contigo y vete. Mañana decidiremos a dónde serán enviados.

Se levantó de las rodillas y, por un brevísimo momento, sus ojos se cruzaron con los de Maud. Era imposible discernir qué se ocultaba tras esa fría mirada. Apartó la vista rápidamente.

Geoffrey alzó los brazos, liberando a Henry y a Claricia. Los niños corrieron hacia ella. Deseaba abrazarlos, pero eso sería considerado altamente inapropiado. En lugar de eso, tomó sus manos y los guio fuera del pabellón.

La alegría de Faol al ver regresar a Henry casi eclipsó su propio alivio. El perro se lanzó contra su hijo, tumbándolo al suelo, y lamió su rostro entre risas. Finalmente, después de muchos tirones, logró apartar al perro, y ambos quedaron tendidos de espaldas, sin aliento y agotados por la risa contenida. Faol se sentó sobre sus patas traseras, inclinando la cabeza a un lado, claramente confundido por el repentino silencio.

Le recordó a la guardería cuando reían con Alex. Tragándose el nudo en la garganta, ayudó a los niños a ponerse de pie.

—Parece que han convencido a Maud de su valor —le dijo a su hijo.

—Tenía miedo —admitió Claricia—, pero Henry fue valiente.

Henry la miró boquiabierto ante ese raro elogio de su hermana.

Ella revolvió el cabello de su hijo.

—¿Cómo lograste encantar a su Majestad?

Henry se encogió de hombros.

—Le pregunté por sus hijos.

De nuevo, Elayne agradeció a los santos que su hijo no hubiera heredado la falta de ingenio de su padre.

—Muy astuto. Toda madre quiere hablar de sus hijos.

Claricia rio y la abrazó.

—Habló y habló. Su esposo se impacientó. Su hijo también se llama Henry. Estaba más interesada en contarnos sobre él que sobre el abuelo.

Qué maravilloso era volver a escuchar la risa de su hija. Solo esperaba que fuera un buen presagio para el futuro mientras se acurrucaban juntos en el frío aire.

Mientras caía en un ligero sueño, se dio cuenta de que Maud y Geoffrey nunca se miraron a los ojos. Aunque habían mostrado misericordia, se estremeció al pensar en dos personas que claramente no se amaban en el trono de Inglaterra. Alex había tomado la decisión correcta al retirar su apoyo a la Reina del Montículo de Lodo.

A la mañana siguiente, temprano, llegó la orden para que Elayne se asegurara de que los niños estuvieran listos para viajar al mediodía. El soldado amable se quedó un momento más mientras los demás se marchaban. Era algunos años menor que ella y temía que pudiera empezar

a creer que ella tenía interés en él. Dudó antes de entablar conversación, pero finalmente se armó de valor.

—¿Sabes a dónde nos llevan?

El soldado frunció el ceño, mirando a su alrededor.

—A Anjou.

Sus piernas se volvieron de hielo. No solo enfrentarían un largo y agotador viaje, sino que una vez dentro del territorio de Geoffrey, no habría esperanza de reunirse con Alex.

—Su Majesté piensa que los niños escoceses serán buenos compañeros para sus hijos.

Santo cielo. Los hijos de los Plantagenet aún eran bebés. Claricia quizá disfrutaría jugando con ellos, ¿pero Henry?

Estaba a punto de expresar su opinión cuando el soldado se distrajo con un alboroto cerca del pabellón real y se apresuró a irse. Ella intentó ver qué estaba ocurriendo, pero estaba demasiado lejos.

—¿Qué sucede, Maman? —preguntó Henry.

—No lo sé, pero voy a averiguarlo. Quédense aquí. Faol los protegerá. Cuida a tu hermana hasta que regrese.

El perro tomó posición en la entrada de la tienda mientras ella se apresuraba en dirección al tumulto.

Caminó rápidamente de una tienda a otra, manteniéndose en las sombras tanto como podía, hasta que tuvo a la vista el pabellón real rojo y blanco a rayas. Maud estaba en la entrada, con la espalda rígida, las manos entrelazadas y la pesada capa roja echada hacia atrás sobre los hombros. Geoffrey había montado su caballo y salía del campamento con dos caballeros, gritando órdenes a sus hombres de armas. Había tanto ruido y confusión que no podía escuchar lo que decía. El lodo se había secado y el polvo giraba en el aire mientras los soldados se movían apresuradamente de un lado a otro.

—¿Qué sucede? —preguntó en voz alta, casi saltando del susto cuando recibió una respuesta.

—Una reunión.

Se giró bruscamente. Bianca estaba sentada sobre un caldero volcado a la sombra de la tienda. Inclinada hacia adelante, con los antebrazos descansando en los muslos abiertos, despellejaba un conejo.

—¿Reunión? —preguntó Elayne con cautela, con la vista fija en la mirada vacía del conejo.

La cocinera se rascó el cuero cabelludo con la punta de su daga y luego señaló en la dirección por donde había ido Geoffrey.

—Parece que el rey Esteban ha venido a visitarnos.

Elayne echó un rápido vistazo hacia el pabellón real, pero Maud había desaparecido. Con razón lucía nerviosa y enfadada; seguramente creía que Esteban desconocía su ubicación y el ejército que estaba reuniendo cerca de Caen. Solo había una forma en que el rey podría haberse enterado: Alex.

Quizás estaba con el rey. Tenía que acercarse, pero había pocas mujeres en el campamento, y una mujer caminando sola llamaría la atención. Extendió la mano hacia la genovesa.

—Nunca he visto a un rey. ¿Y tú?

Su nueva compañera soltó una carcajada.

—El angevino se cree un rey, pero...

Sonrió, mostrando mayormente encías desdentadas, aunque no parecía mucho mayor que

Elayne.

—¿Vamos a ver hasta dónde podemos acercarnos?

Los ojos de la mujer brillaron mientras se ponía de pie. Tiró el conejo a un lado, se limpió las manos y el cuchillo en la falda, y luego enlazó su brazo con el de Elayne.

—Conozco el mejor lugar para ver. Ven conmigo.

Cuidando de que su propio cabello no rozara el de Bianca, Elayne permitió que la italiana, aun sujetando el cuchillo, la guiara más allá de varias tiendas hacia el perímetro exterior del campamento. Al final, los soldados que corrían de un lado a otro no les prestaron atención.

—Mantente agachada —gruñó su compañera.

Elayne se pegó al suelo, súbitamente consciente de un olor acre. Se le revolvió el estómago al alzar la cabeza y ver que estaban tumbadas junto a las zanjas que se usaban como letrinas. Bianca parecía indiferente al hedor. Las moscas zumbaban por todas partes, pero Elayne olvidó lo desagradable de la situación cuando Bianca señaló un campo cercano, donde Geoffrey y sus caballeros estaban frente a tres hombres armados, también a caballo, uno de los cuales llevaba una corona de oro sobre la cabeza.

Ambos caballeros que acompañaban al rey se quitaron los cascos. El que estaba a su derecha tenía el cabello plateado. El otro era Alex de Montbryce.

El impulso de levantarse de un salto y agitar ambos brazos sobre su cabeza fue abrumador, pero tuvo que conformarse con susurrar su nombre al aire maloliente, esperando que él supiera que ella estaba cerca.

A Tiro De Arco

GEOFFREY SE QUITÓ EL YELMO y se lo entregó a uno de sus compañeros, con su rostro contorsionado por la ira.

Alex estaba seguro de que estaban lo suficientemente lejos para que el angevino no oyera su comentario al rey.

—Su rostro está casi tan rojo como su cabello. Creo que está molesto porque hemos descubierto su jugada.

Esteban sonrió con una sonrisa tensa.

—Creo que tienes razón. Vamos a ver si podemos irritarlo un poco más.

Esperando vislumbrar a otro pelirrojo, Alex escaneó las tiendas enemigas mientras Esteban acercaba su caballo a su rival. ¿Estaba Geoffrey utilizando el mismo engaño que había empleado en Montbryce, o estaban estas tiendas llenas de hombres?

El rey pasó el pulgar y el índice por su bigote.

—Es un placer verte, Geoffrey. ¿Cómo está mi prima, Maud? ¿No se ha unido a ti en esta salida?

Geoffrey luchaba por recuperar la compostura.

—Es un placer verte, en verdad, Esteban. Qué sorpresa encontrarte aquí en Normandía.

Gallien se inclinó hacia Alex.

—Apostaría a que es cierto que está sorprendido, pero no tanto como lo estará después.

Alex sonrió, pero su corazón latía demasiado rápido. Tenían el número suficiente para disuadir a Geoffrey de su plan de ataque, pero no había garantía de que entregara a los rehenes. ¿Presionaría Esteban para su liberación o lo consideraría un asunto demasiado trivial para discutirlo si los Plantagenet se negaban?

—Estoy decepcionado de que no hayas ido a Caen a hacerme homenaje como tu rey —dijo Esteban.

El caballero que sostenía el yelmo de Geoffrey miró rápidamente a su comte, luego apartó la mirada.

—Va a tener un ataque apopléjico si no respira pronto —comentó Gallien.

Geoffrey entrecerró los ojos.

—Podría estar en Caen más pronto de lo que piensas, primo.

Alex estaba seguro de que el angevino debía haber oído la exclamación de Gallien.

—¡Idiota! Esteban lo pescó como en el fondo de una charca.

Como si sintiera que había dicho demasiado, Geoffrey extendió la mano por su yelmo. Tomado por sorpresa, el caballero que lo sostenía lo dejó caer al polvo, espantando a su caballo. Miró con desesperación a su señor, obviamente inseguro si debería desmontar para recogerlo mientras recuperaba el control de su corcel.

—Si planeas venir a Caen —dijo Esteban con calma—, te aseguro una cálida recepción.

Giró la cabeza y asintió a Gallien, quien volvió a ponerse el yelmo, miró hacia las colinas, sacó su espada y la agitó.

Los arqueros aparecieron por la cima de la colina, cientos y cientos, con los arcos tensados, un ejército silencioso y mortal.

El caballo de Geoffrey se agitó. Él lo refrenó, impaciente.

—El caballo ha sentido la agitación de su amo —murmuró Gallien con una sonrisa.

—¿Crees disuadirme con algunos arqueros? —gritó Geoffrey.

—No, Geoffrey —respondió Esteban como si hablara con un niño de cinco años.

Gallien dio otra señal. La infantería apareció por la cima de una colina adyacente, filas tras

filas de soldados bien armados, con los rayos del sol rebotando en sus espadas, escudos y lanzas.

—¿Quieres que convoque a la caballería o ya has visto suficiente? —preguntó Esteban tranquilamente.

Geoffrey resopló.

—Está bien. Ganas el día.

—Desmontarás este campamento y lo moverás lejos de Caen, digamos, hacia Anjou —dijo Esteban sin un rastro de humor en su voz—. Si no lo haces, regresaré y te aplastaré.

Geoffrey miró furiosamente al caballero que había dejado caer su yelmo. El hombre desmontó rápidamente, lo recogió y se lo entregó a su comte, quien lo arrebató de su mano.

—El campamento será desmantelado.

Estaba a punto de ponerse el yelmo cuando Esteban habló nuevamente.

—Y liberarás a los rehenes escoceses.

El corazón de Alex se aceleró en su pecho. ¿Estaban aún vivos?

El yelmo de Geoffrey estuvo a punto de caerse de sus manos enguantadas. Miró rápidamente a Alex.

—¿Es esta tu petición o la de Montbryce?

Esteban lo miró fijamente.

Geoffrey soltó una risita.

—¿Qué quieres con dos niños pequeños que no son lo que parecen...?

Cerró la boca de golpe.

Con la espada aún en mano, Gallien se giró hacia Alex.

—Acaba de darse cuenta de que si Esteban tiene a los nietos de David, tal vez pueda persuadir al rey escocés de no apoyar a Maud.

Alex asintió.

—Y también ha comprendido que si revela que no son quienes dicen ser...

Vieron a Geoffrey contorsionarse, pero el corazón de Alex se hundió cuando el angevino anunció.

—La cuestión está resuelta. Ya están camino de Anjou.

Esteban se giró hacia Alex, pero en ese momento su atención fue atraída por una conmoción cerca del perímetro del campamento. Un soldado intentaba arrastrar de vuelta al campamento a dos mujeres que protestaban.

Una de las mujeres pateaba furiosamente al soldado, gritando en una lengua extranjera mientras lo agredía con un cuchillo. La otra mujer lo empujaba. Mientras observaba al soldado luchar por mantener el equilibrio al borde de una zanja, se le ocurrió que había algo familiar en la segunda mujer. El velo se le cayó de la cabeza cuando el soldado le agarró del cabello, el cabello rojo brillante que reconoció de inmediato.

—¡Está mintiendo, señor! —gritó—. Esa es Elayne.

Despreciando el peligro, apuró a su caballo hacia el campamento enemigo mientras su amada gritaba, luego empujaba al soldado tambaleante hacia la zanja.

* * *

ELAYNE ESTABA SEGURA DE QUE EL SOLDADO LE HABÍA ARRANCADO EL CABELLO DESDE LAS RAÍCES. Las lágrimas nublaban su visión. Sin aliento, se frotó el cuero cabelludo adolorido, parpadeando rápidamente. Bianca se levantó rápidamente y corrió de vuelta al campamento, gritándole.

—¡Apúrate, se pondrá furioso!

El estrépito de los cascos resonó en sus oídos. Se giró para ver a Alex galopando en su

rescate. Pero él gritaba algo, agitando las manos frenéticamente.

El feroz ladrido de un perro la hizo girar la cabeza de nuevo hacia las tiendas. El aire se le escapó de los pulmones. Henry tenía un agarre firme sobre la mano de su hermana mientras corrían hacia ella. Faol saltaba hacia adelante y hacia atrás detrás de ellos, lanzándose y mordiendo a un puñado de soldados que los perseguían.

No sabía qué hacer, por dónde ir. La seguridad estaba con Alex, pero no podía abandonar a sus hijos.

El grito de Alex llegó a sus oídos mientras galopaba a su lado.

—¡Corre!

Estaba arriesgando su vida al adentrarse en el campamento enemigo para salvar a sus hijos. Pero si lo conseguía, no habría espacio en el caballo para ella. Levantó su playd, alzó sus faldas y comenzó a correr hacia el rey Esteban y el caballero de cabello plateado, que había girado su caballo y ahora mantenía a Geoffrey y sus acompañantes a raya con su espada.

Intentó que sus pies pesados se movieran más rápido, pero los jinetes distantes no parecían acercarse.

No se atrevió a mirar hacia atrás. Si Alex fallaba, lo perdería a él y a sus hijos.

***

ALEX NO DESVIÓ LA MIRADA DE LOS NIÑOS. Ellos lo habían visto y siguieron corriendo. Por el momento, Faol estaba deteniendo a los perseguidores, pero una flecha bien colocada acabaría rápidamente con el perro.

Cuando Alex detuvo su caballo con un frenazo en medio de una nube de polvo, Henry se arrodilló y entrelazó los dedos. Claricia puso su pie en sus manos y él la empujó hacia Alex. Le dio la impresión de que no era la primera vez que hacían esta maniobra. Tomó su mano y la subió a la silla.

—Mírame —gritó—. ¡Agárrate fuerte!

Bajó la mano, tomó la de Henry y lo levantó detrás de él.

—Valiente muchacho —gritó Alex.

Henry se aferró a su jubón y luego se dio la vuelta.

—Faol, ven.

El lebrel respondió de inmediato y corrió hacia ellos mientras Alex giraba su caballo, alcanzando a ver a arqueros que salían del campamento y tensaban sus arcos para apuntar. Espoleó a su caballo hacia un lugar seguro, rezando para que el fiel perro esquivara las flechas.

A pesar de la confusión y el atronador latido de su corazón, todo parecía desarrollarse en completo silencio, excepto por el zumbido de las cuerdas de los arcos. Miró al cielo, sorprendido al ver una lluvia de flechas que describían arcos sobre él. ¿Apuntarían al rey? Estaba demasiado lejos. Elayne casi había llegado hasta él.

Apretó los dientes, concentrándose en salvar a los niños que amaba. Su corazón estalló en su pecho cuando, a solo unos metros frente a él, Elayne cayó de rodillas y se desplomó hacia adelante, con una flecha en la espalda.

***

EL DOLOR SE DESPARRAMÓ DESDE EL HOMBRO DE ELAYNE, derribándola mientras el aire se escapaba de sus pulmones. El rey Esteban parecía estar tan cerca. Escuchó los cascos del caballo de Alex detrás de ella. Sin embargo, no podía moverse, no podía seguir.

Arañó la tierra mientras el mundo se inclinaba. Se preocupaba por lo que habría pasado con el playd. El tormento ardía en su cuerpo como un río de fuego.

Alex gritó su nombre.

Lentamente levantó la cabeza. Visiones se formaban frente a sus ojos nublados. El rey Esteban pateaba a Geoffrey. El angevino caía de su caballo. El caballero de cabellos plateados se transformaba en un ángel que tomaba a Henry y Claricia bajo sus alas y cabalgaba hacia las colinas.

Adiós, mis queridos. Recuerden a su maman.

El cielo estaba de repente donde debería estar la tierra. Se estaba ahogando con polvo, un sabor metálico en la boca. Una lengua húmeda le lamió la mejilla; olía a aliento de perro, y entonces Alex apareció en su campo de visión. Agradeció al Señor por una última mirada a su amado rostro. Él lloraba, murmurando algo sobre sacar una flecha. ¿Le habrían disparado?

No estés triste. Te amo.

Alzó la mano para acariciar su rostro, gritando cuando un fuerte crujido le arrancó el brazo del cuerpo, empujándola hacia una bendita oscuridad. Fue llevada al cielo en los fuertes brazos de Alex.

ÁNGEL DE CABELLO PLATEADO

ALEX REFLEXIONABA QUE HABÍA SIDO EL PLAN DEL SEÑOR TODO EL TIEMPO llevarlo a la Abbaye aux Dames. Después de horas de estar de rodillas en la silenciosa capilla, se recostó en el banco de madera dura, cuidando de no despertar a Henry y Claricia, quienes finalmente se habían quedado dormidos en las primeras horas de la mañana.

Las monjas se mostraron solícitas, proporcionándoles cálidas mantas y cojines a los gemelos, que dormían profundamente a ambos lados de él.

Cerró sus cansados ojos, rezando por centésima vez por no tener que decirles que su madre había muerto.

La abadesa lo recibió como a un hijo perdido cuando llevaron a Elayne a la enfermería donde él había nacido. Había sido una joven postulante cuando su madre buscó refugio allí en el momento de su nacimiento, y recordaba vívidamente el acontecimiento.

—Su madre era una mujer valiente —declaró, examinándolo de arriba abajo—. Y en qué buen hombre se ha convertido.

Toda la comunidad estaba asombrada de que hubieran llegado en compañía de un rey que les ordenó hacer todo lo posible por salvar la vida de Elayne. Se había convertido en la misión colectiva de cada monja del lugar, incluidas varias que aún rezaban junto a él.

Que el bebé nacido allí hacía tanto tiempo hubiera regresado parecía ser visto como una especie de señal.

Elayne no había despertado desde que él había roto la parte trasera de la flecha y empujado el asta a través de la herida. Había usado el querido playd de ella para detener la hemorragia. Dudaba que volviera a poder usarlo, pero insistió en que las monjas no lo desecharan.

Planeaba mandar tejer otro para ella cuando se recuperara. Recordaba que el playd de Dugald era ligeramente diferente. Ella podría instruir a los tejedores de Montbryce sobre el diseño correcto.

A pesar de su agotamiento, se rio al recordar el absoluto asombro en el rostro de Geoffrey cuando Esteban lo pateó y lo hizo caer de su caballo. Sus secuaces habían corrido a ayudarlo, una tarea complicada porque un pie con bota se había quedado atorado en el estribo. Esteban se aseguraría de que toda Normandía supiera de la humillación del angevino. Que el hombre codicioso hubiera sido engañado por un par de niños de ocho años sería un golpe adicional.

No había tenido la oportunidad de agradecer debidamente a Gallien por llevar a los niños a un lugar seguro después de que prácticamente se los lanzara a su primo, mientras su mente estaba concentrada en ayudar a Elayne.

Incluso en medio de la agonía, ella le había dicho que lo amaba. Era irónico. Era un hombre que había jurado no casarse, y ahora su esperanza más ferviente y desesperada era que la mujer que amaba sobreviviera a su calvario y aceptara casarse con él por los ritos de la Iglesia y en presencia de su familia.

Romain y Laurent habían permanecido con él en la Abadía durante varias horas, pero insistió en que regresaran al castillo con Gallien para asegurarse de que sus caballeros y soldados estuvieran atendidos.

Fijando la mirada en la vacilante vela del santuario en un intento por mantenerse despierto, agradeció al Señor por la luz que Elayne había traído a su vida solitaria y desorientada. Ella lo

había ayudado a enfrentar y superar demonios que lo habían perseguido desde su nacimiento. Ahora era un hombre completo, capaz de ser un digno conde, un verdadero Montbryce y un esposo y padre amoroso.

Ella lo había devuelto al seno de su familia y le había dado un nuevo aprecio por su noble herencia.

Henry se dio vuelta mientras dormía y tiró la manta. Alex se inclinó para recogerla del reclinatorio y se dispuso a cubrir al niño, sobresaltándose al ver a una monja anciana de pie en silencio al final del banco. Apretó la manta en sus manos mientras una oleada de aprensión se apoderaba de su pecho.

La expresión de su rostro no revelaba nada. Que no estuviera sonriendo tampoco significaba nada. Estas mujeres estaban entrenadas para desprenderse de las cosas mundanas. Ganarse un lugar en el cielo era su meta final. La muerte no las entristecía.

—Se le solicita en la enfermería —susurró.

Frunció el ceño, mirando a los niños, mientras su corazón latía con fuerza en sus oídos.

—Rezaré con ellos —dijo ella, sonriendo por primera vez.

¿Se atrevía a permitir que un atisbo de esperanza creciera en su interior?

Sacó del jubón el broche trenzado de Elayne, que una monja le había entregado anteriormente. Pensó que él querría tenerlo. El objeto casi lo hizo caer de rodillas.

Besó la trenza antes de volver a guardarla cerca de su corazón. Se levantó del banco y se obligó a caminar hacia la enfermería.

Se detuvo en el umbral. La vela que parpadeaba junto al lecho de Elayne arrojaba una luz tenue sobre las sábanas blancas, iluminando a la enfermera sentada en una silla vigilando a su amada.

La monja se levantó al verlo. Se preguntó brevemente si sería el mismo lecho donde su madre lo había traído al mundo y si la mujer anciana que se acercaba a saludarlo habría estado allí entonces.

Probablemente había velado durante varias horas, pero no parecía cansada.

—Buenas noticias, milord —susurró—. Está despierta. La he tranquilizado acerca de los niños. Puede hablar con ella unos minutos si lo desea. Es muy fuerte, pero no queremos que se fatigue.

Quiso gritar aleluyas al cielo, arrodillarse y alabar al Señor, correr a la capilla y traer a Henry y Claricia. Asintió a la monja sonriente, esperó hasta que el breve mareo pasó, y luego se acercó al lecho de Elayne.

Estaba pálida, pero su sonrisa reconfortante envió punzadas de añoranza a través de su cuerpo. Le tomó el rostro entre las manos.

—Creí que te había perdido —murmuró con la voz ronca.

Para su inmenso alivio, ella estaba cálida, pero no febril. El grueso vendaje alrededor de su hombro no mostraba signos de sangre.

—Estoy viva solo gracias a ti —susurró ella—. La enfermera me dijo que extraer la flecha rápidamente y detener la hemorragia me salvó la vida.

Él no quería pensar en lo que podría haber ocurrido si no hubiera estado allí. Le tomó la cálida mano y rozó sus labios con sus nudillos.

—Que vivas le da significado a mi existencia.

Ella apretó los dientes y cerró los ojos.

—¿Te lastimé?

Abrió los ojos.

—No, mi amor. Nunca podrías lastimarme. ¿Dónde están Henry y Claricia?

—Dormidos en la capilla, después de estar de rodillas durante horas. Nunca conocí niños más valientes. Se parecen a su madre. No viste cómo Henry ayudó a su hermana a subir a mi caballo.

Elayne sonrió débilmente.

—Eso se lo enseñó su padre.

Cerró los ojos. Después de un rato, pensó que se había quedado dormida, pero luego los abrió.

—¿Faol? —preguntó con voz áspera.

—Molesto de tener que quedarse fuera de los muros del convento.

Ella se rio, pero se transformó en una tos que la hizo encogerse de dolor. La enfermera se apresuró a acercarse.

—Ya es suficiente por esta noche. Ella debe descansar.

Él besó su frente.

—Recupérate pronto —susurró—. Tenemos una boda que planear.

Ella frunció los labios, así que él besó su boca, sabiendo a chirivías, pero probablemente era la cicuta en el dwale que las monjas le habían administrado para adormecer el dolor.

Sus párpados se movieron levemente y susurró:

—Creo que la medicina me está haciendo conjurar visiones absurdas. Soñé que el rey Esteban pateaba a Geoffrey de Anjou de su caballo, y un ángel de cabello plateado llevaba a mis hijos a salvo.

Alex se rió.

—Cuando te sientas mejor, te presentaré a ese ángel de cabello plateado.

Ella asintió, pero él pudo notar que ya se estaba quedando dormida. Salió sigilosamente de la enfermería, eufórico de poder despertar a sus hijos con la noticia de que su madre había sobrevivido a su calvario.

***

La enfermera estaba golpeando el cojín detrás de Elayne para que pudiera sentarse un rato. Justo cuando ella se inclinaba lentamente hacia atrás, Alex y otro hombre alto entraron en la enfermería. Ella pensó que había soñado con el ángel de cabello plateado, pero allí estaba, luciendo como una réplica de su amado, salvo por el cabello.

—Eres real —jadeó mientras el caballero besaba sus nudillos.

—En efecto —respondió él riendo—. Soy Gallien, primo de Alex.

—El conde inglés, mi lord de Montbryce —respondió ella tímidamente, vacilante al intentar levantarse de la cama y hacer una reverencia.

—El mismo, pero, dado que ahora seremos parientes, me ofendería si no me llamas Gallien.

—Gallien, te agradezco de todo corazón por ayudar a salvar a mis hijos.

Él se encogió de hombros.

—Simplemente los llevé a un lugar seguro. Alex asumió todos los riesgos. Parece que finalmente ha sucumbido a la maldición de los Montbryce.

—¿Maldición? —preguntó ella.

Alex se rio.

—Los Montbryce son considerados malditos porque son nobles que se enamoran perdidamente de sus esposas. Es una tradición que pensé no sería capaz de mantener.

—Hasta que te conoció a ti —agregó Gallien con una sonrisa traviesa—. Nos pasa a los

peores. Yo estaba decidido a no volver a amar después de... bueno, es una larga historia, y estás cansada.

Ella luchó contra un bostezo.

—Puedes contarme en otro momento.

—Con gusto —respondió él.

FESTÍN

El deseo ascendió cálidamente por la parte trasera de los muslos de Elayne y se instaló en su lugar más íntimo cuando Alex la besó, después de que el sacerdote le diera su permiso.

Sus invitados, reunidos en la capilla del Castillo de Montbryce, aplaudieron y vitorearon ruidosamente. Él profundizó el beso, provocando su lengua con la suya lentamente, pero ella se separó suavemente, apoyando su frente en la de él.

—Debemos recordar que un rey está mirando —susurró.

Alex se encogió de hombros.

—Está vitoreando más fuerte que nadie.

Claricia, muy bonita con un vestido de terciopelo azul adornado con armiño blanco que coincidía exactamente con el conjunto de su madre, se rio, con las manitas presionadas contra su boca, y los ojos brillando.

Henry puso los ojos en blanco ante su hermana, como si fuera la niña más tonta del mundo, luego le dio una palmada en la cabeza a Faol.

El perro no había movido un músculo ni emitido un sonido durante toda la ceremonia, a pesar de estar obligado a usar un collar con numerosas joyas en honor a la ocasión.

El rey Esteban se acercó para saludarlos.

—Déjenme ser el primero en felicitarlos por una excelente elección.

Alex hizo una reverencia.

—Majestad, nos honra que haya venido a nuestra boda. Ha cruzado el Mar Estrecho muchas veces desde nuestro último encuentro, y Normandía no es el lugar más seguro para viajar en estos días.

Esteban tomó la mano de Elayne mientras ella hacía una reverencia, besándole los nudillos. Aunque era emocionante ser tan honrada por un rey y Esteban era un hombre apuesto, su toque no la conmovió en lo más mínimo.

—Esos son los pesares de un rey, pero estaba decidido a venir. Si no fuera por su valentía, Caen habría estado en grave peligro. ¿Cómo no habría de asistir después del generoso obsequio de su esposo a la Corona con tantas excelentes tiendas de campaña? Además, se ha recuperado de manera extraordinaria en solo seis semanas, querida mía.

—Ahora, saluden a sus invitados y después disfrutaremos de la famosa cocina de Montbryce, espero que seguida de uno o dos vasos de brandy de manzana.

Romain y Laurent se acercaron para felicitarlos mientras el rey se alejaba. Le hizo gracia que Alex no pudiera ocultar su impaciencia cuando ambos hermanos por matrimonio se demoraban en los besos y abrazos de felicitación. Ninguno de los hermanos ocultaba su diversión, y a ella le gustó su provocación deliberada. Le recordaba el pequeño juego de ida y vuelta que ella y Beathan disfrutaban de niños. Le emocionaba que Romain y Laurent la aceptaran como una hermana.

Poco a poco, las celebraciones se trasladaron al Gran Salón, donde ella y Alex tomaron su lugar en el estrado.

Se inclinó hacia él para susurrarle al oído, tentada de morderle el lóbulo de la oreja.

—Espero que este banquete no agote tus reservas de brandy de manzana.

Él la miró como si hubiera hablado en griego.

—Nunca has estado en las bodegas, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza, preguntándose a qué se refería.

Él presionó suavemente sus yemas contra su boca.

—Mañana te las mostraré. Esta noche tengo cosas más urgentes que atender —la provocó.

De repente, el salón pareció sofocantemente caluroso. Durante las largas semanas de su convalecencia, se habían besado y tomado de las manos. Después de su recuperación, habían hecho el voto de abstenerse de unirse corporalmente como penitencia por el adulterio no intencionado. Había sido una tortura pasar cada día con el hombre que amaba y no tocarlo.

Henry y Claricia rápidamente empezaron a llamarlo Papa, y eso alegraba su corazón al ver todo el amor que él les brindaba a sus hijastros.

El festín continuó por horas mientras los cocineros producían un plato tras otro que se derretía en la boca. Se decidió comenzar con mini pasteles rellenos de tuétano de vaca, seguidos por la famosa trucha a la Montbryce.

—Te encantará esta trucha —le aseguró Alex, ofreciéndole un trozo en la punta de su cuchillo de comer—. Está cocinada de una manera transmitida desde La Cuisinière, una cocinera legendaria en el castillo en tiempos de mi abuelo. Incluso yo ignoro el ingrediente especial que la hace única. Es un secreto celosamente guardado.

Se deshizo en su boca.

—Tendré que aprender a hacerlo si voy a ser la comtesa. Tal vez alguna de tus hermanas lo sepa.

Alex se rio, mirando hacia donde Marguerite y Catherine estaban sentadas con sus maridos e hijos.

—Puedes preguntarles.

Fue interrumpido cuando toda la asamblea de varios cientos de invitados se puso de pie, ya que el rey Esteban se levantó inesperadamente para brindar por la fallecida La Cuisinière. Los gritos de acuerdo siguieron a su breve discurso. Elayne se preguntó si tal vez Su Majestad ya había probado algunos tragos de brandy de manzana.

Una pequeña taza de caldo con tocino fue seguida de alondras asadas, elegidas porque eran las favoritas de Alex. Él la molestó alimentándola con los delicados trozos de carne jugosa de su bandeja compartida. Sus ojos azules se oscurecieron cuando ella lamió la grasa de sus dedos.

Luego vino cordero asado con puerros y cebollas. Elayne se vengó alimentando la carne a Alex. Ambos se rieron en voz alta cuando vieron a Claricia intentando darle de comer a su hermano con la mano. Él apartó la comida, su paciencia claramente al límite.

—Supongo que los hermanos son iguales en todas partes —dijo Alex.

—Sí —aceptó ella, levantando las cejas—. Si ahora la considera molesta, espera a que crezca un poco y aprenda las artes femeninas.

Su marido le tomó la mano bajo la mesa y la colocó sobre su erección.

—No puedo esperar para probar tus artes femeninas otra vez.

Era la primera vez que lo tocaba íntimamente en semanas. El fuego del deseo en sus ojos y la dura evidencia de su necesidad marcaban un camino de anhelo que quemaba en cada parte de su cuerpo. Estaba aturdida por el deseo, pero antes de que pudiera responder, Romain y Laurent se pusieron de pie, copas en mano.

—Que sea rápido —gruñó Alex a sus hermanos, causando diversión general entre los invitados cercanos al estrado, excepto Marguerite y Catherine, que fingieron sorpresa.

Romain le guiñó un ojo a Elayne y ella temió que hablaría interminablemente.

—Majesté —comenzó, inclinándose ante el rey—, invitados y amigos. Es un honor ofrecer

un brindis por mi hermano y su nueva esposa. Laurent y yo siempre supimos que llegaría la mujer adecuada para ser la Comtesse de Alex, y tuvimos razón. Elayne es una persona de gran coraje, que sabemos ayudará a mi hermano a mantener las orgullosas tradiciones y el prestigio de esta noble familia.

La conmovió el hecho de que el frecuentemente frivolo Romain tuviera que hacer una pausa para aclararse la garganta, evidentemente conmovido por sus propias palabras.

—Lo que mi hermano intenta decir —continuó Laurent— es que los queremos mucho y les deseamos muchos años de felicidad.

Levantó su copa.

—Pido que todos se pongan de pie y levanten sus copas por Alexandre y Elayne, el Comte y la Comtesse de Montbryce.

El brindis se repitió en toda la sala, seguido del fuerte golpe de las copas vacías sobre las mesas de madera.

Faol ladró con entusiasmo.

Se sirvió un dulce sencillo de frumento acompañado de vino especiado. El rey vitoreó más fuerte cuando los barriles de brandy de manzana fueron colocados sobre una mesa de caballete y los invitados fueron invitados por Bonhomme a servirse.

Elayne notó que el siempre vigilante mayordomo había colocado un sirviente en cada barril para ayudar a los que quisieran sacar el líquido dorado. También había colocado media docena de jarrones con ramitas frondosas sobre las mesas. Se preguntó qué serían.

Alex se puso de pie.

—Antes de que todos se apresuren a conseguir su brandy de manzana, verán algo de vegetación al lado de los barriles. Esta mañana, el Mayordomo Bonhomme y sus hombres lograron cortar brotes nuevos de algunos de los árboles quemados del huerto.

Su inesperado anuncio fue recibido con un momento de silencio asombrado, seguido de vítores y más ladridos de Faol.

Alex levantó la mano y los invitados se aquietaron lentamente.

—Considero esto una señal del Señor de que nuestros huertos volverán a la vida desde las cenizas.

El júbilo estalló de nuevo. Alex esperó pacientemente a que el ruido disminuyera, sonriendo.

—Mi vida solía ser árida y sombría hasta que conocí a Elayne y a sus hijos. Ellos me han dado vida, y yo daré fruto.

Sintió su rostro sonrojarse mientras estallaban carcajadas, golpes de copas, aplausos y silbidos llenando el aire. ¿Sospechaba él lo que ella misma acababa de reconocer, que ya había concebido?

Alex volvió a tomar asiento justo cuando el rey Esteban se levantó de nuevo, señalando a los invitados para que permanecieran en sus lugares. Ya había conseguido una copa de brandy de manzana, que levantó en alto.

—Creo que es Elayne quien dará los frutos, amigo mío.

Más risas y vítores. Elayne deseó tener algo fresco que presionar sobre su cara ardiente.

—En serio —continuó—, ofrezco un brindis por esta familia y por el aún no nacido quinto Comte de Montbryce. Él seguirá los pasos de cuatro grandes y valientes normandos: Bernard, Rambaud, Robert y Alexandre. Por los Montbryce.

—¡Por los Montbryce! —resonó el brindis.

El rey, notablemente tambaleándose, pidió silencio.

—Ahora, Alex, lleva a tu esposa a la cama para que el resto de nosotros pueda disfrutar de nuestro brandy en paz.

Dando Frutos

ALEX SILENCIOSAMENTE AGRADECIÓ A ESTEBAN. Después de todo, no podía desobedecer a un rey. Agarró la mano de Elayne.

—Rápido, sube las escaleras.

Corrieron hacia la escalera que llevaba a su habitación, pero no fue lo suficientemente rápido. Sus hermanos ya los habían alcanzado y ahora bloqueaban su camino.

Romain sonrió.

—Tsk, tsk, mon frère, ¿tratando de escapar sin un acompañante adecuado?

Él y Laurent se agacharon. Romain señaló su hombro.

—Arriba.

Sacudiendo la cabeza, Alex dejó de mala gana la mano de Elayne y permitió que lo levantaran sobre los hombros de sus hermanos.

Cuatro robustos jóvenes aparecieron con una silla, invitando a Elayne a sentarse, luego la levantaron sobre sus anchos hombros.

Alex seguía mirando atrás mientras subían las inestables escaleras de piedra, preocupado de que los amigos ebrios de Romain pudieran dejar caer accidentalmente a Elayne de la silla, pero ella parecía aferrarse con firmeza a los brazos. Su risa calentaba su corazón.

De repente, aparecieron Henry, Claricia y Faol, ascendiendo por la escalera, con Claricia levantando los faldones de su vestido.

—Maman —gritó—. Espéranos.

Alex quiso reír. Estaba tan concentrado en meter a Elayne en la cama que se olvidó de decirles buenas noches a sus hijos. A veces, las responsabilidades de ser padre se le pasaban por alto. Desde su asiento, miró hacia abajo a los tres esperanzados.

—Tu Maman y yo vamos a dormir juntos esta noche en mi habitación, y ustedes dormirán en la suya.

Henry miró a su hermana.

—Te lo dije.

Claricia dio un golpe con el pie y frunció el ceño, apretando los pliegues de su vestido.

—Pero no dijiste buenas noches.

Elayne había estado mordiéndose los nudillos, sospechaba que tratando de contener la risa, pero ahora se puso seria y le pidió a sus porteadores que bajaran su silla.

Se sentó en uno de los escalones, y Henry y Claricia se acurrucaron a su lado, uno a cada lado. Faol trató de colarse, pero desistió y se acomodó en el escalón de abajo.

Una sensación de satisfacción invadió a Alex mientras observaba a su nueva familia. Romain y Laurent apretaron sus manos. Un recuerdo vívido le golpeó con tanta fuerza que estuvo a punto de caerse de los hombros de sus hermanos. Él y Romain se habían sentado allí cuando eran pequeños con su padre.

—Lo recuerdo —susurró—. Maman estaba enferma y Papa se sentó aquí con nosotros, con los brazos alrededor de nuestros hombros, consolándonos.

Romain asintió.

—No sabíamos entonces que estaba enceinte de Laurent.

Alex se deslizó de su lugar y se sentó en el escalón debajo de Faol.

—Fue insensible de nuestra parte irnos sin desearles buenas noches.

Henry asintió solemne.

Claricia sonrió tímidamente, acurrucándose en su madre.

Elayne le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, mis hijos.

Alex se levantó y extendió los brazos hacia Henry. El niño vino a su abrazo de buen grado.

—Buenas noches, Papa. Que duermas bien.

Elayne se rio, con la cara roja.

Dejó a Henry en el suelo y luego levantó a Claricia. Ella lo abrazó con fuerza.

—Buenas noches, Dadaidh Lix —susurró—. Te quiero.

Alex no pudo hablar, incapaz de pensar en qué había hecho para merecer tanta felicidad. Puso a la niña en el suelo.

—Yo también te quiero —gruñó—. Ahora ve con Tante Marguerite. Rosetta debe estar preguntándose dónde estás.

Los ojos de Claricia se abrieron de alegría. Se dio vuelta para seguir a Henry y Faol, que ya habían empezado a bajar las escaleras, pero pareció cambiar de opinión.

—Maman, ¿qué quiso decir el rey con que darás frutos? No eres un árbol.

Alex luchó por mantener su semblante serio.

—Creo que deberías hacerle esa pregunta a Tante Marguerite.

EPÍLOGO

ELAYNE Y ALEX YACÍAN BAJO LAS MANTAS todavía completamente vestidos, de la mano, agotadas por un ataque de risa que les había agarrado en el momento en que sus escoltas salieron de la cámara.

El quedarse vestidos había sido idea de Romain para que el obispo pudiera entrar y bendecir su cama matrimonial.

—Él nunca sabrá que todavía estás vestido, y ¿por qué le importaría? Solo quítate el jubón, Alex, y tira de las sábanas hasta tus barbillas. De esta manera nos desharemos de él más rápido.

Mantener una expresión seria y respetuosa en sus rostros había sido difícil ya que el clérigo roció agua bendita y recitó la bendición.

Elayne y Alex habían discutido antes sus sospechas de que Romain y Laurent, con la ayuda de amigos, planeaban desnudar a su hermano después de que el obispo se fuera, y burlarse de él delante de su nueva esposa.

Ellos también tenían un plan. Tan pronto como Alex hizo un espectáculo de quitar la ropa de Elayne, el grupo ruidoso se fue, haciendo pucheros y echando a perder la capacidad de Alex para divertirse.

—Romain tiene razón, — dijo Alex. —Nunca supe cómo divertirme. — Se inclinó sobre su costado para mirarla y puso una mano en su cintura. —Hasta que te conocí.

Ella giró la cabeza y le sonrió, más que contenta con el amor ardiente en sus ojos. Puso su mano sobre la suya.

—Te agradezco desde el fondo de mi corazón por el amor que has traído a mi vida, Alex. No sabía lo que era el amor hasta que te conocí.

Se inclinó para besarla. Sus cálidos labios tenían sabor a vino especiado. Abrió la boca, anhelando su lengua, su aliento, sediento de su humedad. Sosteniendo su cara en sus manos, mordió su labio inferior, luego lo chupó antes de volver a meter la lengua. Cuando los separó, susurró:

—Tienes un sabor maravilloso. Quiero ver tu cuerpo. Ha pasado demasiado tiempo.

Su voz profunda la bañaba en un cálido resplandor vibratorio. Se sintió al mismo tiempo calmada y excitada. Aunque sus palabras eran ardientes, fueron pronunciadas con amor.

—Desnúdame, — le susurró en la boca.

Él la ayudó a sentarse.

—Muévete al borde.

Se arrodilló frente a ella y corrió sus dedos por su falda, aflojando primero una, luego la otra liga, y después quitándole sus medias. Ella se inclinó sobre sus codos, observándolo mientras él besaba sus dedos de los pies, uno a la vez, atizando el fuego que se formaba en su entrepierna.

Hacía tiempo que había perdido el velo que llevaba en la capilla. Alex desató su cabello, lamiéndose los labios mientras caía sobre sus hombros.

—Levántate, — ordenó, alcanzando su mano.

Se inclinó para agarrar el dobladillo de su vestido azul y en un movimiento rápido lo quitó sobre su cabeza. Su camisa se aferró a ella y la quitó al mismo tiempo, dejándola de repente completamente desnuda. Él tiró las prendas, sus ojos la miraban de pies a cabeza, pero ella no

sintió nerviosismo. Ella quería que la mirara, pero se preguntaba si él podría decir que estaba embarazada.

—Eres una diosa, — dijo.

Ella extendió sus brazos.

—Y tú eres mi dios de ojos azules.

Se quitó la camisa de lino y la tiró sobre el montón de ropa desechada. Le llamó la atención que él estuviera esculpido como un dios griego, un Adonis, delgado, musculoso, hermoso. Su garganta era un desierto. Toda la humedad de su cuerpo parecía haberse acumulado en un solo lugar.

Tomó sus manos, colocándolas en los cordones de sus pantalones.

—Quiero que me los quites.

Mirar el bulto en su ingle intensificó la necesidad dolorosa. Desató los cierres y rápidamente aflojó sus calzas y calzoncillos de sus caderas y sobre su excitación.

—No quiero lastimarte, — dijo ella.

Era tan grande y grueso como ella recordaba en sus sueños y fantasías. Ella presionó su cuerpo contra el suyo, sintiendo el calor de su carne hinchada en su vientre.

Has plantado un niño allí, mi amor.

Se bajó los pantalones hasta las rodillas y los tiró.

—Acuéstate, quiero probar tu dulzura. — Su cuerpo todavía conservaba el recuerdo de las sensaciones bienaventuradas que había encendido la última vez que le puso la boca. Ella se recostó, abriendo las piernas sin dudar.

Él lamió y mamó y bebió como un hombre recién sacado del desierto. Ella jugó con su cabello, saboreando su suavidad.

—Me encanta eso, — murmuró, acariciando sus pechos con las manos, frotando un pulgar sobre un pezón.

Movió su lengua hacia atrás y adelante sobre su feliz nuez. Ella apretó sus pezones, arqueó su espalda y cayó en un abismo de felicidad, donde no había necesidad de respirar, ni necesidad de sonidos, solo importaban los sentimientos intensos, las sensaciones que fluían en su útero, su espalda, sus dedos de los pies, la parte superior de su cabeza, espasmos de placer que se prolongaron.

* * *

ALEX NUNCA HABÍA ADQUIRIDO LA HABILIDAD de tocar un instrumento musical, pero ahora era maestro porque el cuerpo de Elayne respondía a su toque.

Cuando su respiración se detuvo, él se puso de espaldas y la tiró sobre sí mismo, enterrando su rostro en el abanico de su cabello, inhalando los rastros del ramito de jazmín que había usado para la ceremonia.

Se puso de rodillas y lo montó.

—Te necesito dentro de mí — susurró, con sus ojos aún oscurecidos con deseo, su voz sensual.

Su polla saludó mientras la punta hinchada tocaba el calor húmedo del lugar de su mujer. Ella bajó su cuerpo sobre el suyo, tomando todo él rápidamente.

—No te muevas — dijo con un rasguño. —Quiero sentir tu pulso en mí.

Se calmó, alcanzando una mano detrás de ella para acariciar sus bolas, sin apartar la mirada de la suya.

Su corazón se hinchó cuando ella comenzó a cantar suavemente.

Car tant vous aim, sans mentir

Qu'on poroit avant tarir
La haute mer
Et ses ondes retenir
Que me peusse alentir
de vous amer.
Sans fausser; car mi penser,
Mi souvenir, mi plaisir
Et mi desir sont sans finer
En vous que ne puis guerpir n'entroublier

Las palabras de la canción de amor inquietante no estaban en su idioma, pero eran lo suficientemente cercanas como para que él las reconociera.

—¿Dónde aprendiste a cantar en provenzal?

Ella sonrió.

—En casa, en Escocia. Más de un trovador hizo su camino hacia la corte del rey Dabíd.

Se movió arriba y abajo sobre él lentamente, solo una vez, todavía sosteniendo sus testículos.

—Ay, no puede ser mejor que esto — jadeó mientras la necesidad se acumulaba en él. — ¿Entiendes las palabras?

Ella hizo una mueca.

—Por supuesto que sí.

Cantó para él de nuevo, esta vez en su propio idioma.

—Te amo tanto, de verdad, que el mar profundo podría secarse, sus olas detenerse, antes de que mi amor por ti disminuya.

Se montó sobre él más rápido mientras cantaba.

—Es cierto, porque mis pensamientos, mis recuerdos, mis placeres y mis deseos son perpetuamente tuyos, a quien no puedo dejar ni siquiera olvidar brevemente.

El sonido de su hermosa voz, el amor en sus ojos y en sus palabras, el agarre de su vagina húmeda y apretada conspiraron juntos para llevarlo al borde del éxtasis. Se retiró, la volteó sobre su espalda y levantó sus caderas, tirando de sus piernas hacia su pecho. Enrolló sus brazos alrededor de sus pantorrillas mientras se embestía dentro y fuera, dentro y fuera, con un ritmo inexorable finalmente liberándolo mientras su semilla estallaba en su cuerpo. Dijo su nombre una y otra vez mientras la euforia lo envolvía, limpiando su alma.

Minutos más tarde, cuando su respiración se estabilizó, trazó sus dedos sobre sus muslos cuando su pene satisfecho se deslizó lentamente fuera de su cuerpo.

—Si el Señor quiere, hemos hecho un hijo esta noche — susurró.

—Imposible — respondió con una sonrisa, tomándolo por sorpresa.

La recogió en sus brazos.

—No te preocupes, Elayne. Tendrás más hijos. Puede tomar un tiempo, pero...

Ella se rio.

—No, quiero decir que ya hicimos uno antes.

Tomó un momento antes de que él entendiera. Colocó cuidadosamente una mano en su vientre.

—¿Estás embarazada? ¿Incluso después de ser herida por una ballesta?

Ella puso su mano sobre la de él, sus ojos amplios de felicidad.

—Estaba destinado a ser. Tal vez estoy llevando al próximo Comte de Montbryce.

Se puso de rodillas junto a ella en la cama y se inclinó para besar reverentemente debajo de

sus costillas.

—Pensé que mi alegría era completa, pero me has demostrado que estaba equivocado. Lo llamaremos Bernard Alexandre Rambaud Robert de Montbryce.

Ella se rio con ganas, renovando el interés en sus testículos.

—Eso es un trabalenguas. Tal vez lo llamarán simplemente Barr.

Frunció el ceño.

—¿Barr?

Ella se apoyó sobre sus codos. Sus hermosos senos eran más grandes ahora que estaba embarazada, los areolas más oscuras. No podía creer que no lo hubiera notado, pero había pasado un tiempo.

Su voz lo sacudió de su preocupación.

—¿No ves? B-A-R-R.

—Hmm. Barr de Montbryce. Tiene un cierto atractivo.

FIN

Si quieres saber la razón por la cual el cabello de Gallien se volvió plateado, "Infidelidad" es su historia.

SOBRE ANNA

Gracias por leer Riesgo. Si deseas dejar una reseña en el lugar donde compraste el libro y/o en Goodreads, te lo agradecería mucho. Las reseñas contribuyen en gran medida al éxito de un autor.

Nací en Inglaterra, pero he vivido la mayor parte de mi vida en Canadá. Mi educación, mis experiencias en los negocios y en el alivio de desastres me proporcionaron tres carreras interesantes y gratificantes antes de convertirme en escritora. Tengo un gran interés en la genealogía. Este hobby ha tenido una enorme influencia en mis historias. Mis romances históricos son relatos sobre el honor familiar, la ascendencia y las raíces.

Para mí, las novelas son una escapatoria a otro mundo y otra época, donde me pierdo en las vidas de los personajes, segura de que triunfarán al final y encontrarán el amor. Me encanta investigar fragmentos de trivia histórica para ofrecerle al lector una experiencia auténtica.

Espero que llegues a conocer y amar a mis personajes tanto como yo.

Escápate conmigo al lugar donde comenzó el romance y hazte íntimo de la historia.

Puedes encontrarme en mi página web y en mi página de Facebook, Anna Markland Novels.

Sígueme en Twitter @annamarkland, únete a mí en Pinterest o suscríbete a mi boletín. Sígueme en BookBub y sé el primero en saber cuándo se publica mi próximo libro.